

PERFECTIA

A woman with reddish-brown hair, wearing a black leather jacket, and a man with short brown hair, wearing a blue denim jacket, are lying on a dark surface splattered with white paint. They are looking at each other. The word 'PERFECTIA' is written in large, bold, black letters at the top of the image, with a cracked, stone-like texture.

Biología Almas Imperfectas 2
SOFI BAUTISTA

PERFECCIÓN

*Nuestro «felices para siempre»
apenas está empezando.*

SOFI BAUTISTA

**QUEDA TOTALMENTE PROHIBIDA
LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL
DE LA PRESENTE OBRA
Copyright © 2018 Sofi Bautista
Todos los derechos reservados.
ISBN-13:**

DEDICATORIA

La vida me dio lo oportunidad de amarlos.

AGRADECIMIENTOS

A ustedes, mis queridos lectores, por ese apoyo, cariño y por a haber amado a Lucas, y acompañarnos por este largo camino.

Aprovecho también esta oportunidad, para dar un agradecimiento especial a la talentosa y maravillosa escritora *RM MADERA*, por su espectacular ayuda con la sinopsis.

A la bella y siempre atenta escritora *Luz Maestre*, por su brillante asesoría en la creación de la portada.

A mi correctora Alexandra Medrano por el brillante trabajo realizado.

Esto es como mucho cariño para todos ustedes.

Sofi Bautista,
Guayaquil – Ecuador, diciembre 2018

Índice

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

EMOCIONES FATALES

VIDAS

¿DULCE NEW YORK?

TAN PERFECTO Y DISTANTE

LA EXTRAÑA

DOLOROSAS COINCIDENCIAS

DETALLES

UNA TRISTE MELODÍA

PEQUEÑOS ERRORES

DULCES APARIENCIAS

DECISIONES

SER O NO SER

EMPEZAR DESDE CERO

TENTACIONES

ESPERANZAS

SUPOSICIONES

EXCENTRICIDADES

¿REENCARNACIÓN?

ABRIENDO VIEJAS HERIDAS

PRESENTE

MALAS IDEAS, PERFECTAS EXCUSAS

REMORDIMIENTOS

¿CITAS?

UNA COSA HERMOSA LLAMADA TIEMPO

UNA HERMOSA ESPERANZA

EL BLAS TRISTE DEL RECUERDO

UNA PRUEBA

PEQUEÑAS OPORTUNIDADES

SENTIMIENTOS VS CULPAS

UN VIEJO RECUERDO

UNA RECOMPENSA

ALGO LLAMADO KARMA

PREGUNTAS PERFECTAS

UN LATIDO

DOMINGO

CIRCUNSTANCIAS

UN BESO - UNA HERIDA

UN CHOCOLATE Y UNA FLOR

PRESAGIOS

VERDADES

DOS CARAS

UN ENCUENTRO

UNA PEQUEÑA DISCULPA

TONTAS APARIENCIAS

VENTANAS ABIERTAS

CORAZONES ROTOS

VIEJAS EXCUSAS

CARIDAD

VIEJOS REMORDIMIENTOS

FALSOS AMORES

UNA TIERNA Y DULCE SOLEDAD

UN TORRENTE DE AMOR

BESOS QUE ROBAN EL ALMA

DESTINO

UNA TRISTE POESÍA

UN PEQUEÑO RESPIRO

IMPOSIBLES

LA FIRME CONVICCIÓN DE NO DECIR ADIÓS

DIFERENCIAS

SOLO TU Y YO

UNA LÁGRIMA SOLITARIA

LA PESADILLA VESTIDA DE CUERO

SORPRESA

NADA

UN SILENCIO LLENO DE RISAS

PROMESAS

MARIPOSAS

TIEMPO

EL DULCE LATIDO DEL AMOR

MANZANAS

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

La depresión, es una enfermedad frecuente en todo el mundo, y se calcula, que afecta a más de 300 millones de personas.

La depresión es distinta de las variaciones habituales del estado de ánimo y de las respuestas emocionales breves a los problemas de la vida cotidiana. Puede convertirse en un problema de salud serio, especialmente cuando es de larga duración e intensidad moderada a grave, y puede causar gran sufrimiento y alterar las actividades laborales, escolares y familiares: en el peor de los casos, puede llevar al suicidio.

Cada año, se suicidan cerca de 800 000 personas, lo que supone una tasa de mortalidad "global" de 16 por 100 000, o una muerte cada 40 segundos.

El suicidio, es la segunda causa de muerte en el grupo etario de 15 a 29 años.

Se estima que a nivel mundial el suicidio supuso el 1,8% de la carga global de morbilidad en 1998, y que en 2020 representará el 2,4% en los países con economías de mercado y en los antiguos países socialistas.

OMS (Organización Mundial de la Salud)

Si sospechas, que algún integrante de tu familia o de tu grupo de amigos puede sufrir de depresión, bríndale tu comprensión, apoyo y cariño.

La depresión no se cura milagrosamente asistiendo solo a terapia. Ellos necesitan de tu amor y compañía.

¡No los ignores!

EMOCIONES FATALES

MELISA

Brooklyn - New York
Bedford-Stuyvesant
20 de diciembre, 2017
03:37 A.M.

Era curioso como el odio podía aflorar su fea cabeza de un segundo a otro.

—¡Abre la maldita puerta, Ian! —grito, furiosa, mientras golpeo de manera violenta mis dos manos contra la puerta; esta se mantiene firme e inmutable frente a mi rabia a penas contenida.

Pruebo otra vez con la manija de acero, pero sigue sin dar señas de que, al otro lado, su único huésped me quiere dentro del apartamento.

«Todo esto es culpa de la estúpida de Meghan» pienso amargamente.

Odiaba a esa despreciable mujer, y no precisamente porque luciera como una jodida *barbie* mal operada, e hiciera comentarios ridículos e hirientes sobre mi aspecto.

La odiaba con absoluta pasión, por el monstruo en que había convertido a mi hermano; la maldita merecía arder en el infierno de donde vino.

La paciencia, no era un gran atributo de mi personalidad y mi hermano mayor la estaba poniendo a prueba; *demasiado*.

Ya llevaba encima un cabreo descomunal por su inasistencia a la cita programada a la siete en punto. Por suerte, era uno de los clientes regulares, por lo que no le molestó que lo atendiera Peter, nuestro otro tatuador: tuve que usar su obvia atracción hacia mí, para que aceptara cubrir el trasero de mi hermano.

Siento asco al recordar como tuve que aceptar salir con él la semana entrante.

Estaba segura de que el atractivo rubio, estaba esperando realizar avances

«*sexo*» en nuestra primera cita.

Ian me debía una grande.

Una cosa era que, el 98% del tiempo estuviera babeando por esa arpía y su supuesto embarazo: que yo apenas creía en su veracidad. Y si existía bebé, dudaba mucho que fuera del estúpido de mi hermano.

Era de conocimiento público que esa mujer se revolcaba con cualquiera que tuviera un pene; menos el tonto de mi hermano, que era como si viviera en una dimensión desconocida.

El hombre tenía un serio problema escogiendo mujeres.

¡Maldición!

Tuve que pedirle a Roldan, que me ayude a cerrar la tienda; el hombre ni siquiera trabaja ahí.

Golpeo de manera más enérgica la puerta y no me detengo a razonar en que mis esfuerzos son inútiles, considerando que estos edificios tienen años que fueron remodelados, y sus paredes ya no son aquellas de papel que con un golpe mío se hubieran derrumbado; en estos momentos me ayudaría mucho la estabilidad mediocre de esas antiguas instalaciones.

Suspiro pensando en las posibilidades que tengo de encontrar la manera de entrar al apartamento.

Son nulas, considerando que no soy «*MacGyver*» y mi conocimiento sobre cerrajería no existe; mi futuro se veía incierto, acompañado de una clara visión de mí durmiendo sin más remedio en el amplio pasillo.

«Sí, la vida era una delicia de este lado» pensé con sorna.

Rock estruendoso se filtra por la puerta y sé, que mi hermano no está dormido como evidentemente trata de hacerme creer: Nadie en su sano juicio podría dormir con ese ruido; por muy drogado que estuviera.

Me volteo y descanso mi espalda contra la puerta, mientras cruzo mis brazos: Aunque, recuerdo aquella vez en que mi hermano se había fumado esa...

La puerta frente a nuestro departamento se abre para mi jodida suerte, revelando al sexy mejor amigo de mi hermano.

«*Dracorecojemujerzuelasbaratas*» como me gusta llamarlo de cariño.

Sus preciosos ojos color gris como su alma contaminada, brillan de felicidad mientras me sonrío de manera sexy e insolente, revelando para mi castigo personal, sus dos preciosos hoyuelos.

Se me escapa un gemido imperceptible cuando mis locos, traicioneros y masoquistas ojos hacen una toma rápida de sus esculpidos abdominales; que

están a la vista, gracias a que solo lleva un ridículo pantalón de dormir con varias caras estampadas de «Hello Kitty» y que se sostiene peligrosamente de su cadera.

No estaba segura en este punto de mi vida, que era lo que me volvía loca e incapaz de procesar las advertencias que me gritaba todo el tiempo mi sensato cerebro, cuando me encontraba cerca de él:

A) Si verlo con sus llamativos trajes de tres piezas moldeando su cuerpo y dejando poca cosa a mi loca y aterradora imaginación o;

B) Apreciar su belleza sin obstáculo alguno, ofreciendo todo un espectáculo para mi placer y condena.

Hasta la mujer más sensata, casta y pura del mundo tiene cierto límite antes romperse; *antes de convertirse en una pecadora.*

Solo era cuestión de tiempo para que se haga añicos mi fiero autocontrol y me convierta en algo que me daba miedo admitir que disfrutaría siendo; estaba lista para mandar todo al infierno y arder entre las sabanas de este tormentoso hombre.

Incluso su cabello oscuro y ondulado, es sexy, y no ayuda que se vea como me imagino que luce cuando te sujetas de manera violenta de el, mientras que el demonio frente a mí adora todo tu cuerpo con su ...

—Mi bella Alicia...

Su voz de barítono es sensualmente rasposa, mientras se apoya casualmente contra el marco de su puerta.

Me lamento terriblemente: «¿Por qué tiene que ser tan mujeriego?»

—¿No me llames así! —siseo enojada.

—Para mí, siempre serás mi hermosa «Alicia, en el país de las maravillas», aunque hayas teñido tu hermoso cabello rubio a ese interesante verde neón y luzcas rastas de múltiples colores; vi tu belleza mucho antes de que aprendieras a deletrear la frase: «*Aléjate de mí, Draco*»

Un escalofrío indeseado atormenta mi columna.

Me gustaría ser inmune a este hombre y todo su absurdo coqueteo que jamás va a terminar como he soñado.

Si tan solo no estuvieras...

Y el jodido universo se encarga de restregarme en la cara el «por qué» debo mantenerme lejos del jodido demonio.

—Cariño...—La mejor amiga de la perra de Meghan, *Natalie*, aparece tras de él y con una familiaridad que me dan ganas de vomitar, envuelve sus flacuchos brazos alrededor de la cintura de Draco, —¿Le entregaste la llave

de repuesto al *duende*? —Draco tiene la decencia de hacer una mueca al apodo que me puso Meghan y su mujer.

La descarada pelo teñido—*la persona que le aconsejó que se tiñera su cabello a ese espantoso rojizo fuego, sencillamente debe odiarla más que yo*—que solo viste sus bragas negras de seda, tiene la audacia de sonreírme inocentemente mientras descansa sus muy cuidadas y delicadas manos, sobre el paquete de seis del maldito demonio que me persigue incansablemente en mis pesadillas.

Gracias a que el cuerpo Draco es lo suficientemente ancho, me salva de observar en toda su patética gloria sus asquerosos senos operados.

«Gracias al cielo, por lo pequeños favores»

Él hombre que odio y adoro con devota pasión, cubre amorosamente la mano de Natasha con la suya; siento que se forma una profunda grieta en mi corazón.

¿Realmente no entiendo por qué te sigues haciendo esto?

Desde que tengo memoria, ellos han estado juntos, compartiendo una relación asquerosa que jamás voy a entender: Cada uno tiene aventuras, pero, al llegar la noche y entrar a ese departamento, retoman su rol de *«felices esposos»* que viven el sueño americano.

Son la pareja más extraña que he conocido en toda mi vida.

Extiendo mi mano deseando acabar pronto con la incómoda reunión; no estoy de humor para seguir visualizando sus cuerpos desnudos, porque ya tengo la clara impresión de lo que estaban haciendo antes de que llegara a interrumpirlos con mis gritos y golpes.

Me disculparía sinceramente, si me sintiera mal por haberlo hecho, pero para desgracia de ellos, me salté el curso de *«Hipócritas 101»*.

Fuerzo una sonrisa que estoy segura de que me hace lucir como la chica del exorcista; Draco, extiende su mano derecha colocando la fría llave sobre mi palma.

Le daría las gracias, pero ya estamos a manos, luego de que tuve que ver las flacuchas piernas, y por *casi* los senos operados de la perra de su mujer.

Que agradezca que no llamé a la perrera.

Estoy segura de que esos hermosos perritos que van a parar ahí están mucho más limpios que la asquerosa pelo teñido.

Para mi pesar, he visto los hombres con los que engaña a su esposo, y si soy franca, esa mujer está loca: *Yo jamás engañaría a ese hombre.*

Estoy segura, de que mi demonio personal algún problema grave debe

sufrir a nivel psicológico, para que se conforme con esa bruja.

«Malditos hombres y su gusto asqueroso por las malas mujeres».

Me giro sin darles otro pensamiento; inmediatamente su puerta se cierra en completo silencio tras de mí.

Locos.

Metó la llave en la cerradura y se me escapa un suspiro de alivio cuando la puerta de mi departamento suena; sus seguros cediendo, la oportunidad de reclamarle a mi hermano por el desplante que nos hizo hoy está cerca.

Ni se imagina la bronca que le voy a echar.

VIDAS

MELISA

La música es aún más ruidosa con la puerta abierta; no sé cómo soporta estar encerrado en este departamento oyendo ese rock pesado que abruma los pensamientos.

El olor a licor fuerte me golpea directamente, y me cubro como puedo mi nariz con mi mano derecha.

El principal problema fue, que mi juego de llaves se me olvidó sobre el mesón de la cocina: Le envíe varios mensajes en el transcurso del día pidiéndole que *por favor* tuviera la amabilidad de traer mis llaves a la tienda cuando él viniera a su turno.

Jamás contestó.

Revisé su conexión en *WhatsApp*, pero solo estuvo activo hasta las 09:00 A.M.; la hora exacta en que salí como *alma que lleva el diablo* del apartamento, porque lo escuché en su habitación empezar a discutir con la desalmada.

He ahí el «por qué» se me olvidaron mis llaves; eso fue hace más de 18 horas.

Su vida diaria la dividía entre: Perseguir a la arpía de su mujer; trabajar en nuestra tienda de tatuajes y mantenerse activo en sus redes sociales.

El hombre documentaba hasta cuando se lanzaba una flatulencia.

La absoluta oscuridad del departamento me recibe, tanteo la pared a mi costado izquierdo hasta dar con el interruptor; la luz baña el pequeño descanso de la entrada al departamento: el ambiente que me rodea es un remolino de olores desagradables.

Observo mi alrededor esperando ver a mi hermano drogado sentado en el sofá, pero no lo alcanzo a divisar.

Nuestro apartamento es pequeño y está pintado de colores pasteles: Tiene dos habitaciones, cada una con su respectivo cuarto de baño; cocina estilo

americano con grandes gabinetes y una cocina empotrada; sala pequeña, que solo la adorna un juego de muebles y un balcón donde puedes apreciar la hermosa vista a la calle principal de *BeyStud*.

Lo único de mayor valor que tenemos en la sala era un televisor de 55 pulgadas empotrado en la pared de frente.

Trato de encender la luz de la sala, pero esta no hace su función. Resignada, camino hacia la sala oscurecida para apagar el equipo de sonido, pero no llego a completar mi hazaña, ya que, al rodear el gran sofá negro, mi zapato izquierdo choca con algo, provocando que casi pierda el equilibrio y caiga al piso, pero me sujeto intuitivamente del brazo del sofá.

Miro hacia el piso, primero enojada pensando que mi hermano está jugando a la escondida; no sería la primera vez que me hace algo parecido cuando está dopado de alguna droga, pero, cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad y alcanzo a visualizar la espuma saliendo de su boca, la sangre corre vertiginosamente a mis oídos.

Mis rodillas se doblan mucho antes de que pueda reaccionar, y pronto estoy rodeando a mi hermano con mis brazos.

—*¡¿Ian...Ian...Ian...?! ¡Por favor, responde! ¡¿IAN...?!*

Lo siguiente que recuerdo, es correr, presa del pánico, hacia el departamento de frente y golpear violentamente la puerta, mientras lloraba desesperadamente.

¡Mi hermano, no respira!

¡Mi hermano, no respira!

«Él no podía dejarme»

«Él no podía abandonarme»

No cuando sabía perfectamente que él lo era todo para mí, aunque yo no fuera todo para él.

No sabía si esas cosas se las había dicho a la puerta o, al único hombre que en ese momento podía salvar la vida de mi hermano.

Todo fue un borrón de actividad mientras veía a Draco, tratar de resucitar a mi hermano realizando *RCP*, y la odiosa de Natasha, que ni siquiera podía ver si esta vez llevaba algo de ropa, que chillaba e insultaba histéricamente por el celular, exigiendo que enviaran una ambulancia a nuestro departamento.

Era como si esto, le estuviera pasando a otra persona.

Esto no podía estar pasándome a mí.

El encontrarme frente a esta situación, me hizo replantearme sobre

muchas cosas en mi vida.

Me quedé paralizada frente a los inútiles esfuerzos que hacía un mejor amigo desesperado sobre el cuerpo de un hombre que jamás valoró todo lo bueno que tenía en la vida, y que se encargó de arrebatarme la única pisca de felicidad que pensé que tenía en esta vida tan injusta.

Los gritos angustiados de Draco dirigidos hacia mi hermano me estremecían, y hacían que una pregunta rebotara por todo mi cerebro mientras mis ojos se dirigieron hacia el gigante reloj colocado frente a la pared lateral de la casa.

04:17 A.M.

Él no podía morir: era mi hermano mayor.

¿Qué sería de mí, ahora sin él?

¿DULCE NEW YORK?

PRESENTE

EMERY

Ciudad de New York

4 de abril, 2022

Mi primer año en New York, no fue exactamente como esperé: pero sí como imaginé.

No sabía que estaba mal conmigo.

Cinco años atrás, no tenía a nadie a quien llamar familia. Ahora, tenía amigas increíbles que se preocupan mucho por mí. Pero, a pesar de eso, no pude detenerme una vez que empecé.

Y aunque traté muy duro, no lo logré: No pude.

Comenzó de a poco con mentiras aquí y otras allá. De pronto, me convertí en una experta en evitar momentos de confrontación, cuando las chicas trataban de hacer alguna clase «intervención».

Tenía argumentos finamente preparados para desviar la atención.

Cuando llegué a vivir con ellas, permití que creyeran que tenía «novio»; y *sí*, mentí diciendo que era Lucas.

Una sonrisa sónica ensombrece mi cara al pensar en el chico dulce y perfecto del que me enamoré hace mucho tiempo atrás. Tiempo donde el corazón solo estaba lleno de amor y felicidad y los errores eran solo pesadillas que cualquier persona podría tener.

Menos nosotros.

No quería decirles la verdad; ni a hablar de eso.

El dolor se sentía muy crudo todavía, así que permití que creyeran que

él estaba vivo y... que era el peor novio del mundo.

Un cretino.

Cinco años pasaron en un abrir y cerrar de ojos, había perdido mucho más de lo que había ganado.

Y me duele admitir, pero al mirarme al espejo ya no veía a la mujer que era antes.

Antes de perder a Lucas.

Antes de perder un hijo.

Antes de tirar a la basura tantas cosas que ahora me gustaría tener, para que así mi vida, no se sienta tan resquebrajada como estaba actualmente.

Sinceramente, no sabía si solo era yo haciendo las cosas más complicadas o, si es así como realmente se siente perder al hombre que amabas.

Si era así como se sentía perder no solo una, si no a dos personas que hubieran hecho de mi vida un verdadero paraíso.

Caer y levantarme, era lo había estado haciendo todo este tiempo; y francamente... ya estaba cansada.

Me apoyé contra el lavabo y cerré fuertemente mis ojos; mis dedos se vuelven blancos por presionar con tanta fuerza la fría cerámica mientras mi celular se vuelve loco sobre el pequeño tocador: El vacío en mi vientre jamás se sintió tan feroz.

Hoy es mi vigésimo tercero cumpleaños, y no por ello, aquellas personas con las que compartía sangre iban a tener alguna posibilidad de que les contestara su absurda llamada y fingiera que era una persona que realmente no sabía si volvería a ser.

O, que ya no tenía ánimos de parecer.

Desde que llegué a New York, no he tenido ninguna clase de comunicación con ellos: Así era mejor.

Mucho más fácil.

Por eso jamás contestaba llamadas de números desconocidos. La oportunidad de ser la vieja Emery, cada vez se hacía más lejana con el pasar de los días.

Constantemente me preguntaba: *¿Por qué me había pasado esto a mí?*

Y la respuesta era siempre la misma: No lo sabía.

Aquella dulce y positiva chica ha muerto tantas veces, que ya ni siquiera entiendo cómo es que sigo respirando.

¿Cómo no me he ahogado antes?

Recuerdo con una claridad angustiante el primer día que llegué a la bella ciudad de New York; al gran Imperio, como lo llaman.

La ciudad que nunca duerme, muchos dicen.

Debo reconocer que ahora ese es un término que se ajusta perfectamente a mí vida: *Dormir cinco horas seguidas, es toda una victoria para mí.*

Me sentía muy rara, porque existieron momentos en los que me preguntaba, ¿qué sería de mí, si él no hubiera muerto?

Nada de lo que sucedió después... *hubiera ocurrido.*

Nada de este dolor que siento, que no me deja respirar, y que me ataca con aterradores episodios de pánico, solo serían un argumento de una fea y espantosa película presentada en las salas de los cines bajo un título retorcido, que le rogaría que me llevara a ver a mi esposo Lucas.

Ese día dudé tantas veces de mi decisión en el elevador, mientras releía por sexta vez la pequeña nota de Alex.

«Querida Emery,

Te ofrezco un lugar, donde estoy sé que vas a encontrar un nuevo hogar. Es lo poco que puedo hacer en nombre de Lucas. Estoy seguro de que él, desearía que tuvieras las herramientas necesarias y los medios para alcanzar todos tus objetivos. He hablado con el decano de la Facultad de Derecho, tu matricula está confirmada para el próximo semestre. ¡FELICITACIONES! Estoy muy orgulloso y sé que serás una excelente abogada.

El mundo necesita más personas como tú y Lucas.

Siempre tendrás una familia en North Fruit, y cuando estés lista... llámame.

Con mucho cariño,

Alex Stone»

No tenía muchas expectativas en cuanto a las personas que en pocos segundos iba a conocer. Pero no podía estar más agradecida por toda la ayuda que me estaba proporcionando Alex.

El elevador sonó, las puertas se abrieron en silencio y salí temblorosa.

Mi maleta de mano contenía mis pocas pertenencias o, mejor dicho, las pocas cosas que pude guardar en mi apresurada huida.

No podía tolerar vivir un día más con esas personas que se hacían llamar mi familia.

Extrañaba más que nunca a mi papá; él hubiera comprendido perfectamente mi dolor al perder a Lucas.

Sonrío cuando recuerdo tener mi primera conversación sobre chicos con mi padre.

Era un hombre muy sabio e inteligente, y en estos momentos me servirían de mucho esa guía.

Y me gustaría mucho recibir un abrazo.

TAN PERFECTO Y DISTANTE

EMERY

*North Fruit, New York
Enero, 2007
Invierno*

*—Es de mala educación quedarse mirando fijamente a una persona —
susurró suavemente mi padre a mi oído.*

*Su barba me hizo cosquilla y no pude evitarlo y me reí bajito, lo que
provocó que nos ganemos una mirada de reprimenda de mi mamá.*

*Ella siempre había sido muy seria, aunque cuando mi papá estaba a su
lado, ella se convertía en una mujer dulce y feliz; su típica pose rígida
desaparecía cuando estaba junto a él.*

Me gustaba mucho esa mamá.

*Era domingo, y estábamos en la iglesia escuchando el sermón del pastor
Lewis.*

*El sueño que venía arrastrando desde la casa, desapareció en un
pestañeo cuando hizo acto de presencia el chico más extraño que alguna vez
había visto en mi vida, y que cada domingo ayudaba a repartir los himnarios
a los asistentes.*

Pero era la primera vez que mi padre me decía algo sobre aquel niño.

*—Pero es que él es tan...—susurré en dirección de mi padre. Sin poder
apartar mis ojos sobre él, como sucedía cada domingo.*

*Sus lentes eran demasiado grandes para su cara; había escuchado que el
«chupacabras» había querido comérselo, pero solo había alcanzado a
arrancarle el ojo.*

*O, eso era lo que contaban los hijos de los amigos de mis padres cuando
iban a la granja a jugar conmigo.*

Me concentré en su cabello, que siempre lucía desordenado. Había notado que le gustaba vestir camisas de tela manga larga y pantalón negro. Sus zapatos siempre estaban relucientes al igual que su tímida sonrisa.

Debo admitir que era algo contagiosa, pero recordaba rápidamente lo que me advirtieron mis amigos: «Él es malo Emery, por eso «DIOS» lo envió así».

Él tenía una enfermedad que no recordaba todo su nombre, pero era algo así como... ¿Down?, no lo recordaba en estos momentos.

Pero era un nombre muy largo para pronunciar, pero lo cierto es que me decían siempre que yo no podía ser su amiga, porque él era diferente a nosotros.

«Un fenómeno».

—Ese chico que ves ahí, quizá, es la mejor persona que alguna vez tengas la oportunidad de conocer. —Sonrió cariñosamente en dirección del extraño chico.

Yo guardé silencio mientras veía como se acercaba hasta nosotros y mi padre aceptó el himnario que él le extendió y con una amable sonrisa le dio las gracias.

Él me miró brevemente y sus mejillas enrojecieron, rápidamente desvió la mirada y se alejó para seguir entregando los himnarios.

Miré a mi padre confundida, cuando él se alejó lo suficiente y estuve segura de que no podía escucharme, porque, aunque no era mi amigo, no deseaba lastimar sus sentimientos; me sentía ansiosa por hacerle la pregunta a mi padre sobre su ojo, pero él se adelantó haciéndome otra.

—¿Puedes prometerme una cosa, mi querida princesa? —Asentí aún más confundida, tantas cosas estaban dando vuelta en mi cabeza en esos momentos.

Tenía mucha curiosidad sobre lo que había ocurrido con su ojo.

Y lo más importante, si él era malo como aseguraban mis amigos, entonces ¿por qué mi papá me decía que él era bueno?

Nada tenía sentido para mí en ese momento.

Observé fijamente otra vez a este chico que me generaba mucha incertidumbre, y mi padre me dio un pequeño empujón con su codo en mi brazo.

Lo miré, estaba completamente serio mientras me envolvía en un cariñoso abrazo.

—Prométeme, que no serás como las personas ignorantes de este pueblo,

y lo juzgaras solo porque se ve y habla algo diferente a nosotros. —Hizo una pausa mientras su mirada se entristecía.

Mi estomago se agitó: No me gustaba ver triste a mi papá, y si ser buena con este niño hacía que mi papá fuera feliz, entonces yo, iba a ser su mejor amiga.

—Él también es un ser humano, nunca lo olvides. —Sonrió tristemente—. Es exactamente igual a ti, mi querida ángel, y también como yo, pero, con el corazón mucho más grande para amar de lo que algún día vamos a hacer capaz de comprender.

» Por lo que, si me gustaría que siempre fueras amable con él, y le des la oportunidad de demostrarte que no es lo que todos piensas. —Asentí vigorosamente y su sonrisa se atenuó un poco—. Trata de conocerlo, y un día, quizá, podamos llegar a amar de la misma manera que él. —Negó con la cabeza—. «Dios» sabe que necesitamos tener mucha de la bondad de ese chico para sobrevivir.

Guardó silencio por unos segundos, mientras observábamos atentamente como al terminar de repartir los himnarios, se fue a sentar junto a su familia.

Sentí mi corazón saltar mientras procesaba las palabras de mi papá.

Vi como sus mejillas se tornaron rosadas cuando su mamá le dio un pequeño beso en la frente y le agradecía por su amabilidad.

No podía dejar de notar como de lindas se veían sus mejillas sonrojadas, que hicieron que sonriera sin siquiera darme cuenta.

«Es muy guapo», pensé, sonrojándome.

Escuché que mi padre me llamaba suavemente y lo miré, esperando atenta que tenía que decirme.

Ahora me daba igual las cosas que dijeran mis amigos en la escuela, había decidido que yo sería su amiga.

Quería ser su mejor amiga.

Pero la declaración de mi padre me hizo contener la respiración y mi corazón latir de emoción.

—En este mundo, deberían existir muchas más personas como Lucas Blakely.

Esa fue la última vez que hablamos sobre Lucas Blakely; pero no se necesitó mayor persuasión para que yo empezara a verlo «diferente».

Unos meses antes de cumplir los doce años, mi padre murió: Un accidente de tránsito nos arrebató al mejor hombre del mundo.

Y recordé con fuerza aquella conversación cuando después de una

semana de su trágica partida, me sentí lo suficientemente fuerte para asistir a clases otra vez.

Aun me sentía muy triste; extrañaba muchísimo a mi papá.

El dolor era tan diferente en ese entonces, que me sentía incapaz de comer algo.

Y mi casa, que una vez estuvo llena de risas y momentos mágicos, se tornó tan fría y vacía; y yo me sentía más sola que nunca.

Mi madre se encerró mentalmente en su propio dolor, y aunque estaba consciente, de que ella no fue la única que había perdido a un hombre maravilloso, eligió ignorarnos a todas.

No sabía si su indiferencia dolía más que la misma muerte de nuestro padre.

Me sentía desanimada mientras caminaba por los pasillos de la escuela arrastrando mis pies; recuerdo que pensé, que hubiera sido buena idea esperar una semana más para regresar a mi rutina, pero todo eso cambió al abrir mi casillero para recoger mis libros y empezar ese día las clases y una lluvia de varios papelitos de diferentes colores cayó a mis pies.

La sorpresa fue tan grande que me congelé en el sitio.

El pasillo estaba repleto de estudiantes, pero en ese momento, fue como si todo el ruido fuera apagado de mi cerebro.

¿Qué eran esas cosas?

Me arrodillé con cuidado en el piso, y coloqué mis libros junto a la pila de papelitos y recogí el primero que estaba encima; era de color rojo, y al girar la nota, lo primero de lo que me percaté fue de su horrenda caligrafía.

Tenía dos hipótesis: La primera era que la persona que me había dejado estos papelitos tenía una espantosa letra o, recién estaba aprendiendo a escribir.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando entendí el mensaje en la pequeña nota.

«Él aún te ama»

No podía ser posible *¿quién haría esto?*

Apresurada, empecé a recoger cada notita y tratar de leerlas.

Tomé la siguiente que era de un hermoso color verde: *«Él también te extraña y mucho»*.

La siguiente era de color gris y su texto era un poco más largo: *«Me duele la barriga. Mi mamá me dijo que tu papá está en el cielo. Lo siento mucho. ¡Morir, apesta!»*

La siguiente era de color amarillo patito: «*Si tus lloras, él se pondrá muy triste*».

Otra era de color azul claro: «*Hoy la escuela está triste, porque no has venido*».

Mis manos temblaron al sujetar el siguiente papelito, este era de color blanco: «*Cuando descubra la manera de ir al cielo, tú serás la primera persona en acompañarme, para que lo visites. Tú papá estará muy feliz. ¡Te lo prometo!*»

La primera sonrisa desde que enterramos a mi papá apareció en mi rostro, aunque no podía dejar de llorar.

Seguí leyendo la última notita, está era de un intenso color rosado y casi no distinguía su caligrafía.

Pero sonreí cuando lo hice: «*Un día, lo volverás a ver. Él está contando los días, estoy seguro de eso*».

Repasé dos veces más cada pequeño papelito; me parecía irreal que alguien se haya tomado la molestia en dejarme todos estos mensajes.

No creía que fuera *Will Summer*, que siempre andaba pidiéndome que le dé un beso tras las gradas del gimnasio. Y mucho menos que el autor de estas pequeñas notas sea el abusivo de *Chad Morgan*, que se la pasaba atormentando a todo aquel que tenía la desdicha de pasar frente a él.

De manera disimulada, empecé a recorrer con la mirada el pasillo de izquierda a derecha, tratando de encontrar a la persona que hizo *esto*, pero todos estabas conversando y nadie me prestaba especial atención.

Con una sonrisa mientras me limpiaba las lágrimas y sintiéndome más animada recogí mis libros y me levanté.

Me sentía un poco más ligera y el corazón me dolía un poco menos; porque sabía que en gran parte lo que decían aquellas notas eran verdad.

Mi papá no le gustaría verme triste: «*Sonríe siempre, mi dulce princesa*», me decía cada mañana cuando iba a mi habitación a despertarme.

Con mucho cuidado coloqué esos pequeños papelitos cuadrados dentro de mi libro de álgebra; ese día tenía dos largas horas con esa materia y ya sabía cómo iba a pasar esos agonizantes minutos, y con una sonrisa cerré mi casillero.

Quizá, jamás descubra el orden en el que me lo habían entregado, pero no importaba, cada una de esas pequeñas notas eran muy especial para mí.

Ese día empecé mi búsqueda de mi admirador secreto que tenía una peculiar caligrafía.

Tenía mis sospechas, pero no tuve que esforzarme mucho en descubrir quién era, porque desde esa semana, las notas con colores intensos y peculiar caligrafía jamás se detuvieron.

Y mi admirador secreto pronto cobró identidad; y yo no podría sentirme más feliz de descubrir que era quien siempre imaginé.

Esos pequeños y sencillos mensajes donde muchas veces solo me decía lo hermosa que me veía ese día, se convirtieron en la cosa más genial que me había podido ocurrir, y sin previo aviso el amor surgió.

Estaba perdidamente enamorada del chico que me dejaba hermosas notas en mi casillero, sin imaginarme, que esa misma persona, tiempo después me provocaría el más grande de los sufrimientos, dejando mi alma fracturada.

Dejando a una extraña en su lugar; solo escombros tras su partida, miles de promesas rotas y un corazón que aún no había descubierto «cómo» seguir adelante sin él.

Pero después de tanto tiempo él había tenido mucha razón en una cosa: «Morir, apestaba».

LA EXTRAÑA

PRESENTE

EMERY

Una carcajada llorosa se escapa de mis labios, la misma que rápidamente se convierte en un feo llanto por la intensidad de los recuerdos: Había una parte dentro de mí que odiaba a Lucas.

Lo odia con fervor.

Lo sé, estaba mal. Sabía que no debería sentirme así. Porque él no había tenido la culpa de morir, ni de las decisiones estúpidas que he tomado a estas alturas; pero trata de explicarle eso a mi cabeza y corazón que se sentían tan confundidos y enojados.

Pensaba una y otra vez que mi vida debería ser otra, que, si *él* no hubiera muerto, yo no fuera esta mujer.

No fuera este horrible *monstruo* que cumple años el día de hoy, y que tiene que salir a disfrutar de la fiesta que le han preparado sus mejores amigas.

Mejores amigas que ni se imaginan las cosas que en estos últimos días han rondado mi cabeza.

Cosas malas; muy malas.

Quiero que ellas sean felices, y la decisión que he tomado, las va a liberar de mí; de estar lidiando con mi triste presencia y sus constantes preocupaciones sobre mi estado emocional.

Pero es que ya no puedo; esa era la única solución.

No existía otra manera de salir del hoyo en el que sola caí y que ahora me daba tanta vergüenza y amargura admitir.

Cuantas veces he deseado retroceder el tiempo, pero sin éxito. Suspiro cuando recuerdo que ya llevo mucho tiempo escondida en mi habitación.

Fuerzo una sonrisa frente al espejo de mi pequeño cuarto y la ensayo

varias veces; mis hombros se relajan cuando consigo lograr una que oculte perfectamente mi desenfreno.

Recojo mi pequeño bolso del piso, y extraigo mi kit de emergencia de su interior.

Ordeno mis cosas sobre el pequeño lavabo, arreglo mi cabello en una cola de caballo alta que parece casual y elegante.

Mi cara queda libre y las ojeras se ven mucho más pronunciadas; algo de acné me ha salido este último par de meses en mi frente y mejillas; hago una mueca hacia mis cejas sin depilar.

Supongo que se los debo ya que este será el último cumpleaños que festejemos juntas, por lo que creo que debo verme lo mejor posible.

Que nuestras últimas fotografías juntas, se note cuanto las amo. Por lo que, sin meditarlo más, abro el gabinete del espejo y agarro mi pequeña pinza para sacar cejas.

Una hora después de una horrible depilada de ceja—donde disfrute el dolor que eso me provocaba—y tres capas de maquillaje, creo que me veo...
¿normal?

Suspiro, frustrada; da igual, esto tiene que bastar.

Sin darme otro vistazo en el espejo, coloco otra vez las cosas dentro del bolso y recojo mi celular;

Mientras abandono el baño con paso apresurado lo desbloqueo para eliminar las llamadas perdidas; levanto la mirada y me sobresalto cuando veo a Caroline de pie en la entrada.

—*¡Maldición, Caroline!* —Sobresaltada llevo el bolso contra mi pecho —. ¡Casi me das un infarto!

¿Cómo diablos entró?

Estoy completamente segura de que puse seguro a mi puerta; me estremezco cuando recuerdo que es Caroline de quien estábamos hablando; dudaba mucho, que un simple seguro la iba a mantener alejada de descubrir que me estaba retrasando.

Siendo astuta es como había llegado a poseer el éxito que tenía actualmente.

No dice nada mientras su mirada evalúa mi atuendo y maquillaje.

Ella luce hermosa y sofisticada con su precioso ajustado vestido de punto en color negro con manga larga y escote redondo.

Su cabello corto, que siempre lleva suelto, hoy está peinado en un elegante recogido dejando a la vista sus espectaculares ojos azules—los

mismos que se estrechan con desconfianza, cuando me alejo un paso—desvío la mirada.

De todas mis amigas, ella era a la que menos podía engañar.

—Quería descubrir, qué era lo que demoraba tanto a la cumpleañera. — Fuerza una sonrisa que se ve más falsa que mi maquillaje.

Yo correspondo su cortesía con la misma sonrisa marca registrada.

—Nada de qué preocuparse. —Me aclaro la garganta, mientras le doy la espalda y camino hacia mi closet para guardar mi bolso—. Estaba a punto de salir. —Cierro la puerta rápidamente sintiéndome avergonzada.

El interior luce como un verdadero desastre.

«Igual que la propietaria» susurra una débil voz en mi cabeza.

La enfrento otra vez, y me tambaleo sobre mis pies; su sonrisa es menos falsa ahora; es más cálida y llena de amor.

No la merezco.

—¡Feliz cumpleaños, preciosa!

Con asombro me percató que entre sus manos lleva un pequeño regalo rectangular, envuelto en un fino papel dorado, decorado con un gran pompo fucsia.

Siento la garganta seca; me acerco temblorosa a recibirlo.

—Te ves hermosa —susurra tiernamente una vez que estoy frente a ella.

Sonríó incomoda, deseosa de terminar pronto con este incomodo momento.

Caroline siempre ha sido como una hermana mayor; es algo irónico, considerando que *sí* tengo dos hermanas mayores.

Pero ellas se sienten como personas extrañas a comparación a mis sentimientos hacia mis mejores amigas. Para ser sincera, a la única que extraño, es a mi hermana pequeña, Mia; dejarla en esa granja fue una de las decisiones más dura que he tenido que tomar, pero es que no la podía traer conmigo, no era...

Tan perdida estoy en mis pensamientos que me sobresalto un poco cuando la bella mujer frente a mí me envuelve en un cálido abrazo; puedo percibir el discreto y dulce aroma de su caro perfume, me esfuerzo por relajarme para a hacer menos incomodo el abrazo.

—Eres la mujer más hermosa y valiente que he conocido en la vida.

Suelta un pesado suspiro; puedo sentir el remordimiento en la fuerza de su gesto.

Pero ¿remordimiento a qué?, es lo que aun no he descubierto y quizá,

jamás lo haga.

—Espero que este año, todo lo que siempre has deseado se haga realidad
—susurra en mi oído.

Sus palabras, en lugar de ser ese bálsamo sanador, tienen el efecto contrario.

Me siento la persona más hipócrita mientras impotente recibo el cariño de una mujer que solo me ha brindado su confianza y amor desde el día en que nos conocimos.

Sé que ella se siente culpable de gran parte de mis problemas, pero la verdad es que, en este punto, estoy segura de que nada hubiera podido evitar el desarrollo de los eventos desastrosos que pasaron aquel día, donde mi destino quedó trazado para siempre.

Cierro los ojos cuando el recuerdo de la primera vez que nos conocimos surge con fuerza.

Había estado a punto de regresar al elevador. No me sentía segura de lo que estaba a punto de hacer, aún tenía la opción de regresar por donde había venido.

De regresar al infierno.

Me detuve nerviosa frente a la enorme puerta con el número 308 en su esquina izquierda. Levanté la mano temblorosa y estaba a punto de tocar cuando esta se abrió sin previo aviso.

Una bellísima mujer, poseedora de los más penetrantes ojos azules y hermoso cabello rubio, abrió la puerta.

Vestía unos sencillos pantalones de franela y suéter blanco, me sonrió como si nos conociéramos de tiempo, mientras preguntaba con voz alegre:

—¿Tú debes de ser Emery Green?

Abrí la boca, pero no me dio tiempo a contestar, porque inmediatamente me atrajo hacia sus brazos mientras caminábamos hacia el interior del precioso departamento.

—¡No seas tímida, pasa! ¡Conoce tu nuevo hogar!

Y solo así, por un momento, sentí que todo podía estar bien.

Que no todo estaba perdido y que había esperanza.

Que venir aquí, había sido la decisión correcta... pero que equivocada había estado.

DOLOROSAS COINCIDENCIAS

PRESENTE

EMERY

¿Alguna vez has sentido que no perteneces a un lugar?

Me refiero a ¿cómo si no terminarás realmente de encajar del todo y no sabes qué demonios haces *ahí*?

Recuerdo vagamente que no me sentía así al principio cuando conocí a las cuatro mujeres que ahora son mis mejores amigas, la verdad es que sentí que había encontrado un lugar al cual pertenecer.

Caroline, Kristin, Blair y Jane, se convirtieron rápidamente en el pegamento y apoyo que necesitaba; ellas sin saberlo se habían convertido en mi familia.

La familia que en ese momento necesitaba demasiado.

Por ahora no sabía que me sucedía mientras estoy de pie, en medio de la abarrotada sala: Compañeros de trabajo, y algunas caras que reconozco de mis clases, están pululando por todas partes del amplio espacio, mientras disfrutan del ambiente y hacen lo que todos hacen en una fiesta: «Socializar y fingir que son interesantes».

No tenía ánimos de a hacer eso.

El departamento lucía realmente maravilloso con la decoración que hizo Kristin: Adornos sobrios de color verde esmeralda, estaban ubicados en una esquina sobre una mesa cubierta de bocaditos y algunas fotos de nosotras que le daban el toque alegre y romántico a la ocasión.

A su derecha, estaba ubicada una pequeña mesa de cristal decoraba con una torta falsa de color verde y beige, donde estaba segura de que me iban a cantar el «Feliz Cumpleaños».

Sonrió cuando Blair, aparece frente a mí, haciendo señas con las

manos de manera animada y enérgica:

—*¡Hasta que por fin te veo cumpleañosera! ¡Qué vivan esos veinticuatro! ¡Sí, señor!*

Una enorme sonrisa acompaña su declaración, y veo con emoción como va vestida con un espectacular conjunto rojo; su largo cabello negro cae de manera elegante sobre su espalda y su flequillo luce recién recortado.

Blair nació con un problema en el *área de Broca*, que es una sección del cerebro involucrada principalmente con la producción del lenguaje.

Tengo entendido, que no nació muda del todo, decía ciertas palabras, pero con el tiempo, el problema se agravó hasta dejarla completamente muda.

Por lo que, desde que tiene memoria ella se ha comunicado con el lenguaje de señas.

Algo muy difícil de aprender; debo admitir que me costó meses familiarizarme con su «*lengua*», pero, al final, lo logré.

Una vez le pregunté si no deseaba poder hablar como el resto de nosotros, sonrió alegremente, pero negó con la cabeza y me dijo algo que me dejó pensando mucho desde aquella noche: «A veces, el «*habla*» es lo que hace que muchos corazones terminen rotos».

De mis cuatro mejores amigas, Blair es la más tierna e inocente. Me parte el alma mentirle o rechazar sus invitaciones al spa o a la peluquería.

Hace mucho tiempo que no hemos tenido una de aquellas conversaciones, donde solo nos sentábamos en el balcón una frente a la otra y conversábamos de todo mientras bebíamos chocolate caliente.

Era con la que más me gustaba *conversar*, pero teníamos años que no nos sentábamos y solo pasábamos el tiempo.

Y no era por culpa de ella, o falta de intentos, era solo que ya no me sentía cómoda compartiendo mis sentimientos y me he cansado de mentir.

Pero, sobre todo, es porque frente a ella, no tengo *fachada*.

Puede verme tan claramente como si fuera un cristal; por eso la hace peligrosa para mis planes.

Me envuelve en un fuerte abrazo, que sin poder evitarlo correspondo torpemente.

—Te agradezco mucho, por haber ayudado con toda esta maravillosa decoración. —Se aleja para mirarme a los ojos—. Me encanta. —Fuerzo una sonrisa—. Gracias por ayudar a Kristin. Se lo intensa que puede ser con las celebraciones.

Ignora mi intento de distracción, su cabeza se inclina hacia un lado y

me observa atentamente: Los nervios me invaden rápidamente como sangre a la herida.

Ella es muy intuitiva.

He ahí el motivo principal del porqué evitaba conversar con ella en estos días, tenía miedo de que descubriera mis planes; y lo echara a perder.

—*¿Has estado llorando?* —Hace una mueca.

Niego rápidamente con la cabeza, abro la boca para soltar la primera mentira que se me pasa por la cabeza, pero no me deja a hacerlo.

—*Ya estoy muy grande para las mentiras.* —Sus manos vuelan *que me cuesta un poco seguirla*—. *Creí que era tu amiga. Que me tenías confianza.*

Su rostro se llena de tristeza y me siento la peor de las personas.

—*¡Hoy es tu cumpleaños! Deberías estar muy feliz.* —Niega con la cabeza; su mirada cae a sus altos zapatos de tiras dorados; sabía que estaba a punto de llorar.

Mis manos pican por abrazarla y buscar una manera de salir de esta situación. Pero no tuve necesidad de hacer nada, una sonrisa triste estaba en su rostro cuando me volvió a mirar.

—*Espero que esta noche, sea el inicio de cosas buenas.* —Todo el enojo olvidado.

Y es que así era Blair, poseía un alma tan hermosa como su apariencia.

—*Te lo mereces. Estoy aquí por si quieres «hablar».* —Sus manos se detienen y sus hombros se desploman.

Asiento, sin pronunciar palabra, obligando a mis lágrimas mantenerse a raya.

Me ofrece una última sonrisa triste y se aleja con dirección a la cocina; toda la felicidad drenada de su cuerpo.

No la culpaba por sentirse enojada; cuando tiendes a mentir demasiado, las personas que te quieren inevitablemente se decepcionan.

Y yo ya las había decepcionado hace mucho tiempo, solo que ellas aún no lo sabían.

Varias personas se acercaron a felicitar me y acepté de manera genérica y educada cada muestra de cariño.

Eran amigos de la facultad acompañados de sus parejas y algunos conocidos con los cuales a veces compartíamos algo de tiempo.

Si era sincera, me sorprendía verlos aquí, ya que tenía mucho tiempo

sin socializar con ellos. Había reprobado la mayoría de mis créditos y la graduación estaba fuera de consideración por otros dos años o tres años.

Rihanna sonaba en los altavoces ubicado en la esquina inferior del departamento: Todos vitorearon en mi honor cuando el *disyóquey* pidió un fuerte grito para agradecer por la espectacular fiesta.

Sonreí a mi pesar cuando todos voltearon a verme; la fiesta era todo un éxito a pesar de mi extinto sentido de felicidad.

Era como si fuera invisible y a nadie le importaba.

Con el pasar de las horas me sentía cada vez más agotada, y no tenía nada que ver con mi falta de sueño.

Jane, se acercó minutos después con dos copas de vino; me ofreció una, pero decliné.

Se veía radiante con su amplio vestido veraniego color turquesa; ella solo se encogió de hombros a mi falta de ánimo.

Jane era de naturaleza tranquila, pocas cosas la desestabilizaban mentalmente.

Para ella, mi actitud era la misma que había tenido en las pocas reuniones que habíamos celebrado.

Pero, lo cierto era, que me gusta beber mi vino a solas, donde no había oportunidad de que se me soltara la lengua y diga cosas que no debía.

—Es tu cumpleaños —sentenció, como si me hubiera olvidado de ese hecho a pesar de estar en medio de esta gran fiesta—. Y ya sabes, tienes permitido soltarte un poco. —Movi6 coquetamente sus hombros descubiertos—. *Volverte algo loca*. —Sonrió mientras le daba un pequeño sorbo a su bebida.

—Quizá, más luego, cuando ya pase la sesión de fotos. —Sus ojos color esmeralda se estrecharon en mi dirección.

Me aclaré la garganta e ignoré su malestar.

—Y hablando de eso ¿dónde está Kristin? —Miré a nuestro alrededor, pero no la vi—. Quiero agradecerle por todo su maravilloso trabajo. Juro que esa mujer no debería ser azafata, si no, organizadora de fiestas. Estoy segura de que tendría muchísimo éxito y ya no viajaría demasiado. Mira que precioso le ha quedado todo esto.

Me hace un ademán con la mano.

—No pierdas tu tiempo buscándola.

Su sonrisa astuta me da una idea del motivo.

—La acabo de ver en el balcón, de lo más enamorada de un apuesto

hombre. —Suspira mirando su copa—. Jamás la había escuchado reír tanto como lo hice hace unos cuantos minutos. El chico ciertamente tiene su atractivo, y más aún cuando Kristin le dice un cumplido, él se pone tan rojo como la nariz de *Rodolfo el reno*. ¿Puedes creerlo?

Se le escapa un suspiro anhelante y suelta una pequeña risa; mi corazón da un pequeño traspie.

—Ya me encantaría tener el placer de hacer sonrojar a un hombre así. —Niega con la cabeza, perdida en sus pensamientos—. En estos tiempos, son pocos los hombres que se sonrojan de verdad, y lo encuentro muy entrañable ¿sabes? —Levanta su mirada, y sus ojos se encuentran con los míos y puedo ver la profunda nostalgia en ellos. —Quizá, por ese motivo, me ha parecido aún más guapo.

La curiosidad picó, y luego de conversar uno minutos más, Jane se disculpó cuando unos colegas de ella la saludaron al otro lado de la sala y le hicieron señas para que se acercara a ellos.

Estaba agradecida por la interrupción; aprovecho el pequeño tiempo a solas y de manera casual camino hacia el balcón.

En el corto trayecto saludo y agradezco a la mayoría de las personas por haber venido: Trato de actuar lo más casual posible.

Cuando llego a mi destino, me detengo en la puerta corrediza y respiro profundamente; solo quería ver el chico que había llamado su atención, nada más.

No era ninguna actitud masoquista, me digo mientras vuelvo a dar otra profunda respiración.

Solo deseaba darle un rostro al hombre que muy probablemente vaya a ver más seguido.

Era un hecho que, si había llamado la atención de Kristin, lo íbamos a ver muy a menudo por el departamento.

No tenía nada que ver con que se pusiera rojo.

Solo había conocido a un chico que se sonrojaba cada vez que le hacía un cumplido o le decía cuanto lo am...

Tenía que mantener a rayas mis recuerdos, si no quería tener un caso grave de llanto.

Días como hoy, era cuando más lo extrañaba. Habíamos hecho promesas de pasar cada cumpleaños juntos, y así, como rompía esa promesa, al morir, él había roto mucho más que eso.

En algo tenía razón Jane, y era que solo los hombres especiales tenían

esa cualidad, y los hacía ver más guapo.

Para mí, Lucas, siempre será el hombre más guapo que he conocido.

Frunzo el ceño cuando recuerdo que Jensen—mi antiguo novio, el hermano de Caroline—jamás se sonrojó.

Ni una vez.

Él daba por sentado que era muy atractivo, por lo que mis halagos siempre pasaron a un segundo plano.

Me estremezco cuando mis pensamientos huyen despavoridos: Ya sabemos cómo acabó todo eso.

DETALLES

EMERY

Respiro profundamente y hago presión hacia la derecha para que la puerta de cristal se deslice suavemente, esforzándome en lo máximo de no hacer algún brusco movimiento y que esta haga su distintivo sonido al abrir; suspiro de alivio cuando logro mi cometido.

El cálido y contaminado aire de abril, me roda inmediatamente al igual que unas risas apenas desapareciendo.

Debería regresar por donde vine; aún estoy a tiempo.

—...siempre he querido tener un perro. —Alcanzo a escuchar que admite Kristin—. Pero soy alérgica. Por lo que, ya sabes... —Podía imaginarla encogiéndose de hombros—, estoy segura de que ese será un sueño más que jamás cumpla. —Su voz triste y desesperanzada.

Mi corazón se estrecha: No tenía la menor idea de ello.

Ella era una de mis mejores amigas y estaba a años luz de saber cuáles eran sus sueños o miedos.

Un hoyo se forma en mi estómago, porque aquí estaba ella, confesándolo a un hombre que apenas acababa de conocer.

Deseaba saber si las demás chicas tenían conocimiento sobre esto, y si solo era yo la única que lo ignoraba.

Eso no me sorprendería, pasaba mucho tiempo lidiando con mis demonios, como para dedicarles un segundo pensamiento a mis amigas.

Así de egoísta me había vuelto en los últimos meses, y eso solo reafirmó mi decisión; ellas iban a estar mucho mejor sin mí.

Me escondo tras el gigante arbusto que decora el centro del balcón, que con facilidad oculta mi presencia y espero pacientemente la burla del desconocido.

Jensen se hubiera burlado sin compasión, si la hubiera escuchado

confesar su deseo sobre tener mascotas. Y la hubiera interrumpido recitando una lista de las ventajas de no tener ningún animal a tu alrededor que dañe tus cosas.

Era tan típico de él ser arrogante e insensible.

—No te desanimes. —Una voz profunda me arranca de mis pensamientos—. A veces, cuando parece que todo está perdido...—Hace una pausa—, ocurre un milagro.

Su declaración, envía un escalofrío por mi columna y mis manos empiezan a temblar: Sus palabras están cargadas de tanto sentimiento que, por un minuto entero, se me hace difícil de respirar.

—La ciencia avanza mucho cada día, por lo que, no me sorprendería si de aquí a unos años descubren la cura para tu alergia. —Siento mi corazón temblar—. Y no vas a tener uno, si no un montón de perritos, los cuales van a estar agradecidos porque encontraron a una persona que los va a amar mucho. Como lo merecen.

Contengo la respiración: Era quizá, lo más considerado que se podría decir, a una persona que acaba de confesarte su mayor deseo.

—Ese día, te vas a convertir en la salvadora de muchos animalitos.

Siento mi corazón casi detenerse; no quería hacer comparaciones, pero si cerraba los ojos, casi podía pretender que ese era *Lucas* consolando a Kristin.

Mi Lucas.

Su alma era bondadosa y llena siempre de optimismo. La sencillez con la que le había dicho aquellas palabras me recordaba tanto a él.

Suspiro pesadamente mientras cierro mis ojos: No era lo mismo ver la vida sola, que de la mano de Lucas.

Las piernas me tiemblan un poco cuando una posibilidad se abre paso en mi angustiado cerebro: Este extraño no podía tener la misma discapacidad que Lucas o vestirse igual... ¿verdad?

¡Por favor, que sean diferentes!

Mi corazón empezó a latir rápido cuando decidí que echar un vistazo a su rostro aplacaría mis temores.

Era probable, que este hombre, solo había dicho algo así con el afán de llevarse a la cama a mi amiga; no sería el primer hombre en la historia en simular una emoción que no siente, con tal de impresionar a una mujer.

Jensen era perfecto en a hacerte creer lo que él quisiera.

Era un manipulador de primera, que hacía de las suyas engañando a su antojo a muchas jóvenes estudiantes. Aunque siempre aseguraba, que

conmigo había cambiado.

«*Que me amaba de verdad*».

Lo dudaba mucho después de ver su verdadero interior; estaba segura de que jamás ha amado a alguien que no sea él mismo.

Pero esperaba que este hombre, en lo sentimental, fuera más como Lucas y menos parecido a Jensen; él definitivamente era un idiota.

No quería un idiota como novio de una mis mejores amigas.

Esperaba que este chico valiera la pena. Kristin se merecía una oportunidad luego de que descubriéramos la mentira de su ex.

El desgraciado había estado casado y tenía una hermosa familia; hasta donde ella sabía él era viudo sin hijos.

Por lo que, quince años de casados y seis hijos fue demasiado para procesar para la pobre de Kristin.

Y todo eso lo descubrió de golpe cuando las mentiras de aquel desgraciado se acumularon hasta que la propia mujer llegó al aeropuerto durante el turno de Kristin y le gritó “Mujerzuela” y «Rompe hogares» y un sinnúmero de calificativos vulgares y denigrantes, lo que llevó que la directiva la suspendiera por tiempo indefinido.

Gracias al cielo, que no la despidieron por el horrible altercado, pero desde entonces se mantiene lejos de los hombres.

Rodeo un poco el arbusto para ver porque se han quedado en silencio y casi caigo al piso cuando mis ojos se encuentran directamente con los de mi mejor amiga.

—¿Qué haces *ahí*, cumpleañera?

Siento mis piernas débiles mientras abro la boca para responder, pero me hace de la mano señalando que me quiere junto a ellos.

Me siento tan mortificada que ni siquiera puedo levantar la mirada hacia su acompañante.

—Te quiero presentar a un amigo.

La felicidad era palpable en su voz.

«*Felicitaciones, Emery Green*» pensé con sorna: Te has graduado en ser la peor espiando personas.

Nerviosa y avergonzada camino hacia ella, y evito el contacto visual.

Aun no podía creer que me descubrieran espiándolos.

cuando estuve lo suficiente cerca, Kristin toma mi mano temblorosa entre las suyas y le da un suave apretón y me acerca a su costado; lo interpreto como que no está enojada por mi inesperada intromisión.

La miro avergonzada, aun si creerme toda esta vergonzosa situación.

—Te presento a mi nuevo amigo, *Ian*.

Hace la presentación con una enorme sonrisa en su rostro; sus ojos resplandecen cuando dice su nombre y lo mira como si estuviera mirando el sol: Definitivamente le gustaba.

—Y esta bella dama, que ves aquí, es una de mis mejores amigas. No seas tímido y saluda a Emery Green, *la cumpleañera*.

Mi corazón se siente lleno de plomo; no sé cómo disculparme y marcharme.

—Es un placer conocerte *al fin*, *Emery Green*.

A esta distancia, su voz era aún más profunda y ronca.

No se me pasa desapercibida la familiaridad con la que pronunció mi nombre, y aunque no lo deseaba, esa cálida voz, envió una corriente eléctrica a mi espalda.

Su «*al fin*» sonó cargado de mucho más significado, pero me reprendí mentalmente; no quería ser esa clase de mujer que se mete con el novio o conquista de sus mejores amigas.

Eso sería lo peor que le podría hacer a algunas de ellas. Y no después de sentir en carne propia lo que era que te hicieran algo así.

Mis manos empezaron a sudar, guio mi rostro lleno de vergüenza hacia él y al encontrarme con su mirada pasa lo más extraño y loco del mundo.

Sus ojos son...

La boca se me seca y siento una explosión de diversos pensamientos dentro de mi cabeza.

Sus ojos son de un verde diferente; tan extraño, tan especial pero tan familiar y desgarrador al mismo tiempo.

Ese verde claro que brilla con una alegría y belleza interior que te dejaba sin palabras y que solo lo había visto una vez en mi vida.

Era como retroceder en el tiempo, y estar frente al dueño de esos dulces ojos. Y, aunque juraba que me estaba volviendo loca.

Tenía que admitirlo, sentí que, *Lucas* me estaba devolviendo la mirada.

UNA TRISTE MELODÍA

EMERY

Mis ojos se llenaron de lágrimas, cuando la realización adquirió fuerza y amenazó con destruir mi fachada frente a ellos, y sin dar explicación, giro sobre mis temblorosos pies y escapo.

Escuché a Kristin maldecir, pero no me detuve.

Atravesé la concurrida sala en un abrumador silencio y me refugié en mi habitación.

Cierro rápidamente con seguro la puerta, corro a mi closet y busco desesperada mi bolso.

Entre tanta ropa y zapatos revueltos, se hace tarea difícil. Después de varios segundos de una búsqueda implacable, donde maldigo mi desorden, lo encuentro.

Sin perder tiempo lo abro de manera descuidada casi dañando el cierre; no me importaba.

Era una emergencia.

¡Estaba a segundos de enloquecer!

¡Cualquiera puede tener ese color de ojo!

Razono con mi cerebro y mi corazón.

Me repito esas palabras miles de veces en mi cabeza, mientras abro la pequeña tapa de mi envase de chicles de mentas—donde ocultaba mis pastillas antidepresivas—y la golpeo contra la palma de mi mano para que liberara una.

«Cualquiera puede tener ese color de ojos».

Pienso con más resolución mientras desenrosco la botella con agua que siempre procuro llevar en mi bolso e ingiero dos pastillas.

«Cualquiera puede tener ese color de ojos».

Cierro la botella y me desplomo agitada contra la puerta, con el rostro bañado en lágrimas y empiezo a contar hasta 20.

De atrás hacía adelante:

20

19

18

17

16

Un golpe en la puerta sonó: No me detuve.

Mis ojos se nublan con más lágrimas, cuando frente a mí, se sienta *Lucas* y me sonrío.

Era tan real; tan hermoso.

Tan mío.

Quería estirar mi mano y acariciar su sonriente rostro.

15

14

13

12

11

Los murmullos preocupados tras la puerta se hicieron más intensos. Mis mejores amigas, querían que las dejara entrar, que les cuente que pasaba conmigo; pero ellas jamás lo entenderían.

—Te amo, Emery Green —confiesa timidamente mirando hacia mis ojos y dedicándome su tierna sonrisa.

«*Yo también te amo*» pienso mientras cierro los ojos, una lágrima fría rueda sobre mi mejilla y me dejo llevar por el medicamento.

10

9

8

7

6

5 «Y como por arte de magia, mi corazón empieza a desacelerar; la respiración se hizo más sencilla y abro mis ojos con la esperanza de ver a Lucas aun sonriendo con amor hacia mí, y ser capaz de pedirle que se quede un poco más de tiempo haciéndome compañía»

4 «Mi corazón cae en un pozo: Estoy completamente sola en mi desastrosa habitación.»

3 «Él seguía muerto.»

2 «Mis débiles brazos rodean mis delgadas piernas y dejo caer mi

sudorosa frente contra ellas.»

I «Cierro los ojos, sintiéndome entumecida.»

O...

Me sentía desecha.

PEQUEÑOS ERRORES

EMERY

Los ataques de pánico surgían de la nada y solo contar desde el *veinte hacia atrás* siempre traía cierta estabilidad a mi cabeza.

Me deba algo en que concentrarme, mientras las visiones de *Lucas* venían por un momento y me hacían compañía, para luego irse y dejarme con el corazón roto y desesperado por retroceder el tiempo.

Varios golpes sonaron en mi puerta y supe que era momento de seguir con la fiesta.

No podía arruinarles este día.

El recordatorio que en pocos días les ocasionaría un dolor enorme, me tenía pidiendo fuerza.

Lo cierto era que ya no quería seguir haciendo esto.

Estaba cansada de vivir.

Podía admitir, que me había cansado de extrañar a Lucas, y que solo deseaba estar con él.

Podían llamarme cobarde por tomar aquella decisión, pero solo una persona que ha amado a alguien como lo hice yo, y que fue amaba por alguien como Lucas, sabe que cinco años han sido más que suficiente para probar que mi felicidad se fue con él.

Mi oportunidad de ser feliz en este mundo estaba sepultada en el cementerio de mi pueblo natal.

Mis ojos se llenan de lágrimas cuando pienso en él sentado frente a mi diciendo cuanto me ama.

Sabía que es era su espíritu recordándome que me estaba esperando al otro lado.

Él también me extrañaba.

Estaba completamente segura de eso.

Él de seguro se sentía ansioso por verme.

Sonreí algo más tranquila, en pocos días nos reuniríamos para siempre y ya no existiría más dolor.

Ya jamás me dejaría.

Y yo podía al fin dejar de sentirme tan cansada y descansar entre sus brazos.

Me sentía débil, pero me obligué a levantarme del piso con una sonrisa. Cerré mi bolso y lo arrojé dentro de mi closet. Fui al baño e hice una toma rápida de mi apariencia.

Lucía casi igual que hace tres horas; lo único que me delataban eran mis ojos: Lucían rojos e hinchados y se notaba al paso que había estado llorando.

Abrí el espejo revelando su gabinete interior y agarré el envase de mis toallitas húmedas: Lo abrí, saqué una y limpié las pequeñas manchas de rímel que tenía sobre mis ojeras. Todo mi maquillaje era a prueba de agua, pero al parecer las lágrimas, si podían estropearlo.

No tenía tiempo para retocar mi maquillaje, porque los golpes de mi puerta cada vez se hacían más desesperados.

—¿Emery?! ¿Emery, responde?! *¡Abre la puerta!* —Exigió Kristin—. Podemos conversar de lo que ocurrió en el balcón. ¿Jan, hizo algo que te ha molestado?

Se escuchaba muy preocupada y confundida.

Me sentía la peor persona del mundo por hacerles pasar por todo esto, cuando ellas habían dedicado horas decorando la casa por mi cumpleaños.

Salí del baño, me paré frente a mi puerta, me acomodé mi sencillo vestido, saqué el seguro y la abrí.

Blair, Kristin y Jane, me esperaban visiblemente nerviosas todas tres me observaron de manera inquieta. Sus rostros eran una máscara de preocupación que cubría su verdadero sentimiento.

El pánico de saber que hacer conmigo siempre las ponía contra las cuerdas.

—¿Qué pasó? Te vi cruzar la sala como un torbellino...—empezó a decir Jane cruzándose de brazos, pero Kristin la interrumpió.

—¿Porqué huistes de esa manera? Estábamos bien, y un segundo después, huistes como alma que lleva el diablo —cuestionó Kristin dando un paso hacia mí.

Sabía que ninguna se había perdido que mis ojos lucían rojos e hinchados; les ofrecí una pequeña sonrisa para tranquilizarlas.

—Te pido disculpas, Kris. Solo recordé que había prometido llamar a mi madre y ya sabes cómo se pone si no lo hago. ¡Mira que hasta me ha hecho llorar de lo que culpable que me ha hecho sentir! —mentí descaradamente.

Sus ojos se estrecharon con desconfianza; no me creía ni una palabra.

Blair miro hacia sus zapatos; ella no tenía nada que decirme, pues me conocía mejor que cualquier persona en esta casa.

Cada vez me volvía más descuida y daba a notar que algo malo me pasaba. Los nervios empezaron a debilitar la seguridad de mi voz; ya no se me ocurrían más cosas que decir.

El medicamento me ponía mentalmente lenta, lo que reducía mi espontaneidad con las mentiras.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Estoy cansada de tus mentiras y de pretender que te creo, solo para que te sientas bien. —Tomó mi mano entre las suyas y me miró a los ojos desesperada—. Si ese hombre, Ian, te hizo algo, puedes decírmelo. —Rogó—. Puedes confiar en mí, que lo echo de una patada de la fiesta. *¡Te lo juro!* Por mucho que me guste y lo guapo y educado que sea *¡se marcha!* Definitivamente no quiero salir con un patán.

Esta vez su mirada ya no estaba llena de desconfianza, si no, de dos sentimientos diferentes: *Pena y miedo.*

Negué sintiéndome mal por ese pobre hombre.

—Puedes estar tranquila. —Le regresé el apretón de mano y sonreí; ya empezaba a sentir los efectos de las pastillas.

Me gustaba como me hacía sentir. Todo se sentía mejor.

—Tú misma me lo acabas de presentar. Confía en mí, no lo conozco. —Solté sus manos y les sonreí a las tres—. Él no me ha hecho nada, *¡lo juro!* Y como les mencioné, recordé abruptamente que no había llamado a mi madre, lo que provocó que abandoné de esa manera el balcón. Reaccioné de manera exagerada, lo admito, pero solo me invadió el pánico de soportar una hora de su discurso anual sobre lo abandonada que las tengo.

Kristin sonrió apenada por el camino loco y raro por el que habían ido sus pensamientos en cuanto a su nuevo amigo.

Se notaba que ella estaba realmente interesada en él; no comprendía por qué ese pensamiento me hacía sentir triste.

Jane, que había estado todo el tiempo evaluando mi rostro, asintió mientras empezaba a masajearse la frente: cerró los ojos mientras suspiraba.

—¡Perfecto! —Dio un aplauso y empezó a reír—. Aclarada la situación, marchemos hacia la sala, que tenemos invitados que atender y una fiesta que

celebrar. ¡La noche es joven, mis *ladies*! ¡Y solo una vez se cumplen, *veinticuatro*!

Se acerco y nos envolvió en un fuerte abrazo, mientras todas empezábamos a sonreír.

Me permití disfrutar de este momento: Las iba a extrañar mucho, pero extrañaba mucho más a Lucas. Y mi lugar era estar con él.

Ellas pronto lo entenderían y se sentirían felices por mí.

Nos alejamos y les sonreí brillantemente, el pensamiento de Lucas esperándome me hizo feliz.

Kristin, entrecruzo su brazo con el mío mientras que Blair en silencio lideraba el camino.

Estaba segura de que ellas lo aceptarían con el tiempo.

Tenían que hacerlo.

No había marcha atrás.

DULCES APARIENCIAS

EMERY

Cuando salimos a la sala, la fiesta seguía en pleno apogeo y a la distancia vi a Caroline fruncir el ceño en nuestra dirección.

Jane levantó la mano, y le indicó que estábamos bien: Ella asintió dudosa con una sonrisa, pero su mirada persistió por unos minutos sobre mí cuando las chicas cada una se alejaron para socializar y verificar que nadie notó nuestra ausencia.

Aun la podía sentir su fría y desconfiada mirada quemando mi espalda mientras me acercaba a la mesa de bocaditos y fingía que estaba distraída considerando que comer.

Sentí ganas de vomitar al ver tanta comida; cerré los ojos y respiré profundamente.

Tenía que hacer un esfuerzo para que ella me viera comiendo algo.

Estos últimos meses, mi peso había disminuido considerablemente. Descuido que no pasó desapercibido para Caroline, quien, se encargaba personalmente de empaquetar cada mañana, una funda de cereal, yogurt y un sándwich de pavo o de pollo y entregármelo en la puerta cuando me iba a clases o al trabajo.

No importaba que tan temprano me levantara y silenciosa fuera mientras me alistaba para mis actividades diarias, que ella siempre me estaba esperando en la puerta.

Trataba de usar ropa ancha bajo mi chaqueta de cuero negro, para disimular un poco mi pérdida peso; eso ayudaba mucho en el trabajo.

Gracias al cielo, había conseguido unas prácticas dentro de un despacho jurídico donde la vestimenta era opcional.

Solo había que ir vestido apropiadamente cuando se tenía que presentar a la corte.

El resto de los días, podías ir vestida casual, con la intención de hacer

sentir a los clientes menos intimidados por los lujosos trajes y que confíen más en nosotros y en nuestra capacidad de ayudarles.

Por supuesto que yo aún no había representado ningún cliente, aunque si había asistido como observadora aun par de ellos, con la intención de ver el desenvolvimiento real de un abogado durante un juicio y así empezar a desarrollar destreza frente al juez y el jurado.

«Trata de desarrollar tu estilo, eso hace letal a un abogado en la corte. Que todos tiemblen con solo oír tu nombre» decía mi jefe al termino de cada audiencia.

Ser un «verdadero abogado» era un arte que aprendías observando y luego poniendo en práctica.

Durante el trascurso de un juicio, no había tiempo para errores, sobre tus hombros recaía, el destino de una persona.

Era una enorme responsabilidad, que había aprendido que siempre era tu capacidad de plantear un alegato lo que podía hacer la diferencia entre una sentencia condenatoria y la absolución.

Tú poseías el poder en esa sala, siempre y cuando supieras usar tus recursos de manera astuta.

Más fácil era decirlo que a hacerlo.

Por el momento solo era la ayudante del señor Whitney, un abogado de mucho prestigio en la ciudad, que tenía fama de ser despiadado con los casos que defendía.

Él se especializaba en derechos de la familia. No obstante, me había confesado que sus casos favoritos eran de delitos mayores, como secuestro y asesinato.

Pero esos eran caso estrechamente ligados con la policía, narcotraficantes y toda la escoria que te podrías imaginar. Lo que significaba un gran peligro para el abogado que decidía tomar un caso similar; por lo que, por solicitud de su esposa, quien se sentía aterrada de que le sucediera algo, había hecho a un lado su verdadera pasión y se había quedado solo con casos de: Patria potestad, manutención, divorcios, separación de bienes, adopciones y compra y venta de terrenos.

«Cosas aburridas» decía él.

A mi jefe poco le interesaba que ropa vestía o si había bajado 10 libras: Era mi capacidad lo que siempre exigía.

Miré mi vestido he hice una mueca.

Hoy me veía muy delgada con el vestido que Blair consiguió al inicio de

semana: Era de un hermoso color blanco perla y suelto desde la cintura que caía sobre mis rodillas.

Mis brazos y piernas delegadas estaban al descubierto: No me sentía atractiva, bien podría ser un palo vestido.

El blanco solo me hacía ver como «*Gasparín, el fantasma amigable*».

La palidez era algo que ocultaba principalmente con maquillaje.

—Solo quería disculparme.

Me sobresalté al escuchar esa distintiva voz profunda detrás de mí, me giré para quedar frente a él, pero no me atreví a mirarlo a los ojos; mis manos empezaron a temblar un poco.

No quería mirarlo a los ojos con miedo de que me ocasione otra crisis. Si tan solo no tuviera ese color de ojos, yo podría actuar normal.

—Ian...

—Por lo menos recuerdas mi nombre —bromeó y sentí las comisuras de mis labios tirar hacia arriba.

Sería tan fácil pretender que *él* era otra persona; pero eso estaría tan mal en tantos aspectos.

Además, tenía que recordar que Kristin estaba seriamente interesada en el hombre frente a mí.

Le debía una disculpa por mi forma tan descortés de marcharme. Me alisé el vestido, respiré profundamente y levanté mi rostro hacia él, pero dirigí mi mirada sobre su hombro mientras extendía mi mano derecha.

—Lamento lo de hace un momento. —Su mirada estaba en mi rostro; eso no ayudaba a mis nervios.

Me preguntaba el *porqué* de mi agitación, a pesar de haber tomado mis pastillas.

Debería estar en calma; en absoluto control de mi cuerpo y mente.

—Me presento otra vez, Soy Emery Green y gracias por asistir a mi fiesta. —Forcé una sonrisa—. Espero que disfrutes esta noche.

Sentí que su mirada cayó a mi delgada mano extendida, pero solo la observó; empecé a sentir los nervios otra vez martillando mi cerebro.

Llegué a la conclusión, que, sí esta noche Kristin y él formalizaban algún tipo de relación, tenía que aumentar la dosis si quería mantener el control sobre mi cuerpo y mente durante estos cortos días.

Me sobresalte un poco al sentir el calor de su mano; no hizo comentario alguno sobre el porqué mi mano estaba fría y sudorosa; una especie de corriente estática envió hacia mi roto corazón.

Esto estaba mal.

Muy mal.

—Es un verdadero placer estar aquí. Considerando que nadie me ha invitado.

Su declaración hizo que lo mirara a los ojos; en efecto, eran exactamente iguales.

Respiré profundamente mientras mi mano se apretaba sobre la de él y esta vez, permití que la familiaridad de esa mirada me sobrecogiera; me sentí sonreír.

—¡Tenemos un colado en la fiesta! —exclamé, fingiendo horror—. ¡Rápido, tenemos que llamar a la dueña de la fiesta para que lo saque de aquí!

Una tímida y avergonzada sonrisa floreció en sus llamativos labios, lo que provocó que mi corazón temblara.

—No vaya a hacer que se tomé todas las bebidas y robe nuestros caros bocaditos.

Me sorprendí por lo fácil que salió la broma. El famoso sonrojo hizo su aparición y mi corazón hizo un revoloteo.

Me preguntaba si era fácil fingir sonrojarse; y si no era así, este sujeto era un gran actor y muy atractivo también.

Muy diferente a Lucas en tantas cosas, pensé mientras me familiarizaba con su apariencia; solo sus ojos eran lo único que tenían en común.

Mientras que Lucas, había tenido el cabello rubio con reflejos naturales, y su estatura era de un metro setenta; su contextura era delgada, y su sonrisa era hermosa e igual que sus ojos.

Poseía una belleza que solo se podía apreciar si te detenías lo suficiente y permitías que su personalidad te cautivara. Después de eso, Lucas sería el hombre más apuesto y hermoso que podrías tener la suerte de amar.

Ian, era lo opuesto.

Su cabello ondulado era de un salvaje y espeso color negro, algo crecido en la parte superior pero recortado en sus lados.

Su estatura, estaba segura de que rozaba casi el metro noventa o más; con mis tacos de 20 cm aun no podía alcanzarlo; mi cabeza rozaba con dificultad su barbilla.

Me imaginaba que, sin tacos, mi metro sesenta me hacía ver como su hermana pequeña.

También había notado que, al sonreír, aparecía un pequeño hoyuelo en la parte inferior de su barbilla: *Lo que solo lograba que se viera*

extremadamente sexy.

Demasiado sexy.

Era muy atractivo, no iba a engañarme.

Poseía esa clase de belleza masculina que estaba segura de que hacía voltear a más de una mujer en la calle: Ese poder masculino que te atraía como polilla al fuego.

Era peligroso.

Pero eran sus ojos lo que me tenían suspendida sobre el fino hilo entre la cordura y el desasosiego.

Era abrumador cuan parecidos eran a los ojos del hombre que amaba.

Un revoloteo empezó en mi estómago; eso no era bueno.

Sus hermosos ojos verdes me recordaban tanto a los de Lucas, sin contar lo tierno y considerado que había sido con Kristin; eso solo podía jugar en mi contra.

No quería sentirme atraída por nadie: Ya una vez intenté rehacer mi vida. Y lo único que conseguí, fue romper aún más mi desolado corazón.

Además, ya había decidido que la esperanza, estaba más que perdida para una persona como yo.

El tiempo ya jamás sería un problema para Lucas y para mí, porque nuestro amor sería eterno.

Él estaba esperando por mí, no podía dejar que un rostro atractivo me desviara de mi plan.

No solo era por Lucas, si no también lo hacía por... *mi hija.*

DECISIONES

LUCAS

Llegué al apartamento pasada las cuatro de la mañana.

No me sorprendió ver a Melisa, mi nueva hermana, despierta esperando por mí.

En estos últimos cinco años, me había acostumbrado a su sobreprotección; era algo lindo de a hacer por parte de ella, considerando que no era su verdadero hermano.

Estaba sentada de manera casual en el sofá de dos puestos, sus piernas dobladas debajo de ella; toda la sala en silencio.

Solo la pequeña lampara en la esquina derecha de la sala era la que proporcionaba el brillo suficiente para iluminar un poco nuestro entorno.

Me sentí un poco culpable por no a haber permitido que me acompañara a la fiesta; luego de que insistió muchas veces.

Pero mi decisión de hacer esto solo, la había molestado, pero, como había descubierto hace mucho tiempo, la mujer sentada en esta sala no le gustaba insistir mucho.

Me dio un corto saludo con su cabeza, mientras me detenía en el pequeño perchero y me sacaba la chaqueta y la colgaba.

Abandoné también mis zapatos—mi hermana odiaba que las personas caminaran dentro de la casa con los zapatos puestos—siempre decía, que dejaban por todo el lugar los gérmenes que traían de la calle.

Me observó atentamente sin perderse detalle de mi rutina, creo que estaba midiendo mi grado de felicidad.

No le gustaba inmiscuirse donde claramente nadie la quería metiendo su nariz, pero desde aquí, podía sentir su incertidumbre y nerviosismo.

Me acerqué al mesón y empecé a sacar la billetera de mi bolsillo trasero

y unas cuantas monedas de los bolsillos de delante...

—Me vas a tener toda la santa noche en vigilia, observando cómo te desnudas o me vas a contar cómo te fue en la fiesta —dijo exasperada—. No he podido dormir por dos motivos:

» Primero: Pensando en el *sinfin* de cosas que podrían haberte sucedido en tu camino hacia allá. Y segundo: Que la angustia de conocer la reacción de ella al *verte* me carcome el cerebro. —Suspiró—. Para que sepas, he vivido las seis horas más angustiantes de mi vida.

—Te has equivocado —aseguré sonriendo mientras empezaba a caminar hacia la sala.

Me detuve frente a ella y bajé mi mirada; ella levantó su rostro.

—¿Perdón? —preguntó, confundida, cruzando sus brazos sobre su pecho.

Lucia enojada pero más que todo curiosa.

—Que sencillamente te has equivocado. —Frunce el ceño mientras empieza a jugar con una de sus rastas—. No pasaron las cosas que me aseguraste que pasarían. Ella mantuvo su distancia, aunque no lo creas.

Bufó enojada y puso los ojos en blanco; bajo el rudo exterior, sabía que se preocupaba por mí.

—Me estás diciendo... ¿Que esta *chica*, te «vio» y no quiso arrancarte la ropa en el acto? —Su voz goteaba incredulidad.

No pude evitarlo, he hice una mueca mientras me dejaba caer a lado de ella.

Aun me costaba mucho recordar que ahora mi apariencia no era desagradable para nadie, si no, todo lo contrario.

El visible atractivo de este cuerpo, hacía girar muchas cabezas cuando caminaba por la calle.

Recibía un tipo de atención diferente, pero no dejaba de hacerme sentir muy incómodo; creo que siempre me sentiría inseguro.

Solo deseaba que una mujer fuera la que se derritiera por mi nueva apariencia; pero ella me trató como si fuera uno más del montón.

No sabía si sentirme feliz por eso, o empezar a preocuparme si solo le gustaban los chicos que tenían alguna discapacidad.

Ella giró todo su cuerpo para quedar frente a mí, su mirada se estrechó en desconfianza.

—¿Aun cuándo seguiste cada una de mis indicaciones? —Insistió.

Asentí mirándola de reojo; dejé caer mi cabeza contra el respaldar

cuando no dijo nada.

Los temblores que sufrí al principio, cuando la vi en el balcón ya habían pasado.

Aunque, aun podía sentir mi cuerpo reaccionando hacia ella como jamás recuerdo que hice cuando tenía mi anterior cuerpo.

Fue abrumador todas esas sensaciones, que me tomó un momento tranquilizarme y poner en control mi mente y mi cuerpo.

Supongo, que ese calor que sentí invadir mi cuerpo—que era algo «normal» según me explicaba mi hermana—esperaba que fuera algo bueno, ya que no me ocurría cuando miraba a mi hermana o a otra mujer en la calle.

Aun me era extraño razonar con alguna de las cosas que estimulaban a este cuerpo.

No sabía si eso ocurría con todos los hombres cuando estaban frente a la mujer que amaban, pero estos temblores fueron diferente a los que experimentaba cuando tenía dieciocho años y estaba en presencia de ella.

Sentía un calor diferente en mi estómago, *muy diferente*.

Después de superar la vergüenza, tenía que sentarme a conversar de esto con Melisa; que ella me hiciera el favor de explicar que era todo eso nuevo que sentía hacia Emery ahora.

Que sucedió justo en el momento en que mis ojos se posaron sobre su delgada figura y hermoso rostro maquillado. Fue como si millones de sensaciones corrieron a mi parte baja; Me sentía mal por sentirme de esa manera.

—Yo...—negó y volvió a abrir la boca, pero no salió nada. —Estoy asombrada. —Soltó una risa—. Esa sería la primera vez que una mujer se resista a tu cara o tu cuerpo.

Me sonrojé y ella sonrió; su mirada perdió un poco de enojo.

—Ahora eres muy guapo, Lucas. —Sonrió cariñosamente hacia mí—. Sé que quizá, antes, cuando lucías diferente, eso hubiera sido algo muy normal el que te rechazaran, pero ahora tienes que aceptar que la belleza física será karma.

Hice una mueca, tenía razón.

Hasta el día de hoy, me contaba creer que esa hermosa mujer que esta noche vi se había enamorado del chico más extraño del pueblo.

Ahora podía ver claramente porque sus amigos y familia, les parecía algo de lo más ridículo su atracción hacia una persona con mis obvias limitaciones, pero, a pesar de no comprender cómo pude ganar su corazón, su

amor conjuró una sonrisa a mis labios.

—Ahora, necesito saber el motivo de esa misteriosa sonrisa. —Pinchó mi brazo, sus ojos estrechándose en desconfianza.

—Pues que me alegra que no haya reaccionado como me advertiste que podía hacerlo. —Mi sonrisa se hizo aún más grande—. Me siento algo feliz de ver que sigue siendo la misma mujer; la misma chica dulce de la que me enamoré...

—Yo no estaría tan seguro de eso —susurró a regañadientes.

Su mirada se tornó molesta.

—¿Sabes algo que yo no? — La miré con el ceño fruncido.

Melisa negó con la cabeza mientras dejaba escapar un pequeño suspiro; sus ojos evitaron a toda costa los míos.

Algo que rápidamente aprendí de la hermosa mujer sentada junto a mí, era que ella siempre era frontal y sí esta vez no estaba diciéndome lo que pensaba, era muy probable que sea porque no quería herirme.

Mi estomago se tensó por la anticipación; sabía los secretos de la mujer que amaba, pero me sentía incomodo con el pensamiento de que alguien quisiera juzgarla.

SER O NO SER

LUCAS

Me acomodé para quedar frente a ella y sostuve sus manos; sus ojos lucían tristes y apenados, mientras sus manos se acomodan entre las mías.

Le ofrecí una pequeña sonrisa alentadora; lo que sea que había descubierto no era bueno.

Lo presentía.

—Recuerdas que me hiciste prometerte que no interferiría, ¿qué no la seguiría?

Asiento recordando el día que mantuvimos esa conversación: Fue hace unos cuatro años atrás, justo el día que fui a la cárcel.

—Primero una pregunta. —Se acomodó y respiró profundamente—. ¿Y si Emery, no es la mujer que conociste hace tiempo? —Sus ojos lucían desconfiados—. ¿Qué pasaría? ¿Aun la seguirías amando? —Su garganta hizo un raro sonido como de asfixia, hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Aun irías a la guerra por ella?

Asentí sin dudar.

—Esas fueron muchas preguntas.

Fue mi intento de quitar peso a la situación, pero ella no sonrió.

—Ella está enferma, Lucas. —Soltó de golpe.

Sus manos se pusieron frías; fruncí el ceño y empecé a negar.

—Primero que todo, quiero que me escuches y luego saques tus conclusiones. —Apretó mis manos—. Sé que es algo difícil de escuchar, pero me conoces, sabes que no diría nada si no creería que deberías saberlo.

No dije nada.

Ello lo tomó como su oportunidad; respiró profundamente y clavó la mirada en nuestras manos juntas; su apretón se hizo fuerte.

—La verdad, es que seguí a Emery por casi una semana.

Mi corazón se hundió en decepción y miré lejos de ella; sus manos me dieron un apretón para que la mirara a los ojos: lo hice, porque a pesar de todo, ella solo se preocupaba por mí.

Era mi hermana después de todo.

—Lo lamento, sé que te he defraudado, pero ahora eres mi hermano, y tengo que cuidar de ti. —Asentí, comprendiendo totalmente su punto—. A pesar de que en esta vida tienes el cuerpo de un hombre de treinta años, espiritualmente hablando, tienes veinticuatro. —Su mirada era sincera—. Y aunque tenemos la misma edad, es mi deber cuidar de ti. —Su mirada se entristeció—. Aun sigues siendo muy inocente para este mundo.

Respiró profundamente y negó con la cabeza, como tratando de quitar algunos pensamientos dentro de ella.

—Los primeros días, parecía que ella no hacía nada del otro mundo. Ya sabes... —Se encogió de un hombro—, ir al trabajo, luego a la facultad y al final del día... a su casa.

Suspira, su mirada tornándose fría; mi corazón se estremece un poco, porque sea lo que sea, es *malo*.

—Al cuarto día, estaba por darme por vencida. Lo juro, digo, esa chica es más aburrida que una almeja muerta. —Hago una mueca por su referencia.

—Está bien, lo lamento. Eso estuvo feo y fuera de lugar. —Puso los ojos en blanco—. Quiero decir, realmente su rutina era para pegarse un tiro. —El sarcasmo goteando de su voz—. Yo no era ella, y sinceramente, ya me sentía a punto de volverme loca. Entonces, al quinto días sucedió algo fuera de lo común.

La miro sin dar señas de que ya podía imaginarme a lo que se refería.

Me aclaro la garganta porque creo que ella antes de continuar debe estar consciente que sea lo sea que averiguó, no me va a asustar.

No voy a retroceder: Esa jamás será una opción.

—Nunca esperé que fuera fácil. —Me mira confundida. —Algo que tienes que saber sobre Emery, es que debajo de todo ese rígido y roto exterior, aún está la dulce niña que me sonreía en el pasillo de la escuela, a pesar de que todos me gritaban fenómeno o estúpido.

Melisa abre la boca, pero la vuelve cerrar; considerando sus siguientes palabras.

—Sé que eres mi hermana y te preocupas por mí. Pero debes entender, que sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Luce impotente mientras procesa la seriedad de mi declaración; sabe que

no estoy bromeando.

—Tengo conocimiento de cada detalle o suceso importante sobre la mujer que seguiste por una semana sin mi consentimiento.

Frunce el ceño, mis palabras no le gustan nada.

—Estoy al tanto de cada batalla que ha tenido que superar. Cada lágrima que ha derramado y cuantas veces me ha maldecido. Pero, también sé lo más importante: Sé que ella me ama, y quizá, las cosas que le ha tocado vivir la han cubierto con poco de polvo y escombros, que eso complica que tú ahora seas capaz de ver todo su fulgor.

Su mirada pierde un poco de desdén y veo que está empezando a considerar que tal vez ha juzgado mal.

—Pero, debajo de todo eso, siempre estará la mujer que se enamoró del «*fenómeno del pueblo*». La única que fue capaz de amarme hasta el último segundo de mi anterior vida.

Sus ojos se llenan de lágrimas y sus labios son una fina línea al recordar mi historia.

Estoy siendo duro, pero ella necesita dejar de juzgar a la mujer que amo y tratar de encontrarle defectos.

—Ella sigue siendo mi *novia* —afirmo—. Siempre será la niña de la que me enamoré a los siete años. Y de la que estoy profundamente enamorado ahora con treinta.

—No quiero que te haga daño —susurra, mientras gruesas lágrimas hacen su camino por sus mejillas.

—No lo hará—Suspiro pesadamente mientras me acerco y le doy un beso en la frente—. No puede lastimarme más de lo que yo ya la lastimé muriendo.

Me alejo sin mirarla.

Necesito poner en orden mi cabeza y mis pensamientos y lo más importante, trazar una línea de ataque.

Me encierro en mi cuarto y me despojo de mi ropa.

Camino hacia la ducha y debajo del agua caliente pienso en Emery.

Vi el dolor brillar en sus ojos que por unos segundos antes de que lo enmascaré detrás de una fría apariencia de felicidad, estuve tentado a abrazarla y decirle que era Lucas.

Pero cuando corrió me di lejos de mí, descubrí que tenía que hacer esto de otra manera.

Tenía que hacer que se enamorara del hombre que soy ahora, para que

la noticia no le sentara tan mal.

Tenía un largo camino por delante, y me sentí ansioso porque amaneciera.

Llamar a Alex era mi prioridad y comentarle sobre nuestro encuentro para pedirle consejos.

Él pudo conquistar a mi madre, por lo que eso ya lo hace un héroe a mis ojos.

Estoy seguro de que, con su guía, ella no podrá resistirse a mí. Estaba completamente seguro de eso.

EMPEZAR DESDE CERO

TENTACIONES

CINCO AÑOS ANTES

STONE

North Fruit – New York
12 de junio, 2018
02:00 A.M.

No creía en muchas cosas, si vamos al caso; pero ¿quién era yo, para decir que cosas como la reencarnación no existían? O, peor, ¿Jurar de que se trataba de una tontería?

Lo cierto es que, cuando recibí esa llamada solo seis meses después de que perdiera a mi hijo—porque era un hecho que Lucas había sido mi hijo; aunque yo no hubiera colaborado con su creación—para mí era mucho más fuerte el vínculo que habíamos desarrollado en los cinco años que nos conocimos, sencillamente era mucho más espesa que la sangre o que cualquier prueba genética que probara que estábamos relacionado.

El había sido mi hijo y fin de la discusión.

El amor que nos unió fue tan fuerte que no existió mejor cosa que nos hubiera pasado ambos; y perderlo de la manera en que lo hice, significó mucho más de lo que dejaba ver a las personas que me rodeaban: Estaba de luto y así lo estaría por siempre.

Seis meses aún se sentían como si no hubieran pasado en absoluto; mi corazón estaba resquebrajado al igual que el de mi mujer, Isabella.

Pero mi hijo había tenido mucha razón en una cosa, ella, era la cosa más impresionante que me hubiera podía ocurrir; y yo, por alguna extraña razón era bueno para esta increíble mujer.

Y contra todo pronóstico nos habíamos complementado y empezado a sanar juntos; como una familia.

Pero suceden cosas que a veces, te hacen mirar hacia el cielo nocturno y preguntarte: *¿Qué es lo que realmente es posible?*

¿Quién decide que cosas van a suceder o cuándo? y lo más importante ¿a quienes?

Quien nos elije para que estas cosas imposibles surjan en nuestras vidas y las impacte como jamás ninguna otra cosa lo hará.

Eran casi las 02:00 A.M. cuando la vida iba a volver a demostrarme que no sabía nada sobre el amor; que estaba completamente ciego sobre lo fuerte y maravilloso que este se puede volver.

Mi celular vibró silenciosamente sobre la mesita de noche a mi costado, Isabella dormía junto a mí y no quería que nada perturbara su sueño.

Hoy era el cumpleaños de Lucas, y sabía que iba a ser un día extremadamente difícil para ella; sin meditarlo mucho rápidamente lo tomé y abrí la llamada sin ver el número.

Sabía que tenía que ser alguien de mi familia ya que este número era privado, y solo ellos lo tenían.

—¿Qué? —murmure, soñoliento.

Apenas tenía dos horas que nos habíamos acostados luego de que me sometió por cinco horas ver una maratón de duro de matar.

Aguanté como cualquier hombre que se considera rudo soportaría, pero estaba seguro, que pronto me iban a matar entre Bruce Willis y mi mujer.

Amaba a Isabella, pero definitivamente su amor por ese hombre me tenía cuestionando, si algún día no me abandonaría por el hombre calvo, que tenía la destreza de sonreír de manera sexy mientras mataba y aniquilaba a su paso.

El silencio me hizo alejar el celular y ver la hora; «02:01 A.M.» el número era desconocido.

Me acerque el celular otra vez al oído mientras me levantaba de la cama.

—¿Quién es? —Nadie respondió—. ¿Cómo has conseguido este número? —Hice una pausa esperando la respuesta—. ¿Sabes con quién estás hablando?

El silencio fue interrumpido por el llanto entrecortado de un hombre.

Un hombre adulto: Mi piel se erizó y mis sentidos en alerta.

—Alex...—exhaló.

Su voz era profunda y áspera, como si llevara años sin usarla.

Me detuve en medio de la habitación, sin saber cómo reaccionar. No reconocía la voz masculina, pero podía percibir la agitación y la confusión en su tono; Eso solo podía significar problemas.

—¿Quién eres?

Mi voz se volvió de acero y sujeté con más fuerza el celular.

No sabía que estaba pasando, pero sea quien sea que tenía este número, solo podía significar que alguien de mi familia estaba en peligro.

En serios problemas.

Múltiples escenarios parpadearon en mi mente: Desde el secuestro, hasta que habían asesinado a uno de mis hermanos, pero sus siguientes palabras detuvieron cualquier tren de pensamiento que se desarrollaba en mi confusa cabeza.

—So-Soy... —La indecisión acompañada de una pesada confusión era palpable en su entrecortada voz—. Soy... *Lu-Lucas*... —Hizo una pausa mientras escuchaba como respiraba con fuerza, mientras mi estomago se tensaba—. Soy Lucas, Alex, yo... yo no sé...

Corté la llamada.

Mi cuerpo empezó a temblar de rabia: Solo una persona demente podría jugar de esa manera con ese tipo de cosas.

Inmediatamente contacté a mi investigador privado y le di el número, y le ordené que hiciera su trabajo.

Necesitaba que encontrara a la persona capaz de hacer semejante tipo de broma; dudaba que ese fuera el caso.

Estaba seguro de que se trataba de un intento de extorción, la pregunta era ¿por parte de quién?

Eso tenía que investigarlo y cortar las cosas de raíz.

Ese día mientras acompañaba a la mujer que amaba con devoción, en su larga caminata por el parque y nos sentábamos frente al lago, donde terminamos hablando de Lucas, no podía obligarme a olvidar esa llamada.

Un presentimiento lleno de angustia empezaba a surgir en mi pecho, pero jamás hubiera imaginado que una semana después, mi vida cambiaría para siempre.

La vida y sus misteriosos planes estaban a punto de estrellarse contra nosotros, sin importarle si estábamos preparados o no.

Lo imposible cobrando vida frente a mis ojos: *Una segunda oportunidad.*

ESPERANZAS

STONE

Brooklyn - New York
Bedford-Stuyvesant
20 de junio, 2018

Mis pensamientos habían estado consumidos por esa llamada, y luego de casi ocho días de una vertiginosa angustia y casi no poder concentrarme en nada más que en aquella inesperada y turbulenta llamada, me encontraba frente a la puerta de un cómodo y sencillo apartamento en la calle principal de una de las zonas más emblemáticas de New York; y gritos provenían de su interior.

Una pelea, supuse, mientras levantaba mi puño y lo dejaba caer contra la puerta, los gritos, inmediatamente se silenciaron y dos minutos después cuando creí que debería tocar otra vez la puerta, esta se abrió lentamente.

El seguro colgando en la parte superior, impidió que la puerta se abriera en su totalidad; una hermosa pero singular jovencita apareció en el estrecho espacio.

Su cabello corto era un profundo verde neón, pero llevaba rastas de colores alegres y diversos. Sus ojos oscuros me miraron con desconfianza mientras trataba de cerrar un poco más la puerta.

Vestía una chaqueta recortada sobre un delgada blusa negra y pantalones de combate, sus pies estaban cubiertos de botas de militar, lo que solo le agregaba cierto ridículo a su belleza; ella llenaba todo el pequeño espacio lo que me imposibilitaba ver el interior del apartamento.

—¿Cuánto te debe? —siseó, enojada.

Para mi sorpresa, su voz era delicada y no ruda o varonil como imaginé que sería, en vista de su apariencia.

No contesté.

No había meditado mucho en cómo hacer mi intervención; cuando la información cayó sobre mi escritorio esta mañana, solo pensé en embarcarme

en mi helicóptero y llegar al lugar de donde realizaron el intento de engaño.

El resto, supuse, que lo averiguaría sobre la marcha. Pero ahora me encontraba totalmente en blanco frente a la situación.

—Te pregunté... ¿Cuánto te debe? *O*, ¿acaso eres sordo? —Se burló de manera soez.

Algo se estrelló dentro del departamento lo que hizo que cierre sus cansados ojos y suspire de manera dramática.

Su mano se apretó contra el marco de la puerta, abrió sus ojos y fijó una mirada decidida en mí.

—Escucha, amigo, esta semana consigo tu dinero. —Suspiró pesadamente, todo acto de sabelotodo desaparecido de su cuerpo—. No sé quién te envía, pero no es necesario que entres y lo golpees. Él no es... él no es... ¿él?

La incertidumbre acompañada del nerviosismo se abrió paso en sus delicados rasgos cuando pronuncio la última parte de su lastimero discurso; que tenía el presentimiento que había utilizado de manera recurrente para tapar las fechorías de su amante.

El investigador privado no se había equivocado: este hombre era la escoria.

El expediente decía que tenía cargos serios en su contra: Denunciado en varias ocasiones por violencia doméstica; agresión pública; microtráfico, y la lista seguía.

Su historial había provocado que mi estomago se tensara imaginando los horrores que solo una persona como él podría hacerle a un inocente.

—Dile a tu amante, que soy Alex Stone.

Ella parpadeo varias veces y esta vez su mirada se llenó de miedo; aquella evidencia solo corroboraba mis suposiciones: Esta pequeña jovencita era cómplice de todo esto.

Era una pena, pero no me detendría hasta verlos presos a los dos; cuadré mis hombros, estaba listo para entrar a la fuerza.

Quizás venir aquí había sido un movimiento estúpido, pero quería mirarlo a la cara y ver la clase de maniático que por dinero haría semejante daño.

Mas cosas se estrellaron en el interior y sin decir una palabra en mi dirección cerró la puerta en mi cara, un segundo después escuché como los seguros eran retirados y el interior lentamente se revelaba frente a mí.

Inseguro, di un paso hacia el interior.

Estaba listo para defenderme, portaba mi semi automática especial 38, no podía arriesgarme a venir desarmado: Este tipo de personas siempre jugaban sucio.

La sala estaba parcialmente oscura, apenas la luz de la cocina estilo americano brindaba un brillo para distinguir las cosas que decoraban el interior; llevé casualmente mi mano derecha sobre mi única arma de defensa.

—Eso sí que fue rápido —exclamó la extraña joven de manera sarcástica mientras daba cinco pasos hacia atrás, quedando completamente a mi vista.

Cruzó los brazos sobre su pecho, con una mirada retadora en mi dirección.

No podía interpretarla correctamente, había pasado de cansada a protectora en milésimas de segundos; noté que su cuerpo era una mezcla de piel de porcelana y tatuajes.

Toda esta situación estaba sacándome de mis casillas.

—¿Dónde está? —demandé con tono frío. Poco dispuesto a perder mi tiempo.

Señaló hacia una de las puertas; en ese momento se escuchó algunas cosas caer al piso desde esa dirección.

—Este reencuentro no va a ser tan bonito como *él* imagina —murmuró girando sobre sus pies descalzos: Unos lamentos se escucharon desde su interior.

Era extraño ver llorar a un hombre, pero no era fuera de lo normal cuando este estaba drogado; y apostaba mi mano izquierda de que me encontraría cara a cara con un drogadicto en pleno «viaje».

La jovencita abrió la puerta sin perder tiempo y reveló para mi sorpresa, una habitación aseada; mi mirada cayó inmediatamente en el hombre en medio de esta recogiendo con manos temblorosas, un vaso hecho añicos frente a él.

—De verdad, de verdad, que lo lamento mucho, Mel...—parecía que estuviera delirando mientras intentaba en vano sostener fragmentos de lo que una vez fue un vaso, pero lo único que lograba era herir sus manos en su patética labor.

Estaba vestido con una ajustada camisa blanca, y un calentador suelto; sus pies estaban descalzos y con sangre; su cuerpo lucía tembloroso al igual que sus manos.

Era un completo desastre.

Al no recibir contestación, se giró lentamente hacia nosotros; para mi

tranquilidad mental, jamás lo había visto.

No era ni remotamente parecido a quien él fingía ser. *O hacerme creer que era.*

Iba a pagar por su osadía.

SUPOSICIONES

STONE

Su rostro tenía una espesa barba, sus ojos eran oscuros; me percaté que uno lucía extremadamente rojo y algo negro en su contorno—resultado de alguna confrontación por dinero, especulé—los mismo que se abrieron en total asombro al verme de pie en el umbral de su habitación.

Inmediatamente pude notar los rasgos similares a la de la jovencita que me abrió la puerta.

Ella debía ser Melisa Callaghan, la hermana pequeña de esta escoria, como mencionó el investigador en su reporte.

—A-Alex... —susurró incrédulamente mientras se ponía de pie y daba un paso tambaleante hacia mí; yo retrocedí.

Su altura era un poco superior a la mía, estaba seguro de que debía medir casi metro noventa y cinco o más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas a medida que empezó acercarse a mí; al parecer, aun estando drogado podía mantener la farsa.

Sus brazos se abrieron con la clara intención de estrecharme en un abrazo, pero rápidamente me di la vuelta y me alejé de la habitación y fui hasta la puerta.

Ya había visto suficiente; estaba listo para llamar a la policía y darles el reporté para que los detuviera.

Se habían equivocado de víctima.

—Por favor, no te vayas —suplicó con voz entrecortada.

Me detuve a diez pasos de la puerta abierta.

Melisa Callaghan, desde la cocina presenciaba en silencio toda la vergonzosa escena; podía percibir el pánico saliendo a oleadas de su cuerpo.

Me giré para enfrentarlo y me causó admiración ver que solo nos separaba un metro de distancia.

Para estar en la condición deplorable en la que se encontraba, se movía

muy rápido.

—Señor Callaghan, siento dañar su pequeño *espectáculo*, pero el día que realizo esa llamada a mi número privado. Quizá, creyendo erróneamente que se había sacado la lotería, usted mismo se condenó a una vida entre las sombras.

Les dediqué una sonrisa de desprecio.

—Ahórrese todo el discurso ensayado, que estoy seguro ha estado planeando. Ni siquiera me interesa descubrir como obtuvo ese número, por lo que solo me resta decirle: Espero que te pudras en la cárcel por haber si quiera imaginado utilizar la memoria de mi hijo para sacarme dinero.

Sus ojos se abrieron de manera desesperada, pero tuvo la audacia de hablar.

—Tienes que darme una oportunidad de probarte que soy Lucas. Yo sé que todo ahora parece loco. —Hizo una mueca—. Pero realmente soy Lucas. Lucas Blakely... *tú hijo* —afirmó con seguridad.

Lágrimas empezaron a caer de sus ojos, tras esa ridícula declaración; algo se revolvió dentro de mí.

Este hombre estaba loco.

Tan drogado estaba que incluso había empezado a creerse sus propias mentiras.

—Le deseo que tenga suerte consiguiendo un buen abogado, Señor Callaghan, porque va a pasar una larga temporada tras las rejas. —Lo miré fijamente—. Voy a hacerle pagar, por su atrevimiento de querer usar la memoria de mi hijo para extorsionarme.

—Tienes que darme la oportunidad, para demostrarte que soy quien digo ser.

Tuvo la osadía de exigir: No puede evitarlo y se me escapó una risa incrédula.

—Y déjame adivinar, porque creo que vi esta situación en una película. —Casualmente me encogí de hombro—. Donde te hago supuestas preguntas y misteriosamente *tú* tienes las respuestas.

Me reí de manera despiadada mientras le daba una dura mirada a la delgada jovencita que lucía cada vez más aterrada y nerviosa observando al desagradable hombre frente a mí.

Sus hombros cayeron; había descubierto su plan.

Les di la espalda mientras empezaba mi camino hacia la salida; quería abandonar inmediatamente este agujero antes de que la situación se saliera de

control.

Me sentía nervioso por lo bien que había resultado esta reunión. No sabía el *porqué*, pero comprobar con mis propios ojos que esto solo se trata de un timo, me había quitado el nudo que sentía oprimiendo mi corazón.

Con todas las cartas sobre la mesa me encontraba más que listo para acercarme a la estación de policía más cercana y presentar el respectivo informe.

Hoy sería el último día en que este hombre andaría libre por las calles de New York.

Personas enfermas como él, solo tenían un lugar donde morar...

—Entonces, no pierdes nada con preguntarme sobre tu última conversación con tu esposa e hijas.

Eso me detuvo en seco a unos pocos pasos de la puerta. La sonrisa se me borró de golpe, mientras un dolor sordo se abrió paso en mi cabeza y podía escuchar el latido de mi desbocado corazón en mis oídos.

Debo estar en una pesadilla.

—Estas tan seguro que no soy... *quien digo ser*, por lo que puedes estar tranquilo que voy a fallar —aseguro calmando.

Su voz pasó de nerviosa a una de total confianza. No lo enfrenté, estaba congelado en mi lugar procesando lo que eso podía significar.

Mis pies se habían fundido con el piso, mis manos se apretaron en puños.

Pero la duda azotó con furia mi cabeza: ¿Acaso podría...?

No, rechacé la ridícula teoría, no iba a caer en los juegos perturbadores de estas personas.

Seguro que solo era otras de sus artimañas.

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—Jamás en la vida, vuelvas a hablar de mi familia. —Vertí todo el veneno que puede en esa declaración—. Que disfrute su última noche libre, señor Callaghan.

Abandoné el condominio en una neblina de confusión y zozobra; me obligué a sacar el celular para buscar en el *GPS* la jefatura más cercana; pero mis dedos temblaron, con la absurda posibilidad cobrando vida dentro de mí.

Tres días después, entendí que todo lo que una vez creí, jamás fue como pensaba.

¿Qué rayos estaba pasando?

EXCENTRICIDADES

MELISA

Brooklyn - New York
Bedford-Stuyvesant
21 de junio, 2018

Sus lamentos me levantaron.

Abrí los ojos y fui recibida por la oscuridad de mi habitación; el estruendo de cosas siendo arrojadas al piso me sobresaltó y me levanté inmediatamente.

Caminé apresurada al cuarto de mi hermano; sus gritos eran ensordecedores.

Abrí la puerta y lo encontré retorciéndose de dolor sobre el piso: Mientras lo veía retorcerse de angustia y dolor entendí porque tiempo atrás había flaqueado en su intento de abstinencia.

La rehabilitación, sin duda alguna, se veía dolorosa.

Un gemido acompañado de otro lamento me hizo sentarme lentamente en el piso.

No sabía qué hora era, pero no había nada que yo pudiera hacer para hacerle más soportable su desintoxicación.

Hace cinco meses que había salido del hospital después de que pasó tres semanas en coma, por su sobredosis.

Un *milagro* lo llamaron, luego de practicarle un lavado de estómago de emergencia y determinar que había ingerido una gran cantidad de drogas y estupefacientes.

No había sido un accidente: *Él había intentado suicidarse.*

Hice a un lado el dolor que provocaba ese conocimiento.

Debía dejar el pasado atrás y continuar con mi vida, sintiéndome agradecida de que aún tenía a mi hermano con vida: Eso era todo lo que

importaba.

Los doctores me advirtieron que era muy probable que padeciera de brotes psicóticos, pero que no debería tener miedo; que era algo normal dada las *circunstancias*.

Me preguntaba si ese era un argumento ensayado que le decían a cada familiar de un drogadicto que había intentado quitarse la vida—y había fallado—porque alguien debería decirles que dando «ánimos» daban asco completamente.

Sin embargo, yo no tenía miedo; lo que sinceramente me preocupaba, era la cordura de mi hermano.

Cuando despertó del coma, lo que hizo fue llamar a nuestra madre. Pero ¡oh sorpresa!: Él se refería a otra *madre*; una tal *Isabella*.

Lo segundo fue su nombre, que hasta el momento era lo que más me perturbaba.

Gritó hasta el cansancio que su nombre era *Lucas* y no *Ian*, como todos los llamaban.

Según los doctores, eso era «normal».

Sí, claro, si eso era normal entonces yo era una super modelo.

Pero, nadie vio algo fuera de lo normal y le dieron de alta.

El tiempo ha pasado y debo reconocer una cosa...

Me sobresalto cuando se arrastra y su cabeza choca con la pata de la cama.

Ouch.

Eso tiene que haber dolido mucho.

Espero pacientemente la serie de maldiciones salir de su boca.

Pero, ahí está la cosa; lo que me tiene cuestionando si realmente será cierto todo lo que lo escucho divagar.

Por ese golpe mi «*hermano*» ya me hubiera enseñado nuevos insultos.

Pero el hombre, que sufre frente a mí, no ha dicho un solo insulto en todos estos meses; en otras palabras, desde que despertó asustado y paranoico en el hospital.

Fue como si hubiera despertado siendo otra *persona*.

—Has...hasta cuando...—arrastra sus palabras con dolor— hasta cuando voy a sentir esto...

—Tranquilo, hermanito. —Se me escapa un bostezo—. La abstinencia es horrible, pero ya pronto pasará. Es solo tu cuerpo exigiendo que le des una de tus acostumbradas dosis.

Un gemido agudo escapa de él: mi estomago se siente lleno de concreto.

—Ya escuchaste a tu orientador, si sientes que vas a flaquear, solo tienes que llamarlo.

Le recuerdo con la esperanza de que lo considere; no quería que recayera. Su orientador le ofreció la oportunidad de ir a una clínica especializada de desintoxicación.

No deseaba que volviera a ser el hermano idiota que había soportado en estos últimos años.

—No —ruge desolado.

Yo me sobresalto; eso es lo más intenso que lo he oído decir.

Su cuerpo brilla de sudor y me preocupa que tiemble demasiado y sus músculos se ondulan en dolor.

—¡Voy a estar bien!

Repite esa frase una y otra vez, casi como si quisiera convencerse de ello.

Se apoya contra la puerta de su baño; sus extremidades caen flojas a su lado.

Sus ojos se abren y quedan suspendidos en los míos. Descanso mi cabeza contra el marco y lo observo atentamente; una idea surge en mi cerebro, de cómo lograr que se olvide por unos minutos de su desdicha.

Además, me gusta escuchar sus historias.

—Cuéntame de esta tal Isabella. Dices que es tu mamá, pero ¿cómo es ella? Descríbela para mí.

Una sonrisa tímida aparece en su sudoroso rostro.

—¿Ahora me crees?

Niego con la cabeza; eso solo lo hace sonreír más; me siento devolviéndole el gesto.

Para ser sincera, me gustaba mucho la actitud de mi nuevo hermano.

—Mi mamá, es la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

La calidez y el amor que se siente en sus palabras pone a mi mente a trabajar.

—Tiene el cabello castaño, muy largo; una sonrisa que te hace sentir que todo va a estar bien y cuando te abraza, sientes, que nada en el mundo está mal. —Una sonrisa triste se dibuja en sus labios reseco—. Sientes que todo tiene un sentido perfecto y que más allá de las dificultades, siempre existe una manera de solucionar las cosas. —Parpadea varias veces como alejando las lágrimas de sus ojos—. Que la esperanza... es lo último que puedes permitir morir.

Mi corazón se siente pesado, por la manera en la que habla de ella y me da deseos de estar en su mente desequilibrada para poder verla.

No lo culpo por imaginarse aquella dulce y maravillosa mujer como su madre.

Nuestros padres eran personas muy cariñosas, pero murieron cuando apenas yo tenía siete años y desde entonces, mi hermano tuvo que cuidar de mí.

Hizo cosas que no estuvieron bien, pero que eran lo único que nos iba a mantener con vida, nuestros estómagos llenos y un techo sobre nuestras cabezas.

Él tenía quince años cuando la tragedia nos golpeó muy fuerte, y era muy joven para quedarse a cargo de una niña.

«El mundo puede ser un lugar cruel, si demuestras debilidad», Es el lema de mi hermano.

Y digo esto, porque cada día que paso en su compañía me recuerda menos al hombre que llevo conociendo toda mi vida.

—¿Y la chica? La que llamas en tus sueños. ¿Quién es ella?

Un sonrojo que estoy empezando a pensar que es una las cosas que más me gusta de este nuevo hermano, aparece en sus pálidas mejillas.

—*Emery* —dice su nombre como si fuera una oración.

Una sonrisa que me perturba totalmente aparece en su rostro; creo que jamás he visto esa sonrisa tonta al hablar de una mujer. Ni siquiera por la desalmada de Meghan.

Quien no hace otra cosa que pregonar su amor por el nuevo «Ian». Creía que mi hermano regresaría con ella luego de que le dijera que el hijo que estaba esperando, era de uno de los mejores amigos de él.

Recuerdo su rostro desencajado, cuando Ian le dijo que lo sentía mucho, pero que él no la amaba y que ni siquiera sabía quién era: Ese fue el día más feliz de mi vida.

—Si, creo que así la llamas. Ya sabes... —Me encojo de hombros—, entre tus gritos y balbuceos es complicado distinguir algún nombre.

Eso hace que suelte una suave risa.

Y no la risa sarcástica y desdeñosa que siempre me ha tenido acostumbrada; incluso cuando ríe, siento que es otro.

Tal vez, yo también me estoy volviendo loca.

—Ella es mi novia. —Sus mejillas se tiñen de rosa. —Es la chica más amable y maravillosa que tuve la suerte de que se enamorara de mí.

Una risa cargada de mucho sentimiento brota de su pecho y niega con la cabeza.

—Ella quiere que nos casemos y que tengamos muchos hijos...

—¿Y tú quieres? —pregunto interesada.

Parece que la distracción está funcionando, porque sus ojos empiezan a cerrarse: El sueño encontrándolo, al fin.

—Yo lo quiero todo con ella. —Suspira—. No me importa partirme la espalda trabajando, solo para darle la alegría de tener tantos hijos como desea.

Sus ojos permanecen cerrados; su sonrisa se hace más grande y nostálgica.

—Me la imagino en la cocina, mientras la sostengo entre mis brazos y nos balanceamos al ritmo de una suave melodía que sale de la pequeña radio que vamos a tener. —Su sonrisa es nostálgica—. Mientras que nuestros hijos nos miran felices, porque pueden ver y sentir el amor que sus dos padres se tienen.

Sus palabras hacen agitar mi corazón.

Pero no es lo que dijo, si no la profundidad y seguridad con la que lo declaró.

Sus ojos permanecen cerrados y esa es mi señal de que está fuera de combate.

Creo que ya ha sido suficiente por esta noche; me acerco hasta él y lo tomo de su brazo.

—Vamos compañero. Es hora de que descanses.

Murmura algo adormilado, pero se levanta lentamente, da unos cortos pasos y cae en el centro de su cama; lo cubro con su sábana.

Camino hasta la puerta y presiono el interruptor para apagar la luz; la habitación enseguida queda en total oscuridad, le doy un último vistazo para ver que nada se me escapa; estoy a punto de cerrar la puerta cuando su voz me detiene.

—Gracias por llamarme... *compañero*. —Deja escapar un suspiro, que me llega hasta el alma—. Ni te imaginas lo mucho que eso significa para mí.

No tengo ni la menor idea a que se refiere con eso; abro la boca para preguntarle, pero su siguiente declaración me deja con el corazón en un puño.

—Lamento mucho haberte levantado, Melisa. Espero y puedas descansar. Prometo que ya no voy a hacer tanto ruido. —Su voz se torna triste—. Siempre desee tener un amigo que me llamara compañero...

Espero que me aclare un poco más lo que acaba de decir, pero el ronquido que se le escapa es señal de que ya está fuera de combate.

Con una sonrisa cierro su puerta; me detengo mirando fijamente el pomo de esta.

Y es esto lo que me tiene una semana después averiguando todo lo relacionado con la posesión de cuerpo.

Sería posible ¿qué realmente mi hermano sea otra persona?

Y, sí eso es así, ¿quién demonios era el hombre que habitaba en su cuerpo ahora?

¿REENCARNACIÓN?

MELISA

*Brooklyn - New York
Bedford-Stuyvesant
21 de junio, 2018*

La reencarnación existe.

Para mi total asombro, según ciertos científicos: Es un evento que sucede con más frecuencia de lo que uno cree.

Sí, parecía que había entrado a la dimensión desconocida. Y mientras abandonó la biblioteca municipal, mis piernas tiemblan y mis ojos están inundados de lágrimas.

Ahora sabía la verdad.

Él siempre había dicho la verdad: No era mi hermano.

Estaba segura de que Ian murió ese día en medio de la sala como resultado de su sobredosis, y, mientras que Draco y los paramédicos trataron de revivirlo, —sin imaginarse que estaban trayendo a la vida a otra persona— el espíritu de *Lucas*, por alguna extraña razón terminó en el cuerpo de mi hermano; y, *reencarnó*.

Ese es el termino correcto para llamar a lo que sucedió aquel *20 de diciembre* en mi casa.

Así se refieren los *eruditos* del tema: Cuando un espíritu, toma un cuerpo diferente, luego de abandonar el de él.

Y, aquí lo importante era: Que él había vuelto a renacer en el cuerpo de un desconocido.

Un desconocido de veinticinco años y no en el cuerpo de un bebé, como según detallaban los reportes que leí.

Donde niños pequeños tenían gran conocimiento sobre sus vidas pasadas, y hasta sabían cómo se llamaban y cuantos años tenía cuando murieron.

Muchos de los reportes aseguraban que había niños reencarnado de espíritus de personas de los años cincuenta que habían muerto de manera trágica, en incendios o accidentes de tránsito.

Lo que lo volvía aún más impresionante, era que estaba segura de que Lucas, no venía de una época antigua o de años atrás, estaba casi segura, de que él había muerto el mismo día que *Ian* decidió quitarse la vida; pero era solo una corazonada.

Pero tenía que estar completamente segura y la única manera de saberlo era hablando con Lucas.

Antes de lanzar suposiciones.

Porque no quería terminar en un hospital psiquiátrico, junto a un desconocido que habitaba de manera confusa en el cuerpo de mi hermano.

Además, después de leer tantos hechos y testimonios, estaba segura de que *Lucas*—como aseguraba que se llamaba—algo hizo en su vida anterior para que le permitieran continuar donde lo dejó inmediatamente.

Y, tan loco como sonaba, si no tan solo hubieran muerto el mismo día, sino, también *¿a la misma hora?*

Esa sería una gran coincidencia, pero a estas alturas ya nada me sorprendía, ya que con el pasar de las horas estábamos más cerca de descubrir que estas cosas si sucedían realmente.

¿Por qué?

No tenía ni la menor idea, pero de algo si estaba completamente segura y es que *esto* no le ocurría a *cualquiera*.

Buscar la manera de explicarle que era lo que yo creía que fue lo que ocurrió ese día iba a ser complicado.

Los nervios me tenían temblando.

Tenía que conversar con este hombre y averiguar lo suficiente para atar cabos, y dar con una respuesta capaz de darme tranquilidad.

Porque se me hacía complicado entender como dos personas que jamás se habían conocido, pudieron pasar por algo así.

Llegué a nuestro piso en cuestión de minutos.

Me sentía igual que agitada que cuando estaba leyendo artículo tras artículo. En mis manos portaba las copias de ciertos artículos que pude obtener y que deseaba mostrarle al nuevo *invitado*, para empezar a entender que debíamos hacer.

Gran parte de esta información podría haberlo conseguido fácilmente en Google; pero seamos sinceros, esa base de datos estaba contaminada con caso

y evidencias falsas, y yo necesitaba datos y hechos reales por lo que, la biblioteca municipal, era un estupendo lugar para empezar.

Mi hermano estaba en su habitación como siempre, podía escuchar su lamento mientras luchaba contra la adicción de su cuerpo.

Estaba lista para plantearle los hechos de lo que yo estaba segura de que había sucedido; abrí la puerta y lo encontré hablando por celular y solo me quedé ahí, olvidando completamente lo que había averiguado mientras veía sus ojos sufrir por lo que estaba narrando.

No necesitaba preguntar con quién hablaba; sabía que era con el extraño hombre que nos visitó hace dos noches.

Y solo así lo supe, esto era solo el principio.

Estaba a punto de averiguar hasta donde estaba decidido mi nuevo *hermano* para recuperar a su vieja familia.

Y quizá, después de todo, sin importar cuanto me esforzara o cuanto lo quisiera en mi vida, al final, *sí, terminaría perdiendo a mi hermano.*

Ellos iban a recuperar a su amado *Lucas*, pero yo iba a quedarme sola. Completamente sola.

ABRIENDO VIEJAS HERIDAS

LUCAS

Brooklyn - New York
Bedford-Stuyvesant
21 de junio, 2018

Su llamada llegó más pronto de lo que imaginé y de lo que alguna vez iba a estar preparado; pero era algo que se tenía que hacer.

Aunque no quisiera.

Y mientras el pequeño teléfono móvil se sacudía entre mis manos, medité si esto era lo correcto.

Porque luego de esta llamada, las cosas tomarían un rumbo complicado y jamás habría marcha atrás.

Antes de que saltará el correo de voz, presioné suavemente el botón verde en la pantalla; tragando el pesado bulto en mi garganta y lo acerqué a mi oído.

—Tienes un minuto. —Su fría advertencia cortó inmediatamente el silencio en la línea.

Suspiré pesadamente mientras arrastraba una temblorosa mano por mi rostro; ya no estaba tan seguro de que esto fuera una buena idea.

No quería herirlo.

—Tengo en espera a mi abogado en la otra línea, listo para iniciar el proceso para presentar una denuncia oficial contra usted y su hermana...

Eso me tuvo enderezando mi espalda: No quería que nada malo le sucediera a Melisa.

Ella confiaba en mí, había descubierto que, en esta vida, yo era todo lo que ella tenía y viceversa.

Pero al hacer esa llamada hace una semana, no medité los posibles

inconvenientes que tendría si esto se saliera de control.

Y solo había una manera de evitar aquel futuro.

Alex no era una persona que hacía cualquier amenaza: *Él las cumplía.*

Su palabra era más poderosa que firmar un montón de papeles. Así que, no dudaba que fuera capaz de hacerme vivir una larga temporada en la cárcel.

Con eso en mente empecé a hilar la historia que hace mucho tiempo él me había contado.

Una historia donde al final... él lo perdía todo.

—Amabas a tu familia, al igual que los árboles y las plantas aman al sol.

Escuché su fuerte inhalación; esas eran las mismas palabras que me había dicho ese día en el jardín de su casa, para describir el amor que sentía. Y que fuera capaz de entender su pérdida; *su terrible dolor.*

Habían pasado cuatro meses desde que nos conocimos, cuando aquel fuerte hombre que me parecía que era capaz de conseguir todo en la vida, me confesó su más grande *remordimiento.*

Cerré los ojos y me obligué a continuar tratando de recordar a detalle nuestra intensa conversación.

Tenía buena memoria para recordar momentos importantes de mi vida, pero, se me complicaba un poco la labor, con la urgencia que sentía este cuerpo por drogarse: Luchar contra los demonios de Ian, se me hacía cada día más difícil.

Me obligué a concentrar.

—Entonces, sucedió...

Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas recordando ese día. Cuan destruido se veía mientras sostenía una rosa marchita entre sus manos del jardín de su casa: Jardín que cuidaba su esposa.

Desde que había muerto su familia, era la primera vez que pisaba ese lugar.

El extenso jardín traía muchos recuerdos; recuerdos de su familia jugando a las escondidas y de él siendo un hombre completo y feliz.

—Se te hizo tarde. No fue tu culpa. Una reunión de último minuto ocasionó que llamaras a tu esposa y le dijeras, que no iba a hacer posible que las recogieras de la casa de tu hermana a la hora pactada. —Suspiro—. Le pediste que te esperara, pero ella no quiso. Ella te dijo que solo quería llegar a casa y descansar. La llamaste varias veces tratando de convencerla, pero no contestó —solté de tirón, queriendo terminar rápido con todo el asunto.

Mi cuerpo hormigueaba: Recuerdo cuanto dolor provocó la muerte de su familia.

Pero era la culpa que sentía, lo que lo mantenía sintiendo que no merecía ser feliz; *que no merecía ser amado*.

Podía escuchar su respiración errática, pero no decía nada; en este punto, sentí mis mejillas húmedas.

La parte más difícil venía, la parte donde el corazón de Alex se rompía una y otra vez.

Dudé, mi corazón estaba lleno de culpa por haber traído el tema. Si solo me hubiera quedado callado y aceptado mi nueva vida, hoy no estaría a punto de destrozarle su corazón reviviendo el momento más horrible de toda su vida.

—No te acobardes ahora. —Sentenció.

Su voz sonaba contenida y llena de ira: No estaba seguro si era con él o conmigo; algo me decía que simplemente estaba furioso porque sin importar lo que hiciera o las que me saltara en mi relato, el final siempre sería el mismo.

Proseguí con la historia tal cual la recordaba:

—Ella contestó desde el mano libre del auto, mientras de fondo tus pequeñas hijas se volvían locas de emoción por escucharte.

Respiré profundamente: No quería hacer esto.

—Le volviste a pedir que te esperen, que ya habías terminado con la reunión, pero ella se rehusó y dijo que solo estaba a quince minutos de distancia hasta la casa. Que las niñas querían dormir, porque estaban cansadas. *Ella estaba cansada*.

Abro mis ojos para encontrar a Melisa de pie en el umbral de mi habitación.

Su mirada era una mezcla de tristeza y desolación, mientras rodea con sus brazos su cintura; veo algunos documentos en una de ellas, pero solo se queda ahí, no dice nada, por lo que imagino, que llevaba algunos minutos escuchando.

—Las niñas te gritaron que te extrañaban, que querían verte y que no se iban a ir a dormir hasta que no llegaras y le leyeras el viejo cuento del «El soldadito de Plomo» que guardaban bajo de sus almohadas...

Hago una pausa, deseando con todo mi corazón que me pida que me detenga; pero no dice nada.

Se me escapa un suspiro de resignación.

—Ese era su cuento favorito. El primero que les regalaste cuando ellas cumplieron tres años, y con el que aprendieron hablar rápidamente. —Miro fijamente la colcha de mi cama—. Ellas lo amaban; al igual que te amaban a ti, y tenían miedo de que te ocurriera algo malo, porque no te esperaron. — Me atraganto un poco con mis palabras.

No quiero hacer esto, no quiero recordarle lo que sintió ese día.

—Alex, *por favor*, no quiero hacer esto más...yo... —me oigo pedirle, pero no dice nada.

Alejo el celular creyendo que quizá a cortado, pero para mí completa decepción, veo que la llamada sigue en curso.

Él aún sigue escuchando.

Un crujido en la puerta hace que mis ojos viajen hasta Melisa; sus ojos están llenos de lágrimas, y no sé si es porque se imagina el final, o por ser testigo de lo que soy capaz de hacer por probar que no soy su hermano.

Descubro con pesar que estoy a punto de romper más de un corazón este día.

Hago puño mi mano libre y acerco el celular otra vez a mi oreja. Suspiro una vez más, decidido a no alargar más esta angustiada conversación.

—Les prometiste...—Siento un agudo dolor en mi garganta—, les prometiste que no se preocuparan, que no te iba a suceder nada malo y que, si te ocurriera algo desafortunado, que ellas no tuvieran miedo, porque tú eras como el *soldadito de plomo* y siempre encontrarías tu camino hacia ellas...

Me sobresalto un poco cuando el sonido de cosas estrellándose al piso se filtra por la línea, y es mi única señal de que ha escuchado cada palabra.

Mis ojos están inundados de lágrimas, mi garganta se siente seca: *He roto su corazón*.

Y he quebrantado su confianza.

Por qué ese día también me hizo prometerle que a nadie le contaría sobre aquel momento.

Aquella conversación que mantuvo con su familia sin imaginar que sería la última; una despedida que él deseaba olvidar.

—Les dijiste que las amabas y te despediste de ellas, recordándole a tu esposa que no olvide de entrar al gato.

Cierro los ojos imaginado a mi mejor amigo reviviendo ese día en su cabeza, pero, aunque no quisiera lastimarlo, por el bien de la mujer que ahora lloraba a mares en el umbral de mi habitación tenía que terminar la historia.

Probarle que era Lucas, aunque en el proceso, le recordara el momento

más difícil y duro de su vida.

—Entonces, ellas gritaron que te amaban y tu esposa cortó la llamada diciéndote cuanto te amaba también. Quince minutos después, recibiste la llamada de la policía donde te notificaron sobre el accidente.

Mi voz tiembla; era el terror vivo de saber que jamás lo lastimaría como estaba a punto de a hacerlo.

—No lo podías creer. Así que, llamaste desesperado a tu esposa, pero ella jamás contestó. Y no lo hizo fue, porque lastimosamente nadie te había dicho aun que ellas...*que ellas...*

La devastación que reino por mucho tiempo en el corazón de él, yo se lo estaba recordando. Me sentía la peor persona del mundo.

No sabía que estaba pensando cuando le dije que me preguntara sobre la muerte de su familia. Pero ahora entendía, que, quizá, está siempre sería la única forma de probarle que era Lucas.

No había otra manera: *Jamás existió.*

—Un conductor se había quedado dormido tras su volante, por lo que había perdido el control del camión e impactó directamente contra el miniván de tu esposa.

La línea cruje cuando él contiene la respiración; Puedo oír su corazón rompiéndose.

—Tus hijas murieron en el impacto. —Se le escapa un sollozo ahogado y profundo—. Pero tu esposa seguía con vida cuando los paramédicos llegaron, pero falleció de camino al hospital. No había nada que pudieras hacer. Ellas se habían ido. Estabas solo.

Guardo silencio unos segundos para reunir el valor necesario y soltar la última parte.

—Había muerto toda tu familia y nadie te lo había dicho.

Un sollozo proviene esta vez de mi habitación y levanto la mirada; mi corazón se agita al ver a Melisa llorando mientras se dejaba caer contra el marco de la puerta.

Deja caer su verde cabeza contra el marco; su mirada desolada y triste.

—Ya no puedo seguir hablando de esto —dije mientras sostenía con más fuerza el celular contra mi oreja. —No quiero seguir lastimándote. —Deje escapar una pesada exhalación—. Si no deseas creer que soy Lucas, está bien, puedes enviarme a la cárcel, pero no metas en esto a Melisa, ella apenas está entendiendo todo lo que está pasando. —Me aclaré la garganta—. Ella es tan inocente como lo ere tú. Yo solo...lo siento mucho...—iba a cortar la

llamada, pero su voz me detuvo.

—No. —Demandó molesto. Su voz estaba rota. Sabía que estaba llorando.

—Tienes que Terminar de contar la historia —exigió con voz rasposa y sabía que le estaba costando horrores mantener el control sobre él. —Si eres Lucas, *mi hijo*, entonces debes decirme lo que *dijiste* cuando terminé de contarte sobre el accidente de mi familia. ¿Qué me dijiste para tratar de consolarme? Dímelo...—Su voz se rompió—, *por favor, solo dilo...*

Suspiré dejando caer mi cabeza hacia atrás; podía recordar a la perfección la conversación, porque siempre sería uno de los momentos más duros y trágicos para él.

Y porque ese día, su historia fue lo que nos unió de una manera que la sangre jamás lo haría: Habíamos forjado una unión basada en la confianza y el amor.

—Te dije... —miro hacia el techo, lágrimas rodando a mis mejillas—, que estaba seguro de que tú habías estado en los pensamientos de tu esposa, mientras esperaba la ayuda. —

Siento que me ahogo, porque se siente como si fuera ayer todo eso; como si estuviera frente a él escuchándolo contarme su tristeza.

—Que ella se sentía feliz de que en ese instante... *no hubieras estado con ellas.*

Sonreí a mi pesar, porque aun lo creía; estaba completamente seguro de eso.

—También te dije, que ella se sentía agradecida de que estuvieras a salvo, y que no sintieras el dolor que ella sentía al ver sus dos hijas muertas y no poder hacer nada. —Me estremezco—. Y tú me preguntaste, ¿qué era lo que hacía pensar eso? y yo te contesté...

Hice una pausa imaginando a la razón del porqué tenía que hacer todo esto también. Yo deseaba volver a verla y decirle cuanto la amaba.

—Porque eso, es lo que yo sentiría si estuviera atrapado en un accidente igual. —Sonrió pensando en mi madre—. Me sentiría feliz de que mi mamá estuviera a salvo en su floristería, y que no estuviera sintiendo el dolor que estaba seguro se siente estar atrapado en una situación parecida. Y tú... solo me abrazaste mientras llorabas por horas.

Esta vez, corto la llamada, no había más que decir.

Era insoportable el nudo que sentía en mi garganta, cerré los ojos queriendo olvidar la última media hora, pero fallando miserablemente en el

intento.

Sentí los brazos de mi hermana rodearme y tratar de darme consuelo.

—Lamento tanto que tengas que revivir momentos dolorosos solo para probarles a las personas que amas... que realmente eres tú. —Su voz estaba rota, mientras sus brazos se apretaban a mi alrededor.

No contesté, porque no había nada que decir.

Las consecuencias de mis decisiones pronto me probarían que a veces, el camino a casa era más difícil de lo que alguna vez imaginé.

PRESENTE

MALAS IDEAS, PERFECTAS EXCUSAS

EMERY

New York
Mayo, 2018

Salí de la única clase que aún no había perdido; una tormentosa lluvia nos había sorprendido a mitad de la clase—las primeras lluvias de mayo haciéndose más constantes y largas—muchos se quejaron porque no traían sombrillas.

La verdad que a mí me daba igual, si llovía o no; cuando atraviesas por las cosas que yo he tenido que vivir, una simple lluvia no te altera para nada.

Me despedí rápidamente de Stacy, la única amiga que tenía aquí en esta clase y me aventuré resignada hacia el estacionamiento cubriéndome la cabeza con mi bolso hasta llegar a mi auto.

Levanté la mirada distraída tratando de visualizar algún gran charco de agua que tuviera que evitar, y me paralicé completamente cuando divisé a un apuesto y sonriente Ian frente a mí.

Me estaba esperando a mitad del camino.

Sus hermosos ojos verdes brillaban de felicidad mientras sostenía un enorme paraguas negro.

Estaba vestido con una chaqueta de cuero y pantalón jean; lucía demasiado bien para mi cordura.

Y me sonría de una manera que estaba empezando a relacionar con la de Lucas.

¿Estaría mal de mi parte, si fingía que él era mi novio muerto?

—Quería saber cómo estabas —se justificó sonriendo, mientras se acercaba lentamente hacía mí.

Abrí mi boca, pero no salió nada: Eso hizo que su hermosa sonrisa se hiciera más tímida y eso envió a mi perturbada mente en una espiral de penosos pensamientos.

Por supuesto que podría pretender...

—¿Y de dónde vienes, no conocen lo que se llama mensajes de texto? — me escuche bromear.

Traté de ocultar mi sorpresa; tenía mucho tiempo desde que había hecho una broma a una persona.

Mis chistes agrios solo fueron reservados para Lucas; el famoso sonrojo hizo su aparición y mi corazón dio un salto.

Sí, sería tan fácil solo pretender.

—Muchas gracias, por ofrecerte a darme tu número de celular. Había planeado venir acosarte todos los días hasta que accedieras a salir en una cita. —Sus ojos sonreían con una felicidad envidiable—. Pero, tú número de celular me parece un arreglo justo. —El sexy hoyuelo apareció en la esquina inferior izquierda de su labio; sentí mis piernas débiles—. Muchas gracias por tu gentileza.

Lo miré confundida pero después de unos segundos, una risa brotó de mi pecho: Me cubrí la boca, asombrada.

Empecé a negar con la cabeza mientras la lluvia fría seguía empapándome.

¿Qué rayos me pasaba?

Desde que lo había conocido, no hacía otra cosa que soltar bromas a su alrededor.

Me di cuenta con asombro, que a pesar de recién conocerlo podría ser la primera persona con la que no siento que debo mantener mi guardia alta.

Que tengo que esforzarme para que no vea mis grietas.

En todo caso, es todo lo contrario; estoy ansiosa a ver si es capaz de notarlas y quizá, de esta manera ahuyentarlo.

El cielo sabe que ya he lastimado a suficientes personas; no necesitaba extender la lista.

Él se acercó y quedó a solo tres pasos de distancia; levanté mi mirada;

¿cómo había olvidado lo alto que era? O, ¿lo atractivo?

Su cabello lucía húmedo, probablemente porque la lluvia lo atrapó desprevenido.

Y sus ojos, que juraban que eran idénticos a los de Lucas, hacían un contraste con su piel algo bronceada; todo un espectáculo para la vista.

Sin duda, ese cabello oscuro y esos ojos verdes lo hacía un hombre doblemente llamativo.

Demasiado llamativo para mi gusto.

Podía sentir algunas de mis compañeras pasar y echarles miradas disimuladas y no tan discretas.

—Ten. —Me ofreció su paraguas, sin preocuparse de que la lluvia empezará a mojarlo—. Esto lo traje para ti.

Pero no hice movimiento alguno para aceptarlo.

Él se quedó con la mano suspendida entre nosotros. Mi estómago se sentía extraño al verlo de pie, tan cerca de mí, y mirándome de la manera en que lo estaba haciendo, mientras me ofrecía su paraguas de manera desinteresada, a pesar de que él se mojaría totalmente en cuestión de minutos.

Sin duda podría ser un gran sustituto para Lucas.

Sacudí ese pensamiento de mi cabeza y sonreí educadamente mientras señalaba detrás de él, hacia mi viejo auto estacionado a solo un metro de nosotros.

—Te agradezco mucho. Pero ese de ahí, es mi auto. —Nos miramos a los ojos—. Cuídate, Ian.

Me alejé sin decirle otra palabra.

Esperaba que, con mi momento raro: donde me lo quedé observando fijamente y mi seca despedida, él entendiera la indirecta.

Gracias al cielo, que mi viejo *amigo* abrió sin problema la puerta; este auto necesitaba serias reparaciones.

«Al igual que su dueña», pensé con amargura.

Conduje en silencio hacia nuestro edificio y me prometí que no usaría a ese pobre hombre en mis patéticos intentos por recuperar algo de Lucas.

Nadie merecía ser utilizado de esa manera, y eso solo me convertiría en otra clase de ser despreciable.

Algo muy parecido a Jensen.

REMORDIMIENTOS

LUCAS

Abrí la puerta de nuestro departamento y me encontré directamente con un duelo de miradas.

Draco, mi mejor amigo y mi hermana Melisa, estaba en medio de la sala, enfrentándose a muerte, a una distancia que estaba peligrosamente de ser demasiado cercana para el bienestar mentalmente de cualquier persona.

Me detuve en la puerta, pero al parecer estaban tan concentrados en su pequeña lucha, que no habían notado mi presencia.

Me aclaré la garganta:

—*Ejem...*

Nada.

Aún seguían mirándose tan intensamente que empecé a sentirme incómodo; el ambiente se sentía diferente.

Cargado de una pesada anticipación que me tenía confundido.

Sentía que ambos tenían deseos de hacerse muchas cosas. Cosas que estaba seguro, no eran aptas para el público.

Sí es que ya no se las había estado haciendo, pensé avergonzado, observando la apariencia de ambos.

Ya había conversado con Draco, y le planteé que decirle la verdad a mi hermana era lo mejor; estaba claro, que la situación pronto se iba a salir de las manos.

—No sé cuántas horas llevan en ese extraño duelo de miradas. Pero, si se van a besar o a tirarse de los pelos, es mejor que lo hagan en el pasillo.

Melisa chilló ofendida rompiendo el enfrentamiento y alejándose unos considerados pasos; puso la mayor cantidad de distancia entre los dos.

—Me siento agotado, por lo que me gustaría terminar pronto esta noche e irme a mi habitación a dormir unas cuantas horas.

Draco solo sonrió en reconocimiento, mientras se pasaba un mano por su

desordenado cabello.

Lucía cansado y me imaginaba completamente el motivo.

—Deja tus alucinaciones, querido hermanito. El asno aquí presente ya se iba...

—No lo hacía —refutó mi mejor amigo cruzándose de brazo y dedicándole una mirada intensa y cargada de mucho significado.

—. Tenemos algunas cosas importantes de las que conversar y tú prometiste...—empezó a decir al desafortunado hombre.

—No lo creo —replicó mi hermana, imitando su pose.

Percibía a kilómetros que ella mentía; y él también lo sabía.

—Yo creo que sí.

Mi mejor amigo no se dejó amedrentar por su falta de cooperación. En todo caso, dio un paso hacia ella; lo que la hizo retroceder uno.

Era como ver el juego del gato y el ratón; solo que aún no me quedaba claro quién era el gato y quién el ratón.

Suspiré sintiéndome contrariado: Este par me tenía más que confundido.

Podía ver la agitación y nerviosismo de mi hermana.

A esta distancia casi parecía que se querían agarrar y arrancarse la ropa; o eso, según lo que me había explicado ella mismo según interpretaba la escena frente a mí.

Sonreí, estaba seguro de que esto era «tensión sexual» como me había explicado Draco.

Esos dos y sus consejos sexuales me tenían confundido.

Me pase una mano por la cara sin saber qué hacer o cómo ayudar en la situación.

—En todo caso voy a estar en mi habitación —dije dándome por vencido.

No se me ocurría nada más que decir así que empecé a caminar hacia mi habitación; eso atrajo inmediatamente la atención de Melisa.

—No —pidió molesta—. No te vayas. Tienes que contarme todo lo que pasó en tu cita con Emery. —Exigió, mientras ignoraba la mirada intensa que le dedicaba Draco.

Me rasqué la cabeza.

—Mañana podemos conversar. —Dejó caer sus hombros en derrota por mi respuesta—. Creo que ya has tenido suficientes emociones por un día.

Eso arranco una risa a pleno pulmón de Draco mientras ella se cubría sus hinchados labios con la mano derecha.

Había notado que sus labios lucían demasiados rojos e hinchados como para ser solo lápiz labial al igual que los labios de mi mejor amigo. Y ambos lucían desarreglados.

Un sonrojo azotó sus mejillas; se veía muy mortificada.

Sin decir una palabra giró sobre sus talones dándonos la espalda y desapareció en su habitación.

Draco observó su partida, nos estremecimos un poco cuando Melisa azotó su puerta, él se acercó a mí con una sonrisa en la cara.

—Espero que tu tarde haya estado igual de interesante que la mía.

Negué.

—Podría decirse que fue todo lo contrario —confesé.

—¿Así de dura está la cosa? —indagó con su ceño fruncido.

—Ni te imaginas.

Suspiré mientras empezaba a sacar las cosas de los bolsillos y las dejaba sobre el mesón oscuro.

—Esas son las mujeres por las que vale la pena luchar. —Su mirada viajó hasta la puerta de mi hermana.

—¿Ya has hablado con ella? —cuestioné.

Su mirada volvió a mí; lucía desdichado.

—No es tan fácil.

—La estas subestimando. —Frunce el ceño—. Ella es más fuerte de lo crees. Te aseguro que, si solo la dejas entrar, ella no se irá.

Asintió pensativo.

—Lo sé. Pero, el problema nunca ha sido ella. —Suspira pesadamente mientras arrastra una pesada mano por su cabello—. El problema aquí es que no creo ser lo suficientemente egoísta para retenerla a lado de una persona como yo...

—Eso no se llama egoísmo. —lo interrumpí—. No, cuando aquella persona siempre tiene la opción de marcharse. Y, como te lo he dicho desde que nos conocemos: Ella no es de las que abandona fácilmente...

—Tú eres su familia —justificó apesadumbrado.

—Y tú el amor de su vida —sentencié mirándolo fijamente a los ojos.

Hizo una mueca.

—Yo no estaría tan seguro de eso —murmuro mientras su mirada viajaba otra vez a la habitación de mi hermana.

Draco se había convertido rápidamente en mi mejor amigo, luego de que él mismo descubriera que yo no era Ian. Me sorprendió por lo rápido con lo

que me aceptó y me puso al tanto de la verdadera historia.

Una historia que involucraba a mi hermana, y que eso la hacía el eje principal del porqué siempre ha sido una constante a nuestro alrededor.

No era una historia bonita, pero estaba seguro de que Melisa era capaz de ver la belleza en el hombre roto que se hallaba frente a mí.

Quería verlo feliz, pero como había descubierto muy pronto, todo en la vida de él, era una mentira y por ende él pensaba que no merecía ser amado.

Mentiras que lo mantenían alejado de la mujer que amaba: *Mi hermana*.

En estos cinco años había aprendido por medio de él, lo que era el verdadero sacrificio y el amor desinteresado hacia otra persona.

—A veces, el amor no es perfecto. No esperes a que lo sea para recién tomarlo con manos y atesorarlo. —Extendí mi mano y le di un apretón en su hombro derecho—. Quizá, tratando de buscar esa perfección, solo estas perdiendo el tiempo. —Sonreí pensando en Emery—. Tiempo que un día vas a desear retroceder.

—Pero yo lo quiero hacer perfecto para ella. Quiero velas y flores, quiero darle todo lo que sé que ella quiere.

Negué.

—Ella solo te quiere a ti.

Como siempre, nuestras conversaciones no llegaban a ningún lado.

Sabía que lo sentía.

Me lo había confesado muchas veces, pero, entre sus mayores secretos que había compartido conmigo, amar a Melisa de la forma en que lo hacía, bien podría poner una bala en medio de su frente.

Y eso era lo que me tenía preocupado, después de todo.

Tanto que se esforzaba por proteger a mi hermana, que no se daba cuenta que la estaba perdiendo en el camino.

¿CITAS?

EMERY

New York.
Junio, 2022

Estaba realmente confundida.

Ian apareció cada día de esta semana en la puerta de mi facultad. Esperándome para conversar mientras me acompañaba hasta mi auto: Un trayecto que duraba solo cinco minutos.

Y tan loco como sonaba, mi corazón pronto se acostumbró a nuestras pequeñas charlas, y a las esporádicas bromas que brotaban sin esfuerzo a su alrededor.

Lo curioso era que, a pesar de nuestras interacciones, aun no tenía la menor idea de dónde era o cuántos años tenía, o, si tenía trabajo o familia.

Pero de algo estaba segura: Yo le atraía; y *mucho*.

Y no entendía, porque esa idea no me tenía corriendo en otra dirección; si soy sincera, me sentía diferente con el conocimiento de ello.

Me sentía halagada.

Al final de esa semana y viendo que no se iba a detener en lo que sea que se había planteado, lo enfrente deseando que las cosas queden claras entre nosotros mientras caminábamos hacia mi auto.

Hoy no estaba lloviendo, por lo que no tenía que preocuparme de que este hombre extraño se enfermara por mi culpa.

Imaginarlo enfermo, hacía que algo dentro de mí se agitara en rechazo.

Cuando llegamos a mi auto, mucho más rápido de lo que quería. Gentilmente se ofreció a ayudarme abrir la puerta del conductor cuando mi auto se rehusó a cooperar.

—Dime que tengo que hacer, para que termines con este ridículo acoso.
—Sonreí en su dirección—. Sí es que así, se puede llamar a esto.

Una sonrisa gigante apareció en su atractivo rostro y mi corazón trastabilló: Me gustaba mucho su sonrisa.

Había cierta dulzura con la que me sonreía; no sabía si lo hacía con las otras chicas con las que salía; pero a mí, esa sonrisa acompañada con esos hermosos ojos verdes, me tenían estremeciendo el corazón.

Y eso era malo.

—Me recuerdas mucho a alguien que una vez conocí —me oí confesar.

Hice una mueca: no podía creer lo que acababa de admitir a este hombre que conocía apenas hace dos semanas.

—Y... ¿eso es bueno, o malo? —preguntó, pasando su mano sobre su cabello.

Contra todo buen juicio me sentí sonreír y miré mis manos.

—Vamos a dejarlo en 50/50 —admití levantando la mirada; esta vez su sonrisa era un poco menos feliz.

Eso me confundió: ¿Quién deseaba que se lo comparara de manera regular con otra persona?

Yo estaba segura de que me enojaría mucho, si él me dijera que le recuerdo a una de sus conquistas.

—Y entonces, este acoso sin descanso ¿ha dado resultado? —preguntó esperanzado.

No contesté.

—Y, después de todo ¿quién te ha dado estos consejos de acoso? —pregunté tratando de evitando responder su pregunta.

Por mucho que me gustara su compañía, no quería darle falsas esperanzas.

Jamás sería así de cruel.

—Uno de mis mejores amigos. —Se encogió de hombros de manera casual—. Él es el que me ha estado dando consejos de *cómo* acosarte. —El sonrojo hizo su aparición inmediatamente—. Y me aseguró, que a las mujeres les gusta el acoso. *Demasiado, para ser sincero.*

Casi me atraganté con una carcajada por su confesión.

—Ya veo. —Miré hacia mi auto—Y, a este *mejor amigo* tuyo, ¿le han funcionado sus tácticas acosadoras? —Deseaba saber en verdad.

«Nadie habla por ciencia sino por experiencia» regresé mi mirada a la de él.

—Por supuesto que sí. —En esta ocasión, su sonrisa fue nostálgica.

—Eso quiere decir, ¿qué *él* consiguió a la chica? —La curiosidad me

picó.

—Sí. —Miró hacia lo lejos, como recordando algo. Una sonrisa diferente apareció en su rostro— Y ahora están felizmente juntos y tienen tres hijos. Actualmente están esperando el cuarto: es un niño.

Hubo algo en su expresión que me dijo que el cariño era sincero el que sentía hacia aquella familia.

Me preguntaba: ¿Qué se sentiría tener toda esa felicidad rodeándote?

Era una pena que yo jamás lo supiera.

UNA COSA HERMOSA LLAMADA TIEMPO

LUCAS

Sentí mi corazón llenarse de felicidad: Tenía 3 hermanos. Una preciosa niña llamaba Mia de cuatro años, seguido de dos hermosos gemelos, Mathew y Vicent, que fueron una total sorpresa, pero considerando la edad de mi madre, los embarazos gemelares aumentaban en probabilidades.

Y lo mejor, es que venía otro en camino.

Alex, me había comentado que deseaban otra niña, pero la suerte ya estaba echada y otro niño les alegró el corazón.

El bromeaba diciendo que no se preocupaba, ya que no planeaba dejar de embrazar pronto a mi madre.

Me sonrojé con su confesión.

Los había visto un par de veces por lo videos que me enviaba en ocasiones Alex, donde los pequeños revoltosos cantaban y se divertían junto a la mujer más hermosa que alguna vez había tenido la suerte de amar.

La primera vez que vislumbré a mi madre en aquellos videos, no pude evitarlo y lloré; su cabello ahora era corto.

Y se veía tan hermosa y radiante.

Era Feliz.

El dolor que sentía al pensar en lo terrible que debió ser para ella dejarme ir, me tenía replanteando varias veces si era correcto o no volver a irrumpir en su vida.

Ella ya había enterrado a un hijo, y no merecía sufrir otra vez.

Y, sí me llegara a pasar algo, sería dos veces experimentar el mismo dolor.

Y no deseaba eso para ella.

Porque por más que la amara no podía asegurar que no me pasaría nada mientras estuviera vivo.

O, eso era lo que pensaba hasta que conversé con Alex, donde le expuse mis dudas.

—No quiero que vuelva a sufrir. —confesé, apesadumbrado.

—Y no quiero presionarte —Me miró a los ojos—, pero quiero que tengas presente, que lo más doloroso para ella sería, haber tenido la oportunidad de verte otra vez en esta tierra, y no haberlo podido a hacer. —Una sonrisa triste apareció en su rostro—. Es de tu mamá de quien estamos hablando; ella movería cielo, mar y tierra solo para verte. Lo sabes.

Me quedé en silencio, sopesando mis opciones, pero su siguiente declaración me dio el empujón que necesitaba para saber que volver a ella, era lo correcto.

—Ella no te ha olvidado.

Miró a nuestro alrededor e hizo una mueca cuando el guardia levantó la mano y señaló que solo nos quedaba cinco minutos para que se terminara la hora de la visita.

—Todo lo contrario —Sus ojos regresaron a los míos—, el tiempo que ha transcurrido, solo ha hecho que te ame más de lo que lo hacía hace tres años atrás. —Pude ver el agotamiento en su rostro.

Estaba cansado de ocultarle la verdad a la mujer que amaba. Y era mi culpa que se sintiera de esa manera.

—El día de tu cumpleaños veintiuno, en la oscuridad de nuestra habitación, mientras se quedaba dormida entre mis brazos, me confesó, que ese día le hubiera gustado poder a haber ido al cielo por unos cuantos minutos solo para abrazarte fuerte y decirte cuanto te amaba y la falta que le hacías. —Negó con la cabeza y cuando me miró sus ojos brillaban—. Que solo deseaba sentarse junto a ti y tomarte de la mano y sentirte ahí con ella: Amándola.

Suspiró.

—Y que madre que ama a su hijo, y que ha sido arrancado de su lado, no daría su corazón entero, solo por volverlo a tener junto a ella; aunque solo sea por unos cuantos minutos.

Sabía lo que tenía que a hacer después de esa conversación.

El ver a mi madre, sería el momento más difícil que tendría que atravesar, pero me sentía más que listo después de aquella conversación.

El día llegaría, y ese instante, sería la cosa más asombrosa que haya experimentado en la vida.

Sería como volver a nacer.

UNA HERMOSA ESPERANZA

LUCAS

Hablar con Emery era sencillo.

Podía ver en ocasiones algunos retazos de la dulce chica que era. Me sorprendí cuando cerró la puerta de su auto en su lugar y me preguntó, que si me gustaría acompañarla a comer unos tacos.

Al llegar al pequeño local, cerca de la Universidad, dejé que ella ordenara nuestra comida, pero me adelanté y pagué la cuenta como me había explicado Melisa.

«Las mujeres adoramos que, sin pedirlo, los hombres tomen la iniciativa con cosas pequeñas como pagar la cuenta». Créeme hermanito, si lo haces, vas a empezar a sumar puntos.

Tuvo razón, porque eso rompió el hielo entre nosotros.

Comimos mientras ella me contaba un poco de su vida en la granja, detalles que ya conocía muy bien, pero dejé que ella dibujara su vida para mí: Una vida donde hasta el momento no me mencionaba.

Me hizo pequeñas preguntas, pero noté que le era difícil preguntarme cosas básicas; era como si se sintiera incomoda solo por preguntar.

Salimos del local, y empezamos una pequeña caminata hasta su auto. El cielo rápidamente se había oscurecido y la ciudad empezaba su acelerada vida nocturna.

—Te agradezco por aceptar mi invitación a salir. —Bromeé—. Porque realmente en esto de las citas soy un total desastre.

Su risa me sorprendió: Era la primera vez que la escuchaba reír a todo pulmón.

Era tan hermosa.

—Tranquilo. —Miró hacia mí brevemente, antes de regresar la mirada hacia el camino—. Yo también estoy algo *oxidada*. —Hizo una pausa—. Hace mucho tiempo que no salía con un hombre. Solo *como amigos*.

Caímos en un incómodo silencio.

Su declaración, cerrando de golpe cualquier tipo de oportunidad.

Sabía que gran parte de su negativa a abrirse a otra relación era por lo que había sucedido con Jensen y el dolor que vino con la pérdida de algo más que su tiempo.

Un escalofrío me invade cuando pienso en lo cerca que estuve de perderla.

Muchas cosas malas sucedieron en el tiempo que me tomó ser mejor persona y acomodar la vida de Ian.

Me habían condenado a diez años de cárcel por los cargos que pesaban en mi contra, pero hace dos meses atrás me habían concedido la libertad condicional por buena conducta. Luego de solo cumplir tres años y ocho meses de reclusión.

La buena noticia, era que mi condena, había sido notablemente reducida a solo siete años.

Me concedieron esa oportunidad, porque quien me representó no fue otro que mi mejor amigo: Alex Stone.

Que peleo hasta lo último por mí, cuando aparecieron las víctimas del verdadero Ian.

Y todo ese feroz apoyo, más los pensamientos constantes sobre que deseaba volver a ver tanto a Emery como a mi madre, me motivaron diariamente a esforzarme con mi rehabilitación.

Para buscar solución a todos los problemas que tenía la vida del hombre que me habían otorgado.

Se aclaró la garganta.

—Así que, ¿tienes una tienda de tatuajes?

Sonreí por su obvia incomodidad.

—Así es, y como te mencionaba, todo mi pecho y brazos están cubierto de tatuajes.

Esa declaración la hizo detenerse abruptamente y me miró enarcando una ceja; sus labios tratando de reprimir una risa avergonzada.

—Es enserio —su mirada deambuló por mi torso— *¿todo tu pecho?*

Asentí avergonzado; podía sentir mis mejillas ardiendo.

Su mirada cobro ese *matiz* diferente cada vez que me sonrojaba. Había notado que ella disfrutaba de muchos de mis antiguas manías cuando estaba nerviosos. Gracias al cielo, que ya no tartamudeaba.

Era asombrosa la capacidad con la que ahora razonaba y entendía

muchas cosas.

Y era esta capacidad ahora adquirida, que me mostró, lo realmente afortunado que fui, que una mujer como ella se enamora de alguien como yo.

Contuve el aliento: *La mujer frente a mí, poseía una belleza arrebatadora.*

Que me tenía sintiendo todo el tiempo, que, si esta mujer me volvía a aceptar, sería el hombre más afortunado del mundo.

¿Qué difícil era, que pudiera enamorarse otra vez de mí, luciendo diferente?

Creo que las probabilidades estaban en mi contra.

—Sí. —Sonreí de manera divertida—. De hecho, tengo uno justo aquí. —Señalé mi hombro derecho—. Y otro a esta altura. —Señalé mi pectoral izquierdo.

Sus ojos siguieron mi mano por todos aquellos lugares.

Era divertido ver su boca un poco abierta, mientras creo que estaba imaginando que tipo de tatuajes tenía.

—Wow. —Sacudió su cabeza—. Digo, debe ser realmente asombroso. Claro, tuviera una mejor idea, si los viera...

—¿Me estas pidiendo que me saqué la camisa? —la interrumpo, bromeando.

Ella abre su boca, avergonzada, sus mejillas tiñéndose de rojo.

—Bueno, estaba esperando a nuestra tercera cita. Pero si insistes...— Simulé como si me iba a levantar la camisa.

Sus manos por primera vez estaban tocándome; miré sus manos sobre la mías, aun sin poder creerlo, pero su risa atrajo mi mirada.

—Definitivamente, eres capaz de hacerlo ¿verdad?

Por un momento me perdí en su mirada.

Casi sentía que estaba mirando a la vieja Emery. A la Emery que aún no se había perdido en un camino oscuro y frío.

Su expresión cambió, cuando notó que nuestras se tocaban: Las alejó rápidamente; toda la felicidad se drenó de su cara.

Miró al asfalto y suspiró.

— ¿Quieres saber a quién me recuerdas? —pregunta levantando su mirada.

Mi pecho se llena de una inexplicable presión, por la tristeza reflejada en sus hermosos ojos marrones.

Asiento lentamente; mi garganta está demasiada seca como para a hablar.

—Bueno, ese alguien significó mucho para mi vida. —Una sonrisa triste emerge en sus labios y se queda ahí—. Pero ahora él ya no *está* y siento que, de alguna manera estoy reflejando en ti, los sentimientos que tengo por él. — Suspira—. Y no sabes lo avergonzada que me siento por eso.

No me muevo, ni respiro; Porque creo que está rompiendo conmigo cuando ni siquiera habíamos empezado.

—Creo que, sería justo decir, que jamás estaré preparada para una relación. —Desaparece toda sonrisa—. Siento mucho, si te di la impresión equivocada, cuando la verdad es: Que jamás estaré preparada para dejarlo de amar.

Sin decir nada más, desaparece rápidamente entre el mar de personas que nos rodea.

Y me quedo plantado ahí sin saber cómo reaccionar.

¿Qué rayos le había hecho mi muerte?

EL BLAS TRISTE DEL RECUERDO

EMERY

Llegué a mi auto con mis ojos inundados de lágrimas. Toda la «no cita» me la pasé imaginando que era con Lucas con quien estaba comiendo tacos.

Era una persona horrible y despreciable.

Metí la llave y la puerta abrió sin problema, y le agradecí al cielo mientras me sentaba frente al volante.

Cerré la puerta y dejé caer mi cabeza sobre esta: La situación se había salido rápidamente de control.

No quería darle ideas confusas, por muy atractivo y considerado que era, yo no ...yo no ...

Un sollozo abandona mi garganta cuando recuerdo el deseo que me invadió cuando el mencionó sus tatuajes.

¿Qué rayos me sucedía?

¿Desde cuándo los tatuajes me parecían algo sexy?

Negué con la cabeza: Estaba muy confundida.

No sabía si me sentía atraída a este hombre, porque al cerrar los ojos podía fingir que estaba con Lucas; o, porque era endiabladamente atractivo.

Nada tenía sentido para mí en mi angustiada cabeza.

He estado rodeada de hombres atractivos la mayor parte de mi vida aquí en New York; pero ninguno me había hecho desear recorrer su cuerpo con mis manos mientras cerraba los ojos e imaginaba que era otro hombre.

Específicamente hablando: *Que era mi novio que murió hace más de cinco años atrás.*

El ataque de llanto pronto pasó, y me sentí otra vez lo suficiente estable como para conducir hacia mi apartamento sin sufrir algún accidente.

Suspiré: La vida me había demostrado que detrás de cada rostro hermoso, podía existir un ser mezquino y despreciable.

Jensen fue la prueba irrefutable de que las apariencias siempre engañaban

y que personas como Lucas son las únicas que merecen la pena que se las ame.

UNA PRUEBA

DOS AÑOS ANTES

EMERY

New York
Abril, 2020

La prueba de embarazo tiembla en mi mano derecha, mientras que la izquierda sostengo mi vientre.

Un vientre que ahora estaba siendo habitado por una pequeña personita: Un bebé.

¡Oh, Dios mío!

Estaba embarazada.

Empecé a llorar desesperadamente, tanto de felicidad como de tristeza.

Amaba al bebé que llevaba dentro de mí, pero daría mi vida, porque este niño fuera de Lucas; y eso solo me hacía sentir tan culpable.

Sentirme infiel.

Un golpe en la puerta me sobresalta.

—¡Vamos, nena! —rogó Jensen—. Ven y dame buenas noticias.

Mi estomago se agitó, pensando en mentirle y quedarme con el bebé para mí sola.

Sería fácil terminar con él y desaparecer; él jamás sabría sobre nuestro hijo y yo no tendría que seguir viviendo una mentira.

Pero una visión del pequeño Lucas en la escuela y como se sentía rechazado por no tener padre, hizo que me levantara del piso y abriera la puerta.

Mi hijo merecía tener a su padre aun cuando yo no lo amara. Él o ella

no tenía la culpa de que su madre ya haya amado y perdido su corazón una vez.

Y ni siquiera podía culpar a mi novio; él simplemente se había enamorado de la mujer incorrecta.

Jensen se detuvo su nervioso caminar frente a la puerta y se acercó lentamente a mí: Ansioso y desesperado por una respuesta, ajeno a mis pensamientos egoístas.

Su cabello Rubio—que fue exactamente uno de los motivos por el cual acepté salir con él hace más de un año atrás—estaba desordenando por haber corrido sus manos varias veces.

Él deseaba ser padre; podía sentir su emoción. Ese anhelo de compartir un vínculo eterno conmigo.

Las náuseas volvieron más fuertes que nunca: *Decirle era lo correcto.*

Ya era tarde para pensar en opciones.

Tener un bebé te hacía responsable de la felicidad de esa personita, y aunque me doliera admitirlo, aquí la única culpable de este descuido había sido yo.

La culpa era toda mía.

Le sonrío feliz, porque a pesar de todo, estar embarazada traía por primera vez verdadera felicidad a mi vida.

Este bebé significaba todo para mí y la única cosa que me ataría toda la vida con él; pero Jensen, no tendría por qué saberlo.

—¡Felicidades, nuevo papá! —susurré, tragando la bilis que subía por mi garganta.

Gritó escandalosamente mientras me atraía hacia sus brazos y me daba vueltas en el aire.

No lo amaba...y *jamás lo haría.*

PEQUEÑAS OPORTUNIDADES

LUCAS

—Huelo el taco desde aquí.

Olfateo el aire Melisa, cuando se acercó hasta donde estaba sentado en el marco de la puerta de mi habitación: Me gustaba sentarme aquí, porque me ayudaba a pensar.

Gran parte de mi rehabilitación la pasé en este lugar, mirando hacía la sala, y convenciéndome de que esta era mi nueva vida y no una alucinación.

Que realmente había muerto y reencarnado en el cuerpo de un hombre con muchos demonios internos.

No contesté.

Su sonrisa pronto se convirtió en un ceño fruncido.

—Si me cuentas, puede ser que te ayude a ver que estás haciendo mal.

Negué.

—Solo tengo que darle tiempo.

—El tiempo no soluciona nada —aseguró, mientras se dejaba caer frente a mí.

Podía ver el cansancio en su rostro.

No quería darle más preocupaciones. Me sentía inútil no poder ayudarla más en la tienda de tatuaje.

—Escucha. —Tomó mi mano y me dio un ligero apretón—. Y, ¿sí solo intentas conquistarla de otra manera?

Enarqué una ceja.

—¿Cómo?

Ella sonrió un poco.

—Creo que el problema aquí es que quieres enamorarla otra vez siendo el Lucas de dieciocho años. Pero, quizá, ella necesita que la enamore el hombre que eres ahora.

Negué mientras soltaba sus manos.

Ella se equivocaba; mi plan no podía fallar. Iba por buen camino. *Lo sentía.*

Ya una vez se había enamorado de mí; sería fácil recordarle los motivos del porqué lo hizo al principio.

—El que la hayas seguido por una semana, no te hace una experta en relaciones. —Fruncí el ceño—. Ni siquiera has tenido un novio.

Su mirada se volvió herida, se levantó rápidamente sin darme oportunidad de disculparme.

—Mel...yo...

—El hecho que no tenga relaciones con un hombre, y, como gentilmente me acabas de recordar, jamás he tenido un novio, quiero que sepas, que hasta yo me doy cuenta de que lo que estás haciendo, solo provoca que la confundas. —Respiró profundamente—. Para ella estas *muerto*. Tienes que recordar eso. —Su voz perdió un poco del enojo—. Eres un hombre extraño que apareció de la nada y que se comporta exactamente como su novio muerto. Discúlpame, pero eso confunde a cualquiera.

Aunque quizá, su argumento gozaba de lógica, no tenía con que más trabajar mi camino hacia la mujer que una vez me amó.

—Como yo lo veo, bien podrías estar consiguiendo el efecto contrario con todo ese empeño...

—Es que no sé cómo enamorarla siendo Ian —admití restregándome el rostro.

—Jamás te dije como Ian. —Suspiró—. Me refería al hombre que eres ahora; el Lucas de veinticuatro años. Estoy segura de que ya se te ocurrirá algo. —Me ofreció una pequeña sonrisa—. Me gustaría ayudarte más, pero recuerdas, en esta casa soy la que nunca ha tenido un novio.

Con eso, se alejó de mí y desapareció en su habitación.

Me sentí la peor persona del mundo; había herido a mi hermana.

Mañana sería otro día, y el lunes, tendría otra oportunidad para hablar con Emery y tentar mi destino.

No hice este largo viaje, solo para renunciar a ella, solo porque no tenía ni la menor idea de cómo enamorar a una mujer que ya una vez me había amado y entregado su corazón.

Solo que, en ese entonces, no hice nada para conquistarla.

Ella me entregó su corazón porque así lo deseó.

SENTIMIENTOS VS CULPAS

LUCAS

Una semana había transcurrido sin noticias de Emery. Hice mi viaje diario de una hora y media cada día, con la esperanza de verla al salir de la facultad, pero Stacy, su única amiga en aquella clase, siempre aparecía sola y desde lejos me hacía una señal de disculpa y negaba con la cabeza.

Ella no quería verme.

El viernes llegó y llamé a Alex, para pedirle el número de celular de la mujer que me estaba evitando a muerte.

—¿Te está dando más trabajo del que imaginaste?
—bromeó, luego de recitarme el número.

—¿Tú que crees?

—Creo que confundes a la mujer que ahora tienes frente a ti, con la jovencita de hace cinco años atrás.

Ya me estaba cansando de que las personas a mi alrededor pensarán que conocían mejor a Emery de lo que en realidad yo lo hacía.

—¿Sigue en pie nuestro almuerzo de mañana? —

Desvié la atención hacia un puerto seguro.

Después de mi pequeño desacuerdo con Melisa, no quería ofender o lastimar a mi mejor amigo.

—Por supuesto que sí, y quiero que sepas, que voy a llevar invitados. —Mi corazón se contrajo imaginando conocer a mis hermanos.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté, emocionado.

—Creo que es hora de que se conozcan. —Suspiró—. Por otra parte, tu madre ha estado actuando algo extraño últimamente, y me ha dicho que mañana tiene algunas cosas que hacer con tu tía Emma, por el cumpleaños de tu prima Cassidy. Pero siento que no es del todo cierto.

Hizo una pausa.

—Para serte sincero, siento que me está ocultando algo. —Dejó escapar otro suspiró agobiado.

—¿Ocultándote algo? ¿Cómo qué? —Hice una pausa. La anticipación instalándose en mi estómago—. ¿Crees que ya sabe sobre mí?

Su silencio fue mi respuesta.

—Sinceramente...no tengo idea.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Tienes que confiar en mí —pidió—. Dudo mucho que sea sobre ti, porque, sí fuera eso, ya hubiera exigido verte.

Eso trajo un poco de tranquilidad a mi cabeza.

Tenía razón, conociendo a mi madre, al instante que suíera sobre mí ella estará aquí en New York en un abrir y cerrar de ojos exigiendo respuestas.

—Entonces, ¿qué eso que piensas que no te está diciendo? —indagué sintiéndome preocupado—
¿Tienes alguna idea?

—No —admitió—. Y la verdad, es que voy a darle tiempo para que me diga lo que sea que está mal. No puede ser algo tan grave. Quizá, solo estoy exagerando.

Noté cierto celo y duda en su voz.

—¿Crees que te está...te está engañando con otro hombre?

No contestó.

Y yo no sabía que decirle. Hasta donde tenía entendido, las cosas entre ellos marchaban muy bien.

Conocía a mi madre, y estaba seguro de que ella jamás engañaría a Alex, o a cualquier hombre con el que estuviera en una relación.

Ella era leal.

—Bueno, en ese caso, creo que lo mejor será que se sienten y dialoguen para aclarar las cosas.

Suspiró.

—Estoy seguro de que solo es la crisis de la mediana edad que me está dando, y estoy imaginando cosas. Ella me ama.

Aunque intentó esconderlo, al final, pude sentir su incertidumbre: No estaba del todo seguro.

Se despidió y yo me quedé meditando sobre nuestra conversación.

¿Sería posible que mi madre estuviera engañando a Alex?

Me rehusaba a creerlo.

Tenía que existir otra explicación; tenía que haberla.

UN VIEJO RECUERDO

ISABELLA

North Fruit - New York

Odiaba mentir; pero no existía otra manera de hacer esto.

Los niños se fueron con Alex a New York, mientras que yo, me excusaba diciendo que tenía que ir a realizar unas compras con mi hermana.

Compras que ella ya había realizado. *Sin mí.*

Diez minutos después, abandono mi hogar con dirección a un bar que está a solo 45 minutos de distancia del pueblo; no necesito que este encuentro sea malinterpretado.

El cielo sabe que esas personas no han cambiado en nada en estos últimos años. Para tortura de todos, solo había empeorado.

El trayecto se me hace demasiado corto y me siento a punto de explotar cuando me estaciono en el pequeño estacionamiento. Apago el motor; agarro con fuerza el volante, cierro mis ojos y respiro profundamente.

No tienes que sentirte así, no tiene que escucharlo si no quieres.

Si estás aquí, es porque así tú lo decidiste: *No él.*

Con esas palabras de ánimo, abro la puerta de mi nuevo auto, regalo de mi prometido.

Un hermoso miniván, con seis asientos posteriores y me ha prometido que los vamos a llenar todos; y yo no podría sentir más emocionada.

El camino es polvoroso y el bar luce como si en algún momento vio mejores tiempos.

Algunas motocicletas con aspecto rudos están alineadas de forma diagonal a la entrada del bar, y me detengo un momento reevaluando mi decisión:

Solo a ti, Isabella Blakely, se te ocurriría aceptar una reunión en un bar de mala muerte en medio de la nada.

Respiro otra vez y camino sin darle otra mirada a mi entorno.

Cuando entro al pequeño establecimiento, me sorprendo de ver pocas mesas ocupada; por la cantidad de motos estacionada, creía que el lugar estaría abarrotado.

Algunas personas se giran a verme cuando registran mi presencia; sus miradas evalúan mi ropa y algunos hombres casi calvos y con pronunciados estómagos, levantan sus cervezas hacia mí, en señal de saludo.

¡Perfecto!

¡Genial!

Lo que me faltaba.

Que crean que he venido en busca de un «paseo salvaje».

Ignoro sus saludos y sujeto con más fuerza mi pequeño bolso de mano, donde tengo mi licencia y algo de efectivo.

No lo suficiente como para persuadir a un ladrón de que se lleve ese dinero y no me haga nada.

En serio, Isabella, eres número uno para ponerte en una situación de peligro.

Suspiro.

En todo caso, eso veinte dólares bien podrían sentenciarme a una muerte segura.

Cuando mi fuerza de voluntad falla y estoy lista de irme por donde llegué, un rostro que pensé que jamás volvería a ver me sonrío de una manera familiar mientras se pone de pie.

Solía pensar que esa sonrisa era lo más hermoso que había visto, pero ahora sé que eso no es verdad.

Lucas tenía la sonrisa más hermosa que alguna vez ha existido: La de él, solo es una vil copia barata.

El hombre frente a mí, que sonrío feliz de verme, solo supo jugar bien sus cartas para luego romperme el corazón.

La ira pronto emerge; clamando sangre.

Recuerdo claramente *por qué* acepté reunirme con él; que fue lo que me impulsó a mentirle a mi prometido.

Tengo tantos deseos de golpear esa estúpida sonrisa en su rostro.

Quizá, son las hormonas del embarazo, pero estoy completamente segura, de que solo es la Isabella de diecinueve años exigiendo venganza.

Ella merece justicia.

—Cuánto tiempo sin vernos. —Sus dientes son tan blancos que casi

me ciegan—. Siéntate, por favor, para que podamos conversar y ponernos al día —dice sonriendo, mientras abre la pequeña silla a mi costado.

Me pregunto: ¿Cuántos años de cárcel son por agresión física?

Estoy segura de que Alex, podría encontrar la manera para que la condena me la reduzcan.

Considerando, que estoy embarazada y tengo cuarenta años, por lo que posiblemente sean benevolentes con mi veredicto.

Estoy segura de que el señor juez, luego de escuchar mis motivos también deseará romperle la cara; y el jurado tomaría turnos para también a hacerlo.

Hago caso omiso a su cordial y animada invitación: ¿En serio pensó que esta iba a ser una reunión feliz y animada?

Me quedo de pie, y lo observo en silencio.

Nuestros ojos se encuentran y su sonrisa de dientes blancos, va muriendo lentamente.

Francamente, no sé qué pensaba este hombre frente a mí; o por quien me tomaba.

Suspira mientras arrastra su pesada mano por su cabello que hace que mis piernas se sientan un poco débil.

Lucas tenía tantos rasgos físicos de él, pero su cabello rubio era lo que siempre me recordaba a David.

Es un consuelo ver que ya pronto ese cabello, será cubierto de canas; algunas ya están salpicadas a su costado.

Claro, que eso le agrega algo de atractivo a su apariencia. David siempre fue guapo, no como la de Stone, pero su belleza igual atraía miradas.

Su atractivo siempre fue más clásico a diferencia de la belleza sensual y elegante de mi prometido.

¿Está mal que desee que le crezca una panza de cervecero y se le caiga el cabello?

Mis ojos se sienten pesados y siento que se me nublan; esto del embarazo era muy complicado.

Respiro profundamente, y controlo mis emociones; no voy a dejar que este hombre malinterprete mi momento de nostalgia por algo como atracción por él.

El cielo sabe que Alex es mejor hombre en todos los sentidos.

—Está bien. —Hace una mueca—. Merezco tu frialdad, y entiendo que tus motivos tendrás por los cuales aceptaste esta reunión. —Se le escapa

un resoplo.

Yo no le demuestro ningún tipo de emoción.

—El tiempo, es un lujo que ya no tienes, David —declaro fríamente—. Yo de ti, empiezo a hablar antes de que me den ganas de ir al baño. Tener cinco meses de embarazo le hacen cosas graciosas a tu vejiga.

Sus ojos caen a mi abultado estómago, como si recién se diera cuenta de que estoy embarazada; de otro hombre.

Su nuez de adán sube y baja; se pasa la lengua por sus labios y me mira; esta vez su mirada ya no es alegre ni amistosa.

Tiene un brillo diferente; un destello de dolor.

De pérdida.

—Mi madre me contó lo de nuestro hij...

—Mi hijo. —Hago énfasis en la última palabra. —Hasta donde sé, en la lápida de *mi hijo*, solo consta con mis apellidos de soltera. Además, no recuerdo haberte visto el día en que registré a mi hijo de cuatro meses. ¿Acaso estuviste ahí y estaba tan perdida en el dolor que no te vi? —pregunto, irónicamente.

Hace una mueca por la acidez de mis palabras.

Pero es solo la verdad, y no es mi trabajo hacerlo sentir mejor. Las cosas son como son y su presencia a estas alturas, no va a cambiar lo que pasó.

—Correcto. Tienes razón. No estuve en la vida de mi hi... *Lucas*. —No le demuestro que me sorprende que sepa su nombre.

Niega lentamente mientras arrastra una mano sobre su cabeza y una tímida sonrisa aparece en su rostro.

—Mi madre lo conoció una vez. —Hago una mueca de desagrado, que él astutamente elige ignorar—. Ella vino al pueblo de visita. Y se detuvo sin pensarlo en la cafetería de sus viejos amigos, los señores Carruzo y para su total sorpresa, ahí estaba su nie... Lucas—Se corrige mientras se le escapa un suspiro—. Dijo que era igual a mí. Solo que con lentes.

Su semblante decae mientras sus ojos se encuentran con los míos.

Pero yo soy como una hoja en blanco; poco o nada me interesaba saber si ellos conocieron a Lucas: O, de sus estúpidos remordimientos.

Aún tengo vivo el recuerdo, de cómo decidieron mudarse inmediatamente del pueblo a la semana que yo llegué con mi pequeño hijo.

Vendieron todo y se marcharon.

El motivo no era ningún secreto: Sencillamente no querían que nadie

se burlara de ellos, porque su nieto tenía Síndrome de Down.

«*El qué dirán*» fue mucho más espeso que la sangre.

Su rechazo fue tal, que, por varios meses por las calles del pueblo, solo se podía escuchar hablar sobre mi *desafortunado* hijo y mi próximo divorcio.

Todos tenían algo decir; todos se creían mejor.

Todos me compadecían.

Pero yo sabía la verdad: *Todos eran unos estúpidos.*

UNA RECOMPENSA

ISABELLA

Estaba consciente, de que, al principio, la situación que nos tocó vivir con el nacimiento de nuestro hijo fue muy difícil para él.

Yo también estuve *ahí*.

Pero siempre tuve clara una cosa: Abandonarme con su hijo recién nacido, fue y siempre será una cobardía, así de sencillo.

Jamás existiría en el mundo una excusa real y suficiente para justificar sus acciones.

Él nunca nos amó, tan simple como eso.

—Me comentó que Lucas, había sido muy educado y agradable. Que realmente fue impresionante conocerlo y que estuvo en más de una ocasión tentada a confesarle que ella era su abuela y pedirle conversar luego de que terminara su turno.

Algo se revolvió en mi corazón y mis ojos se llenan de lágrimas.

Sé que mi hijo hubiera estado muy feliz de que ella hubiera hecho eso: Él los amaba, aunque ellos jamás quisieron saber de él.

Muchas veces tuve ganas de buscarlos, y decirles sus cuantas verdades, pero luego entraba en razón, y e daba cuenta que eso no retrocedería el tiempo, ni me devolvería a mi hijo.

Lo cierto, es que solo recordar eso, me hacía sentir unos enormes deseos de atropellarlo con mi auto nuevo.

Él sigue hablando ajeno a mis pensamientos homicidas.

—Te juro, Isabella, que luego de dejarte en aquel apartamento quise irte a buscar. *Lo Juro*. —Suspira como si sobre sus hombros hubiera caído el peso del mundo.

Supongo, que ha olvidado que la que se quedó con un bebé pequeño, en una ciudad desconocida, sin trabajo y sin dinero fui yo y no él.

—Muchos años he deseado solo retroceder el tiempo.

Pongo los ojos en blanco a su mediocre argumento; me sentía avergonzada de haberme casado con esta patética excusa de hombre.

—Tienes que creerme.

Bueno, parece que vio eso.

—Escucha, Isabella. —Sus ojos buscan a una mujer que hace mucho tiempo dejó de amarlo—. Ya no soy el hombre que era en ese entonces, muchas cosas han cambiado desde aquel día donde estúpidamente abandoné a la mujer más espectacular y hermosa del mundo.

Por fin estamos de acuerdo en algo; fue un completo estúpido.

— Pero quiero que sepas, que la vida perdió su color sin ti.

Un nerviosismo me invade, pero no es porque deseo escucharlo admitir que no pudo encontrar el amor otra vez.

Es sencillamente, porque estoy segura de que no me va a gustar su declaración.

—Después de nuestro divorcio, un año pasó rápidamente y empecé a salir con una colega. Ni siquiera fue porque me atrajera o algo así, fue... porque sabía que tenía que continuar. Como tú lo habías hecho.

Hay es donde se equivoca: Tomó siete años para que el amor que sentía por él desapareciera.

Siete largos años donde aun lo buscaba por las esquinas de las calles del pueblo, esperando ingenuamente que recapacitara y llegara a buscarnos.

Si él hubiera regresado por ese entonces, estaba segura de que estúpidamente lo hubiera vuelto aceptar en nuestras vidas; así de enamorada y tonta era.

Gracias al cielo, que jamás lo hizo.

—Salimos por un tiempo. Las cosas se sentían diferente con ella, pero empezó a gustarme mucho. Y me enamoré sin darme cuenta.

Espero la punzada de dolor por su confesión, pero...no viene nada.

Solo siento alivio.

—Entonces, luego de ocho años de relación decidimos dar el gran paso. Nos casamos y todo parecía que estaba en orden. Hasta que quedó embarazada.

Su mirada queda en blanco, pero su voz se vuelve triste y angustiada.

—Acabamos de cumplir tres años de matrimonio cuando nos enteramos de la feliz noticia.

Mi estomago se siente algo indispuerto: Tengo un feo presentimiento.

—Era una hermosa niña e íbamos a llamarla Kate. —Acomoda su

corbata—. Teníamos tantas ilusiones y tanto amor que quería explotar en nuestro corazón, pero la dicha jamás estuvo de mi lado.

Lo miro y espero que vea mi sincera compasión: a las personas como él solo se les podía tener eso: compasión y nada más.

Podía no ser mi persona favorita sobre la faz de la tierra, pero había perdido un hijo, por lo que me fue fácil empatizar con su dolor.

Me miró como esperando que dijera algo, pero me mantuve estoica.

Los pies me mataban, pero no iba a ceder a su invitación y sentarme frente a él, como si fuéramos grandes amigos que perdieron el contacto por cuestiones de trabajo, y que ahora nos volvíamos a reencontrar.

—A los cuatro meses descubrieron que ella tenía...que ella tenía...

Lo veo tragar forzosamente varias veces; arrastra su mano por su cabello. Y por primera vez desde que acepté esta tonta reunión sentí curiosidad.

—Ella era como... *Lucas*.

Mi corazón trastabilla mientras siento mis ojos llenarse de lágrimas.

—Tenía Síndrome de Down Mosaico.

Obligo a mis lágrimas a retroceder; mis manos aprietan con fuerza mi pequeño monedero.

—Yo estaba confundido, al principio creí que se trataba de una mala broma o una infeliz confusión. —Niega con la cabeza—. Dos veces no podían ser coincidencia. Solo que no era ninguna coincidencia.

Suspira mientras mira algo sobre mi hombro: Creo que trata de evitar mi mirada porque se siente avergonzado.

Debería estarlo.

—Ella fue tras mis espaldas y sin mi consentimiento, se practicó un procedimiento que consistía en extraer una pequeña muestra de nuestra hija directamente del interior de su vientre, para así analizarla y descubrir que había provocado aquel Síndrome. Aun sabiendo que eso podría suponer un peligro para la vida de nuestra hija, ella igual había continuado.

Podía sentir su impotencia.

—El análisis arrojó, que efectivamente, nuestra pequeña hija era portadora de la trisomía 21.

Luce pálido.

—La noticia nos cayó como un balde de agua fría. Por lo que te puedes imaginar mi reacción. —Niega avergonzado.

Podía verlo enloquecer cómo lo había hecho el día en que nos dieron los resultados.

Él día en que sin saberlo nos había cambiado la vida: *Para siempre*.

—Los médicos nos recomendaron realizarnos algunas pruebas, porque deseaban saber si la alteración se había producido por primera vez en el embrión; o, había sido uno de nosotros el portador silencioso de ese trastorno. Por lo que, para estar seguros, nos sometimos los dos a un estudio genético. —Suspira pesadamente—. Lo peor de todo esto era, que una gran parte de mí, quería que fuera mi esposa la que tuviera ese problema. —Niega con la cabeza mientras sus ojos se encuentran brevemente con los míos; luce avergonzado—. Así de mal estaba.

Su declaración no me sorprende.

Hace mucho tiempo que había aceptado que jamás conocí a mi exesposo, y siempre estuve segura de que cuando ocurrió lo de Lucas, él me culpaba.

En su rostro siempre pude ver que él estaba seguro de que yo había sido la que estaba «averiada» y no *él*.

Por eso se le hizo tan fácil hacernos a un lado y abandonarnos; pero ahora era distinto.

—Los resultados fueron concluyentes: Yo le había transmitido el Síndrome, dado que mis genes sufren de una *translocación*.

Suelta una risa amarga.

—Ni siquiera sé realmente qué significa eso. Pero, en definitiva, en esos papeles, decía que la causa, de que mis dos únicos hijos habían desarrollado esa mutación era... *yo*.

Busqué dentro de mi corazón un poco de simpatía por él, pero no la encontré.

Amé a mi hijo, sin interesarme *qué* o *quién* le había transmitido esa mutación. Lucas fue lo mejor que alguna vez me hubiera ocurrido, por lo que, en parte, no podía sentir pena por el hombre frente a mí, porque sabía perfectamente que eran sus prejuicios y orgullo los que se sentían heridos.

No su alma.

ALGO LLAMADO KARMA

ISABELLA

—Y como las desgracias nunca vienen solas. —Me obligo a no reaccionar y golpearlo.

Él hombre frente a mí, seguía viendo al Síndrome de Down como una desgracia y no como lo que en realidad era: Un regalo del cielo.

Una única y especial oportunidad de experimentar un amor como ninguno otro.

Un milagro.

—Un mes después. Ella decidió que no quería tener que lidiar con una bebé así. Se practico un aborto ilegal, porque ella no deseaba que las personas la miren con tristeza, o que en la oficina la creyeran menos eficiente solo por tener una hija discapacitada.

—Así como tú. —Sentencié duramente.

Sus ojos se abren en sorpresa; no se esperaba que fuera tan insensible.

Tan fría.

Pero ya había escuchado suficiente, y no me interesaba sus remordimientos o su triste historia.

Hace más de media hora que habíamos empezado esta desastrosa reunión por lo que ya era hora de que me marchara.

—Es sorprendente como a pesar de todo lo que has vivido, sigues sin entender que el Síndrome de Down no es una desgracia. —Sonrío condescendentemente— Ahí, es donde radica tu mayor error.

Lo miro directamente a sus ojos.

—Crees que, por aparecer más de veinte años después y ofrecerme una disculpa patética, ¿las cosas que hiciste y *dijiste* se iban a borrar de un plumazo? —Niego con la cabeza incrédulamente—. Siento tirar del tapete bajo tus pies, y decirte que: Yo jamás necesité de tus disculpas. Para que te quede claro, *jamás necesité algo de ti.*

Sus ojos ahora lucen enormes; procesando mi frialdad y tratando de entender quién es la mujer parada frente a él.

Es que esa fue su mayor equivocación, citarme en este bar, creyendo que iba a encontrar a la misma jovencita de hace mucho tiempo atrás.

En otras palabras, esperaba encontrar a la joven mujer de diecinueve años que abandonó junto a su pequeño hijo. Esa que se moría de amor.

—Aunque creas que soy una desalmada, quiero que sepas que, me siento feliz de que esa bella y dulce niña haya regresado al cielo.

Su ceño se frunce en disgusto por mis palabras.

—Porque ella merecía, que su nacimiento sea festejado, no lamentado. Ella merecía padres que se sintieran orgullosos de ella, que fueran su mayor fan y no personas que se avergonzaría eternamente por algo que ella no tuvo culpa.

Sonrió tristemente.

—Porque mientras que sigas, aferrándote a eso estúpidos prejuicios, jamás vas a tener la dicha de disfrutar de un amor que no es de este mundo. Un amor que va más allá de las necesidades personales y que no conoce de egoísmos.

Respiro profundamente, llenándome de valor.

—Un amor tan incondicional que no es mezquino, y que, a pesar de estar muriendo, siempre serás lo más importante para él y te pondrá en primer lugar. Porque tu felicidad es la suya.

Sonrío pensando en mi hijo.

—No vengas ahora deseando que sienta pena por ti, solo porque decidiste casarte con una persona exactamente que *tú*, y que, a la final, hizo lo mismo que *tú* deseabas que yo hiciera con nuestro hijo. La diferencia fue... que yo jamás podría renunciar a algo que amo.

Puedo ver el dolor que provocan mis palabras; pero no me importa.

—El que nos abandonarás de la forma en que lo hiciste, fue lo mejor que nos pasó.

Una lagrima se desprende de su ojo izquierdo.

—Porque mi hijo, merecía un padre que lo amara por sobre todo, que se sintiera orgulloso de él. Y me siento feliz de comunicarte, que la vida se lo dio.

Sonrió feliz y enamorada, pensando en Alex Stone; el hombre que sin planteárselo conquistó mi corazón por su amor hacia la persona más importante en mi vida.

Mi hijo.

—Él tuvo un padre que lo amó cada día desde que lo conoció, y le entregó no solo su confianza si no también su corazón. Le dio un hogar. Le brindó una figura paterna a la que él quisiera parecerse cuando fuera padre. —Cuadro mis hombros—. Por lo que solo puedo decirte...*gracias*.

El silencio cae pesado y frío entre los dos.

—Gracias por demostrarnos que merecíamos algo mejor. Porque tu ausencia solo me ayudó a tener más fuerza para ser mejor madre, mejor hija y hermana. A ser una mejor versión de mí misma, hasta llegar a ser la madre que merecía una persona como Lucas. El que nos abandonaras, fue la mejor cosa que nos pudo haber pasado.

Respiro profundamente mientras coloco una mano sobre mi vientre.

—Y lo más importante, es que me demostraste, que jamás me equivoqué aquel día escogiendo al hombre que lo sería todo para mí.

Sus brillan de dolor, recordando el momento en que le susurre que elegía a nuestro hijo. *Por sobre él.*

Y, aunque este día, él no me lo hubiera admitido durante esta absurda reunión, sabía perfectamente, que ese fue el motivo principal del porqué tiempo después no nos buscó.

Golpeé duro su orgullo cuando elegí a mi hijo.

Abre su boca, pero yo me apresuro a decir:

—Como te dije, yo jamás necesité tus disculpas. Pero, sí conocí a un joven que hubiera estado encantado de venir este día; aceptar tu invitación a sentarse en aquella mesa, conversar contigo y por fin conocerte. Escuchar atentamente esa disculpa que te tomó más de veinte años formular. —Sonrío—. Porque el rechazo de personas desconocidas duele; pero, el desprecio de aquellas personas que se supone que deben amarte, eso... *Eso sencillamente rompe el corazón.*

La palidez regresa con fuerza a su rostro, mientras pesadas lágrimas hacen su camino por su anguloso rostro.

—Estas de suerte, porque por este tiempo, el cementerio del pueblo está con pocos visitantes. Sería conveniente que te acerques y veas si *él*, ahora tiene tiempo para ti.

Dicho eso, giro sobre mis talones y abandono el pequeño establecimiento; mis hombros relajándose y sintiendo que hoy por fin cerré para siempre una etapa de mi vida donde jamás perdí lo que pensé era el amor de mi vida, si no, más bien, este llegó con fuerza desechando lo que

nunca valió ni valdrá la pena.

Me subí a mi *minivan* y sin mirar atrás... me marché.

Al igual que él lo había hecho hace mucho tiempo atrás. La diferencia era, que ahora, ya no estaba llorando mientras mi corazón se hacía pedazos por verlo abandonarnos como si no valiéramos nada.

Ahora, sonreía feliz, pensando en mi hijo esperándome pacientemente en el cielo.

Sintiéndose orgulloso de mí.

Contando los días para vernos.

Para volvernos a abrazar y jamás separarnos.

PREGUNTAS PERFECTAS

EMERY

New York

Estaba segura, de que había pasado mucho tiempo desde que el apartamento estuvo completamente vacío.

Y, por «completamente vacío» me refería a sin visitas ocasionales pululando por aquí o algún tipo de reunión improvisada con algunos invitados que eran principalmente compañeros de trabajo de mis mejores amigas.

La tranquilidad fue bien recibida.

Como era sábado, hoy le tocaba a Jane cocinar; se sorprendió cuando me vio aparecer en aquel espacio y sentarme en la barra de desayuno.

Una hermosa sonrisa afloró en su rostro, mientras enseguida procedía con más emoción a preparar lo que ella llamó: La mejor parrillada de todos los tiempos.

La verdad, es que no quería estar sola con mis pensamientos. Aun me sentía mal por haber evitado toda esta semana a Ian. Fue duro verlo aparecer cada día, y marcharse con una sonrisa triste mientras enviaba a Stacy a decirles que ese día tampoco había asistido a clases.

«Era por su bien» me recordaba constantemente cuando mi voluntad quería flaquear.

Durante nuestra improvisada «cita» había descubierto con asombro que su rudo y atractivo exterior ocultaba a un hombre con un corazón tierno y dulce.

Un corazón que no quería lastimar.

No quería desgraciarlo con mi mala suerte.

En su lugar, me dirigí a mi farmacia regular y compré más medicamentos. Al farmacéutico le di la triste excusa de que me habían

robado el bolso y que dentro de este iba mi único frasco de pastillas.

Él se creyó la historia, y enseguida procedió a despacharme la orden.

El día que había escogido para mi partida, estaba cerca; tenía que tener todo listo y en orden.

Un escalofrío me recorrió la columna; podía sentir que estaba a punto de romperme y lo más importante es que era hora de que mis amigas tuvieran algo de paz.

Se lo merecían, después de todas aquellas mentiras y desvelos que por mi causa habían sufrido.

Estaba perdida en mis pensamientos que no me percaté que Jane se había quedado en silencio.

—Ni siquiera voy a preguntar en que estás pensando porque ya lo sé.

Su declaración envió agujas a mi estómago; su fino rostro se arrugó en desaprobación.

Acaso... ¿Ella lo había descubierto?

—Debes tener cuidado, sin embargo.

Sudor frío empapó mi espalda. Mi respiración se volvió artificial.

Pero... ¿Cómo? ¿Cómo lo descubrió?

He sido extremadamente cuidadosa ocultando las pastillas.

—Caroline tiene sus sospechas...

Eso cortó gran parte de mi respiración: Si Caroline sabía, mi plan ya era un fracaso.

Ella era como un perro con un hueso: Jamás me volvería a dejar sola.

Podía irme despidiendo de mi plan.

—Mira que te has puesto pálida. Realmente debe gustarte mucho ese hombre. —Se cruzó de brazos con una mirada enojada—. No tenía idea de que así de fuertes eran tus sentimientos, pero, si ese es el caso, pues sencillamente no prestes atención a lo que sea que la amargada de Caroline diga. El cielo sabe que esa mujer necesita relajarse. O conseguirse un novio, que sacuda su mundo. —Empezó a reírse mientras me daba la espalda y empezaba a revolver la salsa de queso.

¿Qué?

¿De qué rayos hablaba?

—Y, para que quede constancia, a mí, en lo personal, me agrada este chico... ¿Cómo es que se llama? *¿Ian?*

Casi me caigo de la silla con su declaración; el alivio rápidamente enfriando mi cuerpo.

—¿Ian? —Traté de ocultar mi alivio.

—Reconozco que ese hombre tiene lo suyo. Es decir —se voltea y pone una mano en su cintura—, ¿vistes ese cuerpo? —Abro la boca, pero ella continua con su observación—. Por supuesto que lo vistes, se debe estar ciega si no puedes apreciar la belleza sensual en ese ejemplar masculino y lamerte los labios mientras te imaginas como se sienten aquellas grandes y fuerte manos acariciar...

—¿Y el punto es...? —la interrumpí.

Me aclaro la garganta, sin saber bien que decir, mientras imágenes de Ian sin camisa mostrándome sus tatuajes centella en mi cabeza.

La presión sanguínea se me disparó; me sentía mareada con esas imágenes.

Jane suspiró mientras se acercó y quedó frente a mí.

—El punto es...que siempre pensé que eras demasiado preciosa para andar con un tipo como Jensen. —Una sonrisa triste aparece en su hermoso rostro—. Pero este hombre...

Me sonrojo cuando su la sonrisa cambia a una feliz.

—Aún recuerdo la fiesta de tu cumpleaños y lo diferente que lucías mientras hablabas con él. —Me congeló—. Fue alucinante escuchar tu carcajada.

Negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Sabes que sucede —abre sus hermosos ojos grises—, es que trató de recordar la última vez que escuché esa carcajada saliendo de ti, y...—Me ofrece una pequeña sonrisa que vacila entre la tristeza y la felicidad— y tristemente me di cuenta, que, de hecho, era la primera vez que la escuchaba.

En ese momento mi teléfono sonó: Era un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido_20:00

¿Cuál es tu color favorito?

No tenía que ser genio para saber quién era: *Ian*.

El único hombre después de Lucas, capaz de hacerme reír como si no tuviera ningún problema en el mundo.

Una sonrisa apareció en mi rostro; estaba segura de que estaba cometiendo otro error.

Un terrible error.

UN LATIDO

EMERY

Ni siquiera puedo empezar a razonar con mi cabeza como es que acepté esta invitación a comer.

Supongo, que tuvo mucho que ver la conversación que tuve con Jane minutos antes de que recibiera su mensaje.

Una extraña sensación de vértigo me invadió mientras nuestra conversación fluía naturalmente.

Diez preguntas después, él soltó la bomba:

Ian_20:15

¿Quieres almorzar conmigo?

¿¿¿mañana???

Mis dedos volaron sobre el teclado táctil, antes de que la razón tuviera tiempo de darme motivos suficientes para rechazarlo.

Yo_20:15

Está bien.

Fue mi escueta respuesta; dudé en borrarla rápidamente, pero inmediatamente los pequeños vistos a su lado se volvieron azules.

Él respondió enseguida:

Ian_20:15

¡¡Voy a empezar a contar los minutos, para vernos!!

Pásame tu dirección para irte a recoger.

¡¡Prometo que valdrá la pena!!

Luego de indicarle mi dirección completa y explicarle como tenía que solicitar en la recepción el ingreso hasta nuestro apartamento, nos despedimos e inmediatamente me invadió la tristeza; lo cierto era, que me había encantado intercambiar mensajes con él.

Solo fue hasta bien entrada la madrugada que abrí mis ojos, y pensé:

¿Cómo demonios es que consiguió mi número?

DOMINGO

EMERY

El almuerzo que había aceptado era en su casa.

Un hermoso edificio de cuatro pisos, generalmente conocidos como «*BrownStone*» por la utilización de piedra marrón en su estructura le daba un aire acogedor y sencillo; su apartamento estaba en el tercer piso.

Era hermoso; *el apartamento, me refiero.*

En fin, puse objeción cuando me notificó alegremente que el almuerzo era ahí.

Pero me había convencido en un abrir y cerrar de ojos cuando su verde mirada brilló de emoción.

No sabía nada de este hombre, pero ¿acaso eso me detuvo de aceptar cuando me lo pidió?

Por supuesto que *no* y la razón era obvia: Sus ojos.

Juro que eran idénticos a los de Lucas: No estaba alucinando cosas ni nada.

Eran tan vivos y transmitían tantas cosas y tantos sentimientos, que estaba segura de que jamás me cansaría de observar aquellos ojos.

Y eso era peligroso.

Nos detuvimos en su puerta, él empezó a buscar la llave para poder ingresar.

Estuve pendiente del tiempo que nos tomó llegar hasta aquí. Y, llegué a la conclusión, de que a este hombre le tomaba cerca de dos horas diarias para irme a ver a la Universidad.

Eso me hizo sentir culpable por la semana en que lo hice marcharse sin vernos.

Cuando lo vi de pie, en la entrada del apartamento vistiendo un ajustado *jean* azul oscuro, su chaqueta negra de cuero encima de una camisa blanca que se amoldaba—demasiado bien para mi paz mental—a su cuerpo.

¿Y su aroma?; tuve que reprimir un gemido de tortura.

Su cuerpo sexy más su personalidad cálida y tierna me tenía cuestionando muchas cosas.

La curiosidad de ver como era su vida cotidiana me tenía sintiendo burbujas de emoción en mi estómago.

—Y llegamos—Abrió la puerta del departamento.

El lugar estaba silencioso, por lo que solo podía interpretar que su hermana no estaba.

Sonreí a su pequeña reverencia para que entre y conozca el lugar.

Ahora me sentía mucho más nerviosa de lo que estaba antes de abandonar la seguridad aburrida de mi casa.

—No muerdo. —Sonrió, burlándose de mi indecisión.

Me relajé mientras daba un paso dentro; todo lucía normal y ordenado.

Rápidamente se quitó la chaqueta y traté por mi vida de disimular como disfruté la vista de sus músculos ondulando mientras hacía esa básica labor.

¡Por favor, que alguien me ayude aquí!

Oficialmente me había convertido en una pervertida.

—Mi hermana, es algo estricta en cuanto al uso de zapatos dentro del apartamento. —Asentí, comprendiendo su pequeña petición.

Me quité los deportivos y los acomodé juntos a las botas oscuras de Ian.

Estábamos de pie en el pequeño descanso.

—¿Y cuándo conoceré a tu hermana? —Él sonrió cálidamente.

Estaba claro que la amaba; sentí una pequeña punzada de celos.

¡Rayos!

Sentir celos de su hermana, eso ya era un mal augurio.

—Dentro de unas pocas horas. Ella está en la tienda de tatuajes. —Me congelé cuando acercó su mano hacia mi rostro y retiró un pequeño mechón que se me había escapado del lazo que sujetaba mi cabello en la coronilla de la cabeza—. El domingo cierra temprano. Por lo que, quizá, se una a nosotros para el almuerzo.

Una punzada de decepción pinchó mi corazón.

Retiró su mano y se alejó hacia el interior sin percatarse de mi decepción.

Debería sentirme aliviada de tener otra persona a nuestro alrededor, para así evitar que mis pensamientos *pervertidos* se salieran de control.

Respiré profundo cuando me esforcé por no mirar su trasero mientras desaparecía de mi vista.

Aceptar este almuerzo, definitivamente, había sido una mala idea.

Pésima idea.

Caminé despacio y lo encontré escarbando dentro de una enorme funda de comestibles.

—He pensado que, para nuestro almuerzo tardío, a la dama, le encantaría probar mi especialidad.

No puede evitarlo y sonreí.

Él detuvo su búsqueda, me miró; se acercó hacia mí; levanté la mirada, los nervios haciendo una revolución dentro de mi vientre.

—Me harías el honor de sentarte aquí y observar cómo me esfuerzo por no incendiar el apartamento mientras preparo nuestra comida.

Él realmente era muy atractivo.

—Gra-gracias —tartamudeé, mientras me sentaba en la silla alta que tenía abierta.

Atrapé un vistazo a su pequeña sonrisa.

Me aclaré la garganta.

—Entonces, ¿cómo es que te ofreciste a preparar nuestro almuerzo si no sabes cocinar?

—La verdad, es que, sí sé cocinar, pero, deseaba impresionarte preparando una comida que se sirviera en un restaurante de cinco estrellas —confesó, sonrojándose.

Su sinceridad me cogió con la guardia abajo; estaba tan acostumbrada a que los hombres finjan cosas que no eran, con el propósito de meterse en mis bragas.

Sonreí.

—Espero que no estés decepcionada. Si deseas podemos llamar y a hacer una reservación en el *Daniel*...

Negué con la cabeza.

Daniel, era uno de los mejores restaurantes de New York, pero no tenía deseos de abandonar la calidez de su casa.

—Si no tienes problema, me gustaría probar tu comida. —Sus hermosos ojos verdes se iluminaron—. Estoy ansiosa por probar la delicia que vas a preparar, mientras que procuras no quemarnos vivos en el intento.

Su sonrisa se hizo gigante, y algo dentro de mi corazón se derritió.

Tenía que retroceder.

Porque fácilmente me veía cayendo duro no solo por esos ojos, si no también, por su abierta y espontánea personalidad.

Personalidad que era tan parecida a la de Lucas, y eso solo significaba

problemas para mí.
Graves problemas.

CIRCUNSTANCIAS

LUCAS

Era algo de otro mundo tenerla en mi casa.

Disfrutar de su compañía era una de las cosas que más añoré en estos últimos cinco años.

Me sentía un ganador desde ya, aunque no daba por sentado que ella instantáneamente se fuera a enamorarse de mí. Era un camino largo y difícil lograr que estuviera preparada para aceptar la verdad.

Aceptar que era Lucas.

Aunque podía ver cierto interés brillar en sus hermosos ojos marrones, pero no por ello, tenía que tomarlo a la ligera, aquellos pequeños avances bien podían estar llevándome por el camino equivocado como había dicho Melisa y perderla para siempre.

Podía ver sus muros levantarse cada vez que se sentía cómoda; como si su consciencia volviera con fuerza y le recordara algo.

Algo muy malo.

Tenía la fuerte impresión que se trataba de Jensen.

El cretino que la había engañado y ahora andaba por ahí haciéndose pasar por víctima.

Tuvo la oportunidad de compartir su vida entera a lado de una hermosa y especial mujer, pero la desperdició por no saber comportarse como un verdadero hombre; *por no saber mantener los pantalones puestos.*

—¿Y siempre has vivido en esta parte de New York?

Asentí mientras revolvía los vegetales en el wok que había comprado esta mañana.

Por lo general, Melisa y yo pedíamos servicio a domicilio, por lo que tuve que comprar desde lo más básico hasta lo que posiblemente podía necesitar para este improvisado almuerzo. Eso incluía: ollas, cuchillos, platos y cubiertos.

—Desde que tenía quince años. Nuestros padres murieron en un accidente de carretera por lo que me quedé a cargo de Melisa. Ella tenía siete años en ese entonces.

—Siento oír lo de tus padres. —me ofrece una sonrisa triste—. Debió ser duro para ti quedarte a cargo de una niña tan pequeña.

Asiento mirándola a los ojos, pero no ofrezco un argumento.

No quería mentirle; yo no era realmente Ian, por lo que no estaba bien que cuente las cosas por las que tuvieron que pasar él y mi hermana como si hubiera sido yo quien las hubiera realizado.

Desvié la atención a un tema seguro.

—Basta de hablar de cosas tristes. Mejor cuéntame sobre tu vida en aquel pequeño pueblo con nombre curioso, ¿*North Fruit*? Que nombre para más extraño. —Eso la hizo sonreír.

—Como te comenté, se llama así por la gran variedad de frutas que se cosechan anualmente y que se exportan e importan a otras ciudades. —Relajó sus hombros.

Empecé a colocar los filetes de pollo previamente sazonados sobre la pequeña parrilla eléctrica. Esperaba no haberme equivocado siguiendo la receta que había

—¿Y qué era lo que más te gustaba de ahí?

Coloqué con mucho cuidado los filetes de pollo sobre la parrilla, me relajé cuando el rico aroma de las especias empezó a rodearnos.

Poco tiempo después me percaté que mi invitada jamás contestó a mi pregunta

—Quería saber que era lo que más...

Me detuve en seco cuando vi sus ojos llenos de lágrimas.

¡Oh, rayos!

Había roto la primera regla fundamental que me había dicho mi hermana: «*Jamás hagas llorar a una mujer, a no ser que sea para pedirle que sea tu esposa. Créeme, a las mujeres les encanta llorar solo en esa situación*».

Repasé mentalmente nuestra conversación y no sabía dónde me había equivocado.

Abrí la boca para disculparme de algo que aún no estaba seguro de haber hecho, pero ella respondió:

—Lucas. —Una lagrima rodó por su mejilla—. Lucas Blakely.

La respiración se atascó en los pulmones.

Era increíble cómo podía sentir su dolor desde esta distancia: Era tan

agobiante.

—Mi novio.

Muy tarde comprendí ese día, que, sin desearlo, había abierto una herida muy cerca de la que había dejado mi muerte en su corazón.

Quizá, ella jamás esté preparada para aceptar mi regreso.

UN BESO - UNA HERIDA

EMERY

No podía creer que se lo hubiera dicho solo así.

Supe que estuvo mal, porque Ian se puso pálido.

No entendía bien del porque su reacción, pero no quería arruinar este día hablando de mi amor perdido, y que él lo malinterpretara que era como aquellas mujeres que se mudaban a una ciudad grande y engañaban a sus novios.

—No tienes que sentirte mal. —Aclaré limpiando la lágrima que había desprendido de mi ojo sin mi permiso—. Él falleció hace unos años atrás, por lo que no debes tener miedo de que uno de estos días, un granjero venga y quiero asesinarte.

Bromeé con la intención de borrar la triste expresión en el rostro de Ian.

Sus ojos verdes se apagaron; extrañé ver esa chispa de felicidad en ellos.

—¿Recuerdas aquel día en la Universidad, ¿cuándo te confesé que me recordabas a alguien?

No espera que conteste.

—Bueno, me refería a Lucas. —Dejé escapar un suspiro—. Hay muchas cosas que haces o dices que me recuerdan a él y también están tus ojos, juro que son...

La puerta de entrada se abrió estrepitosamente casi haciéndome caer de la silla; Ian permanecía impávido en su lugar.

—Juro que, si te acercas a mí otra vez, te voy a *asesinar*. —Sentenció una enfurecida/delicada voz femenina. —Poco me importa ir a la cárcel.

La puerta de entrada se azotó y en cuestión de segundo una hermosa mujer apareció.

Era como aquellas mujeres que ves en el metro con largas rastas de diferentes colores tocando guitarra y pidiendo algunas monedas.

Sus torneadas piernas estaban a la vista gracias al *short* de mezclilla

deshilachado que se ajustaba a su zona baja; una blusa alta de tiras finas con los hombros descubiertos y mangas tres cuarto, le daban un estilo *urban chic*; diversos e intrincados tatuajes se delineaban por su cintura y clavícula.

Mi mirada se detuvo a la altura de sus tobillos: en el lateral de cada uno de ellos lucía una pequeña letra. No sabía chino ni coreano, por lo que no sabía que decían.

Sus zapatillas deportivas negras, la hacían lucir mucho más joven de lo que sabía que era.

Sus preciosos ojos oscuros se abrieron asombrados cuando me vio sentada en una de sus sillas altas.

—Me había olvidado de que ibas a estar aquí. —Dijo en mi dirección, mientras se acercaba y me daba un abrazo.

Parpadeé varias veces; me sentía confundida. Una extraña me estaba abrazando como si fuéramos las mejores amigas del mundo.

Ian se aclaró la garganta.

—Oh, si, perdón —me liberó del abrazo más incómodo que he sido participe— Soy Melisa, la hermana de aquel galán. —Guiñó el ojo, y se alejó hacia su hermano, quien la observaba en silencio. Le dio un beso en la mejilla.

—¿Problemas con Draco?

—Por favor, ni lo menciones —se quejó poniendo los ojos en blanco.

Abrió el refrigerador y sacó una botella con agua y me la lanzó; casi me caigo de la silla por tratar de atraparla.

Ella definitivamente me caía bien.

—¿Tú novio? —Me aventuré a preguntar tímidamente.

Ella me miró sobre su hombro; me fijé que tenía el indicio de un tatuaje en su espina dorsal; más letras chinas.

En las profundidades de sus ojos oscuros pude ver el dolor de mi pregunta. Quise disculparme inmediatamente, pero ella sonrió.

—Ese idiota no tiene tanta suerte.

Eso hizo que me riera; definitivamente, ahí había algo.

—Deberías considerar darle la oportunidad de que se explique. —Ian empezó a mover los filetes y el rico aroma de la comida hizo agua mi boca.

Hace mucho tiempo que la comida no me inspiraba placer. Comía por compromiso para ser sincera, pero mi apetito con el pasar de los meses había disminuido considerablemente.

—No hay nada que explicar. —Bufó enojada—. Él es un hombre casado

y fin de la discusión.

Cerró con fuerza la puerta de la nevera y se acercó a mí, abrió la silla a mi costado y se sentó.

—Pues, eso no pareció ser impedimento para que permitieras que pusiera sus labios sobre la tuyos la semana pasada —declaró Ian, encogiéndose de hombros mientras apagaba la pequeña parrilla y procedía a sacar los tres filetes.

Melisa se cruzó de brazos, y yo empecé a reírme; tenía curiosidad de conocer a este hombre llamado Draco.

—Eso fue un error. Un gigantesco error —afirmó lanzando dagas con la mirada a la espalda de su hermano.

—Y este Draco, trabaja con ustedes en la tienda de tatuajes o...

—Es el mejor amigo del irracional ese que nos está cocinando —acotó Melisa suspirando y dejando caer la cabeza sobre la mesa.

Ian me lanzó una sonrisa sobre su hombro.

¡Rayos!

¡Este hombre quería matarme!

—Interesante. —atiné a decir, mientras me obligaba a no gemir en voz alta cuando mis ojos cayeron en sus labios.

—Estoy tan jodida —gimió Melisa, y no podía estar más de acuerdo con ella.

Estaba segura de que Ian había llegado a complicar mis planes.

UN CHOCOLATE Y UNA FLOR

EMERY

No sé cómo pasó—bueno, sí sé cómo, pero aún no estoy lista para hablar de eso, o, ponerle nombre a lo que éramos—pero pronto Ian formó parte de mi día a día.

Cada mañana me levantaba sintiéndome diferente. Ahora me sentía menos cansada y vacía.

Su presencia no se sentía como una invasión, era... como si siempre hubiera estado ahí.

Verlo aparecer cada tarde en la universidad, portando una flor, o un chocolate. A veces, cuando el día era demasiado caluroso, aparecía con dos conos de helados.

Me acompañaba hasta el auto y nos quedábamos de pie conversando por casi una hora.

Luego él pondría casualmente conocer un local de burritos o simplemente ir al cine a ver una película.

Me encantaba pasar tiempo con él.

Cosas que evitaba a muerte con Jensen, disfrutaba de hacerlas con Ian.

Mi parte favorita eran las noches, adoraba nuestras conversaciones por teléfono hasta quedarme dormida.

A veces solo escuchar su respiración era suficiente para tranquilizarme.

Me sentía tan cómoda con él, que pronto me descubrí conversando abiertamente sobre mis sentimientos hacia Lucas. Y milagrosamente no percibí ni un rastro de celos o censura en su voz.

Me escuchaba atento todo lo que le tenía que contar sobre mi vida en el pueblo y como me había enamorado perdidamente del chico más diferente y maravilloso del mundo.

Una noche, mientras conversábamos por teléfono le pregunté:

—Y tú... ¿has tenido a alguien así de especial en tu vida?

Su silencio disparó mis nervios; me aclaré la garganta.

—No tienes que contarme si no...

—La tengo.

Su declaración envió una punzada de celos a mi corazón; y la culpa era mía por preguntar.

—Entiendo —susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

No quería que él me escuchara llorar.

—Que descanses, Ian.

—Tú también, mi hermosa Emery Green —musitó, mientras que el suspiro que dejó escapar tocó mi corazón.

Corté rápidamente la llamada mientras las primeras lágrimas hacían su aparición.

Miré hacia el techo de mi habitación: Esto no iba acabar bien, podía sentirlo en mis huesos.

Era hora de seguir con el plan.

PRESAGIOS

LUCAS

Miré mi celular por unos largos cinco minutos, debatiendo en si era correcto volver a llamar y decirle la verdad.

Había sentido como mi respuesta la hirió.

Estaba cansado de estar a su alrededor y no decirle quien era en realidad.

Melisa se aclaró la garganta.

—¿Esta noche no hay llamadas «sexuales» hasta altas horas de la noche?

Negué mientras me dejaba caer en el respaldar de mi cama y miraba hacia ella.

—Por fin, el día de mañana, vamos a tener a un recepcionista alerta y no quedándose dormido cada tres minutos. —Bromeó.

Yo solo miré al piso sintiéndome avergonzado.

Habíamos acordado, que en vista de que no sabía dibujar, pero que tenía un título en finanzas, yo me encargaría de la parte financiera del negocio, es decir, sería el nuevo recepcionista.

Mi horario era flexible dado que mi prioridad era recuperar a Emery, por lo que solo trabaja medio tiempo, y aun en ese medio tiempo a veces me quedaba dormido, a consecuencias de las malas noches que tenía por hablar con la mujer que amaba.

—Creo que ya es hora de que le digas la verdad. —Asentí—. Ella merece saberlo.

Suspiré mientras arrastraba una pesada mano sobre mi rostro.

—Pero ¿y sí no? —cuestioné.

—¿Y sí no qué? —Melisa dio un paso hacia el interior de mi habitación. —Tienes que ser consciente, que no importa cuánto tiempo pasé, la noticia jamás será más fácil de digerirla. Solo tienes que a hacerlo.

Tenía razón, pero eso no me quitaba los nervios. El miedo que perderla me tenía cuestionando todo.

—Deseo tanto decirle, te lo juro. Pero hablo con ella, y siento que puedo a hacerle más daño que bien.

—Entonces ¿planeas no decirle? —pregunta enojada—Hiciste este largo viaje, solo para detenerte ahora. ¿En este punto? ¿Cuándo ya has dejado una huella en su vida como Ian?

No contesté, porque no sabía la respuesta.

Las dudas habían surgido con fuerza, y me sentía indeciso.

He visto una mejoría en su cuerpo y su rostro; ya no era la pálida y triste Emery que había visto el día de su cumpleaños.

Poco a poco vislumbraba a la Emery que me amaba. La mujer fuerte y especial que había tenido la suerte de que me amara a pesar de mi discapacidad.

Pero era tan fuerte mi deseo, que no quiero lanzarla en una espiral de confusión y desolación con mi confesión.

La amaba demasiado como para no herirla.

Y sentía que, quizá, mi regreso abriría una brecha entre nosotros imposible de superarla.

VERDADES

EMERY

Mi felicidad duró poco.

—Siento tener que ser portadora de malas noticias, pero es conveniente que la verdad salga a la luz.

Caroline se sentó frente a mí; una carpeta azul entre sus manos y una mirada decidida en su rostro.

Desde que atravesé la puerta del apartamento esta noche—se me había hecho tarde, ya que fui al cine con Ian a ver una película de estreno—tuve un mal presagio; sus labios eran una fina línea.

Aun llevaba su característico vestido negro sin mangas, por lo que asumí, que tenía poco tiempo de haber llegado.

Ella me estaba esperando acompañada por Blair, que lucía extremadamente pálida.

—Hice esto porque te amo —aclaró una vez que me senté frente a ellas.

Mi confusión pronto fue cubierta, cuando de la carpeta extrajo varias fotos de Ian.

Un Ian diferente.

—El hombre con el que has estado pasando tanto tiempo, es Ian Callaghan, un adicto en «supuesta recuperación», y que pasó los últimos tres años en prisión por varios delitos cometidos.

Sentí ganas de vomitar.

—Este es su expediente. —Señaló varios documentos—. Y, como podrás constatar, esto no se trata de ninguna equivocación. —aseguró cruzándose de brazos—. El hombre que aparece en las fotos es el mismo con el que vas al cine y te lleva regalitos a la universidad. —Sentí la ira dentro de ella.

No miré a ninguna de las dos; me costaba mucho respirar.

—Y éstas de aquí... —Extrajo más fotos de la carpeta azul.

Ian apareció portando una placa de identificación frente a él; tenía en todos los ángulos.

—Son de cuando lo procesaron por lo diversos cargos que tenía en su contra. No hay error. —Señaló las fotos de lo que supuse era de la ficha policial del hombre que había empezado a gustarme—. Él es un vil delincuente y estafador. Es peligroso, por lo que tienes que alejarte de él —sentenció.

Levanté mi mirada y vi a Blair llorando; ella señaló con sus manos:

—*Lo siento.*

La presa se rompió y empecé a llorar; ¿cómo pude ser tan estúpida?

—Estoy siguiéndole el rastro, creo que ha descubierto que eres ahijada de Alex Stone y estoy segura de que busca la manera de extorsionarlo para sacarle dinero. —Suspiró— ¿Prométeme que no lo volverás a ver?

No podía moverme; las piezas cayeron en su lugar; por eso se había presentado el día de mi cumpleaños hace casi un mes atrás sin invitación.

Nadie lo conocía.

Él había jugado correctamente sus cartas; me volví macilla con su encanto.

Tenía que, a haberme investigado.

Tal vez ya sabía las cosas que le había contado; por eso no había reaccionado celoso o enojado cuando le platiqué sobre Lucas.

Que tonta había sido.

Estaba comprobado que era una total idiota en cuestiones de escoger a los hombres.

Había tenido razón: El amor de mi vida, seguía enterrado en mi pueblo natal.

Jamás encontraría otro hombre capaz de amarme de esa manera tan sincera como lo hizo él.

Me levanté del sofá sin mirar a ninguna de las otras ocupantes de esta sala.

—Creo que me voy a recostar...

—Emery...

Levanté mi mano en dirección de Caroline.

—Te agradezco por todo, pero en serio, ahora no es buen momento.

Sin esperar una respuesta me alejé de ellas con dirección a mi habitación.

Puse seguro y caminé hasta mi closet.

Y ahí, entre mis zapatos que no usaba a menudo, saqué la pequeña cajita

de mentas que hace algunos días había dejado de necesitar.

Lo golpeé suavemente sobre la palma de mi mano; dos pequeñas pastillas cayeron y me las quedé observando.

Suspiré cuando la imagen de un sonriente Ian sosteniendo una rosa parpadeo en mi mente. Sin darle más vuelta al asunto me levanté y caminé hasta el baño; abrí el grifo y metí rápidamente las pastillas dentro de mi boca y me incliné lo suficiente como para beber directamente de él.

El plan seguía su curso; esta semana se acabaría todo.

DOS CARAS

LUCAS

Llamé a Emery, pero mi llamada fue directamente al buzón de voz.

Cogí mi chaqueta y salí del departamento: tenía un mal presentimiento.

Eran apenas las nueve de la noche y Melisa aún tenía dos horas más de trabajo, no quería que se preocupara, por lo que, solo le envié un mensaje indicando que había surgido algo y que pronto regresaba a casa.

Sabía que iba a enloquecer, pero tenía el sentimiento que debía ir a ver a la mujer que amaba.

El trayecto se me hizo eterno.

No esperé el elevador, sino que tomé las escaleras de emergencia: Me sentía a punto de explotar.

¿Qué había sucedido para que no me contestara la llamada?

Frente al apartamento, toqué varias veces, pero no obtuve respuesta. Estaba listo para llamar a Alex, cuando la puerta se abrió y Caroline la mejor amiga de Emery, apareció frente a mí.

—No te acercaras más a ella —sentenció enojada, dando un paso hacia mí.

Retrocedí inmediatamente.

—¿Dónde está Emery?

Su rostro se contrajo en una fea mueca.

Era una mujer muy hermosa, pero, su belleza era fría y calculadora; carecía de la calidez que Emery tenía en su corazón.

La mujer frente a mí no tenía nada genuino en ella; todo lo que hacía de alguna u otra manera terminaba beneficiándola.

Siempre.

Alex se había encargado de ponerme al día sobre las cosas que ella era capaz de hacer si sentía amenazada.

Pero, lo cierto era que no me intimidaba, todo lo contrario, sentía tristeza con solo mirarla.

—Voy a llamar a la policía, para que te arresten por allanamiento de morada —siseó—. Sabes perfectamente que una denuncia de esa magnitud te devolverá al hueco de donde jamás debiste salir para terminar de cumplir con tu condena.

Negué mientras daba un paso hacia ella y dije:

—No tienes idea de *quién* soy...

—Por supuesto que lo sé. —Se mofó déspotamente, mientras me daba una mirada de desprecio—. Eres el vil estafador que creyó que encontró a su víctima perfecta en una mujer mentalmente débil y desesperada por algo de atención.

—Ella no es débil ni está desesperada como según tú crees saber. — Nivelé mi mirada con la de ella—. Para a hacerte llamar su mejor amiga, haces un trabajo de pena cuidando de quien dices querer.

Retrocedí y empecé a hacer mi camino hacia las escaleras.

Tenía que hablar urgente con Alex, él sabría orientarme como acercarme a Emery otra vez para poder decirle la verdad.

—No sabes nada sobre mí — enfatizó enojada.

Detuve mi marcha, me giré hacia ella y la miré a los ojos.

—Es ahí donde te equivocas. —Sus ojos por un momento se llenaron de terror, pero rápidamente lo ocultó y cuadró sus hombros en una actitud defensiva—. Sé más de lo que incluso yo... quisiera saber.

No esperé su respuesta. desaparecí por las escaleras y saqué mi teléfono celular.

Cuando llegué a recepción el teléfono fijo del guardia sonó, por lo que no tenía que ser adivino para saber que era Caroline llamando a notificar que tenía prohibida la entrada.

Alex contestó a los pocos segundos.

—Lucas...

—Coroline hizo lo que advertiste que iba a hacer. Es hora del plan b.

UN ENCUENTRO

EMERY

Una semana había pasado sin noticias de Ian para mi total decepción.

Una parte de mí había esperado pacientemente verlo aparecer en la universidad como lo había hecho en estas últimas tres semanas, pero no fue así.

Caroline no se había equivocado; él no era el hombre tierno y sencillo que una vez creí que era.

Solo era un adicto en rehabilitación con deseos de extorsionar a Alex; un mentiroso y un estafador.

Leer su expediente, fue aceptar con lágrimas en los ojos, que no solo era un peligro para mis amigas, sino también para Alex Stone: un hombre que siempre ha cuidado de mí.

Me preguntaba todos los días que hubiera ocurrido si Caroline no descubriría sobre sus planes.

Llegué a nuestro edificio y un cartel con la palabra «EN MANTENIMIENTO» que estaba puesto en el elevador me dio la bienvenida.

Suspiré mientras buscaba con la mirada al guardia de turno, pero este no estaba por ningún lado.

—Las escaleras serán entonces —susurré a mi pesar.

Abrí la puerta y empecé mi lento ascenso hacia al apartamento.

En el rellano del cuarto piso, una sombra cayó sobre mí: cerré los ojos y grité asustada.

—*Shhh*...solo soy yo —susurró Ian, frente a mí.

Abrí los ojos y me relajé instantáneamente: Frente a mí, estaba de pie luciendo arrolladoramente atractivo Ian Callaghan; luego recordé lo que Caroline había descubierto sobre él y me alejé.

—¿Por qué, Ian? —Lo miré a los ojos mientras me cruzaba de brazos—. ¿Por qué usarme de esta manera?

Me sentía herida: había creído ingenuamente que él realmente estaba interesado en mí.

—Lamento que te hayas enterado de esa manera. —Sus ojos tienen aquel brillo especial que tanto me gustaba—. Debes confiar en mí, y creerme cuando te digo que jamás existió un plan para obtener dinero por medio de ti.

Una parte de mí le creía: él jamás había traído a la conversación cosas sobre Alex Stone o su familia; siempre se mantuvo interesado en conocerme.

Suspiré dejando caer los brazos.

—Entonces, todas aquellas cosas que se detalla en tu expediente... ¿realmente las hiciste?

Asintió lentamente sin apartar sus ojos de los míos.

—Así es. —Podía sentir el arrepentimiento en su profunda voz—. No voy a mentirte, pero en esos años turbios no era... *yo*. Es decir, era otra persona. Una muy mala persona.

» Sé que era mi deber decirte sobre mi pasado, pero...no quería que, en ese momento, te respaldaras con eso para rechazar mi amistad. —Soltó un pesado suspiro—. Entiendo que tengas tus dudas, y creas que quizá, solo quería utilizarte para obtener dinero y tienes todo el derecho de pensar así, sé que son cosas muy malas, pero ya pagué mi condena por mis delitos; ahora soy un hombre que no le debe nada a la justicia.

No contesté; no porque creyera que estaba mintiendo, si no, porque compartía su misma realidad: la misma cruz.

En estos últimos años podía sentir que era otra persona.

Una persona mala: quizá, no como él, pero si me había convertido en alguien que no merecía *amor*.

—Confía en mi...hace mucho tiempo que dejé de ser aquella mala persona. —Se aclaró la garganta—. Sé que suena trillado, pero, sinceramente, ahora...*soy otro*.

Asentí; sus hombros se relajaron.

Era tan extraño poder leer con facilidad a una persona.

A la única que siempre había sido capaz de sentir y ver con claridad absoluta era a Lucas; y eso era porque él siempre tenía su corazón en la mano, dispuesto a entregárselo a todo aquel que le diera una oportunidad.

Sus ojos se llenaron de una extraña felicidad; estaba segura, no me estaba equivocando.

Después de todo lo que había pasado, él no necesitaba que otra persona venga y lo trate con prejuicio:

Además, ¿quién era yo, para juzgarlo por su horrible pasado?

Todos merecíamos otra oportunidad; un nuevo comienzo.

Lo triste es que yo ya había tenido la oportunidad de un nuevo comienzo, pero mis malas decisiones le costaron la vida.

En ese sentido estaba lejos de ser como Ian.

Yo ya no tenía salvación.

UNA PEQUEÑA DISCULPA

EMERY

Las cosas entre Ian y yo volvieron rápidamente a la normalidad. Y no sabía si sentirme aliviada o preocupada; este hombre me tenía como un nudo.

Estos últimos días habíamos evitado hablar de su pasado, de Lucas y de la misteriosa chica de quien estaba obviamente enamorado; ahora solo sentía un piquete cuando recordaba eso.

Las puertas del elevador se abrieron; Ian colocó sus manos para permitirme la salida.

Hoy mi auto no había arrancado, por lo que, Ian se ofreció a acompañarme hasta mi apartamento; era imposible negarle algo cuando sus ojos verdes tomaban protagonismo y se aliaban con su sensual boca.

—Sinceramente no entiendo cómo pudo ganar un premio, si es pésimo actor...—Levanté la mirada y me congelé completamente.

Mi exnovio estaba frente a mí.

—¿Y quién es este idiota? —Las venas del cuello de Jensen sobresalían.

Sus ojos lucían hinchados, rojos e inyectados de sangre.

Jamás lo había visto tan enloquecido; una clara señal que estaba a segundo de perder su cabeza.

El cielo sabe que me había equivocado de manera monumental cuando decidí salir con él y entregarle todas mis primeras veces.

Forcé una sonrisa, mientras me giraba hacia Ian, y en voz baja le susurré:

—Me divertí mucho esta noche.

No quería que sea testigo de este encuentro; había percibido el aliento a licor en ex.

Un Jensen sobrio significaban problemas; un Jensen ebrio, era simplemente el infierno.

Ian no merecía conocer uno de mis demonios; el peor de todos, para ser sincera.

Su sexy y bonita sonrisa no apareció como imaginé, en su lugar, sus hermosos ojos verdes se estrecharon en dirección de mi ingrato exnovio.

Abrí la boca para decirle que más tarde hablamos por teléfono, cuando Jensen emitió un bufido de burla y se acercó tanto a nosotros que pronto quedé presionada en el centro de estos dos hombres gigantes; el metro ochenta y nueve de Jensen no era rival para el uno noventa de estatura de Ian.

Mi corazón empezó a tropezar con cada latido mientras mi cerebro trataba de encontrar una manera inteligente de salir de esta situación sin perjudicar a Ian.

El olor a alcohol que percibía del cuerpo de mi exnovio era abrumador; era como si se hubiera sumergido dentro de una piscina llena de licor fuerte.

Estaba completamente segura, de que estaba a punto de conocer otra faceta del hombre con quien compartí dieciocho meses de mi vida. Miré el rostro de Ian: lucía tan diferente.

—¿Te contó sobre Lucy?

La respiración se atoró en mi garganta; la voz de Jensen estaba llena de resentimiento y dolor.

Mucho dolor.

No podía moverme para evitar el desastre que iba a ocurrir frente a mis ojos.

Ian se mantenía impasible mientras sus ojos seguían en el rostro del hombre que estaba a segundos de romper mi corazón.

Por favor...Por favor que Jensen solo...

—Te contó como la mató —el aire se crispo con su declaración—
¿Cómo mato a nuestra hija?

Algo se rompió dentro de mí y salí corriendo sin mirar atrás.

La puerta del apartamento se abrió frente a mí, pero no me detuve a ver quién era, pero me sentía tan agradecida.

Después de esto jamás iba a poder mirar otra vez a los ojos a Ian.

Iba a extrañar esa dulce mirada, que me recordaba tanto a Lucas.

Escuche a alguien llamarme, no sabía si era Ian o Jensen, en este punto no me importaba; solo quería estar lejos de todos.

Olvidarme de este día.

Abrí torpemente la puerta de mi habitación, mi rostro empapado en lágrimas, di un paso dentro y la cerré rápidamente detrás de mí, colocando el seguro en su lugar.

Rápidamente me despojé de mi chaqueta y fui hasta mi caja de zapatos

donde tenía reservas de mis pastillas para dormir; las mismas que iba a utilizar el día en que decidiera dejar la vida de las personas que no merecían que las siguiera lastimando.

Abrí la caja y saqué el envase gris, me sequé el rostro con mi blusa y me las quedé mirando por un minuto entero.

Casi no las tomaba, su efecto era muy fuerte y por lo general no quería permanecer mucho tiempo inactiva ya que eso despertaría alguna sospecha en las chicas. Pero me sentía tan descontrolada que solo necesitaba dormir y recordar.

Recordar días felices.

Necesitaba volver a sentir a mi hija.

Recordar cómo se sentía llevarla dentro de mí; cómo se sentía tener un pedacito de tu corazón creciendo en mi vientre.

Hasta que la maté.

TONTAS APARIENCIAS

EMERY

Un año atrás
Agosto, 2021

Todo el día me había sentido muy cansada, por lo que mi jefe, me envió a casa a descansar.

Tener siete meses de embarazo, era realmente agonizante algunos días.

Decidí que bien podría ir directo al ático de mi novio y descansar ahí; esta noche teníamos una cena de celebración por el cierre de un millonario contrato con la empresa de los padres de él y no sabía cómo *rayos* iba a lidiar con eso.

Llegué al ático dos horas antes; lo que me daba 120 minutos para dormir y recargar las energías suficientes para lidiar con la larga noche que me nos esperaba por delante.

Los padres de mi novio eran buenas personas, pero su excesiva muestra de afecto, me tenía casi al borde de la locura: y esta noche no sería la excepción.

Acaricié suavemente mi vientre y *Lucy* me pateó varias veces: teníamos un hambre feroz.

Abrí lo cajones superiores y saqué el pan integral.

Mis ojos prácticamente se cerraban, por lo que mi pequeña hija tendría que conformarse con un *sandwich* de pollo.

Quizá, cuando llegara su papá, él podría prepararnos la cena; se me había antojado mariscos, y Jensen se le daba muy bien cocinar.

Preparé el sándwich más rápido del mundo; mi novio siempre procuraba tener surtida la nevera, y estaba agradecida por ello.

Coloqué mi pequeño aperitivo sobre un plato desechable; me serví un vaso con zumo de naranja y me dirigí hasta la recámara principal: La

habitación de mi novio.

El ático era muy moderno y sofisticado; estaba ubicado cerca de *Central Park*, por lo que tenía una vista espectacular desde aquí.

Sus pisos eran de madera oscura y hacía contraste con sus preciosos muebles blancos: tenía un ambiente muy discreto y elegante.

Pero sinceramente, no me veía viviendo aquí junto a mi hija.

Una de las cosas que me volvía loca del padre de mi hija, era su obsesivo orden.

Caminé lentamente hasta su habitación y suspiré mirando a mi entorno; en esta habitación no había nada fuera de lugar.

Todo estaba en su perfecto orden.

Me senté en su cama y dejé el plato y el vaso sobre la mesita de noche, cerca del portarretrato dorado que mostraba una foto de nosotros abrazados; apoyado en el, se encontraba el último eco de nuestra hija.

Ella era tan hermosa.

Tenía tantos deseos de que ella ya estuviera aquí; aún faltaban dos meses, por lo que la espera aún era larga.

Lucy, escogió ese momento para patearme y recordándome que estábamos hambrientas.

Suspiré mientras reía

—De acuerdo. Está bien, tienes razón, mucho tiempo perdido. ¡Vamos a comer!

Me terminé mi *sandwich* en tiempo recordé, alcancé a tomarme solo la mitad del vaso de jugo antes de caer profundamente dormida.

Una discusión acalorada me despertó abruptamente en lo que pronto se convertiría en el peor día de mi vida.

VENTANAS ABIERTAS

EMERY

Era Jensen.

Pero no el Jensen cariñoso y atento que siempre andaba buscando motivos para besarme, tocarme y llenarme de mimos.

Muchas veces me sentía culpable por no ser capaz de corresponder ese amor.

—No tengo tiempo para esta mierda —sentenció, furioso.

Pasos resonaron sobre el frío piso, proveniente de la sala; quería levantarme y ver que sucedía, pero el cansancio era muy fuerte.

De seguro, estaba discutiendo con algunos de sus amigos idiotas.

Hace poco descubrí que a él le gusta presumir sobre nuestra relación en su trabajo; para total fastidio de sus amigos y colegas.

—¡Me lo prometiste! —gritó una enfurecida voz femenina—. No sabía que tus promesas eran una sarta de mentiras solo para llevarme a la cama.

Mis ojos se abrieron inmediatamente presas del pánico y el terror: más allá de su declaración, su voz era lo que me tenía completamente paralizada, mirando fijamente hacia la puerta de la habitación.

Todo el pesado sueño se esfumó: *tenía que estar en una maldita pesadilla.*

Ella no podría...

Ellos... no, no... ¿verdad?

—Hace meses que te estoy diciendo que esto no tiene futuro...—empezó a decir Jensen con voz cansada.

Podía fácilmente imaginarlo pasando varias veces la mano por su cabello, pero fue interrumpido por una iracunda amante herida.

—Eso no pensabas ayer mientras me follabas sobre el escritorio de tu oficina.

Mi estomago se revolvió y sentí arcadas: Ellos dos no podrían hacerme

esto... ¿verdad?

—Eso fue un error...

Una risa burlona se escuchó, seguido por el estruendo de un vaso; me encogí, pero me levanté despacio de la cama procurando de no a hacer ningún ruido; mi enorme vientre dificultando en sobre manera la fácil labor.

—Estoy cansada de esta maldita farsa. —Empezó a llorar.

Cuantas veces no la había consolado por culpa de su estúpido novio que *aún* no conocía, y él cual casi siempre presion por tenerlo frente a mí y reclamarle por su continuo maltrato físico y desplantes hacia ella.

Pero siempre me decía lo mismo: «Pronto, lo conocerás», «No es tan malo como parece», «¿Ese moretón? Tranquila no es nada, fue un accidente»

Mi corazón se sentía pesado, y yo me movía como si estuviera en cámara lenta: No, esto tal vez no era como imaginaba, en algún lado había una confusión. tenía que ser otro hombre, puede que ella incluso si tenga su novio aquel que es abusivo...

Me acerque hasta la puerta; dudando si enfrentar o no, lo que la vida había puesto delante de mis ojos.

—Escucha... —Jensen empezó a decir con voz conciliadora—, nunca te prometí un futuro. Sabias perfectamente que yo me enamoré de Emery el día en que mi hermana me la presentó en el apartamento. Fuiste tú quien seguías buscándome y diciendo que no te importaba eso. —Suspiró—. Sabes muy bien que yo la amo...

—Si, pero eso no te impidió seguir fallándome a sus espaldas —ironizó—. Traicioné a mi mejor amiga. *¡Por ti!* —acusó la mujer que hasta hace poco consideraba alguien leal—. ¿Y así es cómo me pagas? ¿Echándome a un lado? —Bufó, exasperada—. Esperando que olvide *todo*; que siga con mi vida, mientras que juegas a la «casita feliz» —el sarcasmo goteo espeso de su delicada voz—, con una mujer que jamás te va a amar...

¡PAF!

El sonido de una fuerte bofetada me paralizó a mitad del pasillo, mis ojos se llenaron de lágrimas: *Oh no...*

Mi cuerpo se cubrió de una fina capa de frío sudor: *Él no puede ser aquel hombre que la ha estado lastimando todo este tiempo.*

Un pesado silencio cayó en la sala, después de tan horrendo sonido.

Mi hija se agitó un poco y ahogué un gemido de dolor; ella también estaba sintiendo mi decepción; mi dolor.

—Te duele la verdad... porque de eso es que se trata todo esto.

Una risa hueca salió de su garganta, enmascarando el verdadero dolor que sabía que sentía dentro.

Recordaba muchas veces diciéndome cuanto amaba a ese hombre; a un hombre que le hacía más daño que bien.

Pero que ciega y tonta había sido todo este tiempo mientras la consolada por su amor casi no correspondido: Cuando en realidad, ella me había estado confesando cuanto adoraba a...*Jensen*.

—Siento tanta pena de ti. *Arrastrándote* por una mujer que en silencio llora por su novio muerto. —enfaticó con desprecio.

Una lágrima se desliza silenciosamente por mi mejilla: Ellos sabían sobre Lucas; esta vez la punzada de traición la sentí más profunda.

Más invasiva.

Lo más extraño es que el padre de mi hija jamás lo mencionó.

—¡Maldita sea! *No me provoques* —amenazó Jensen, su voz tornándose letal.

—Esta será la última vez que me golpeas, *maldito cobarde* —prometió con voz ahogada—. ¡La última vez que me humillo por ti! Hoy le contaré todo a Emery, para que deje tu patético trasero y se dé cuenta...

El rugido furioso de Jensen seguido de un golpe estruendoso contra el piso o la pared hizo que mis pies se pusieran en marcha hacia la sala.

Lo que veían mis ojos, bien podría a ver sido sacado de una espantosa película de terror: Jensen tenía a una pequeña y muy asustada Julia—mi mejor amiga de la universidad— quien luchaba por respirar mientras sus manos intentaban en vano liberarse del firme agarre de Jensen en su cuello: Ella estaba siendo asfixiada contra la pared lateral de la cocina.

Sus pies casi no tocaban el piso mientras trataba de liberarse del ferro control de las manos del hombre, que, frente a mí, se había convertido en un monstruo.

¿Quién diablos era este hombre?

Los ojos de Julia se abrieron brevemente, lucían rojos y llorosos, pero fue suficiente para verme e inmediatamente dejó de luchar; sus brazos cayeron a su costado.

Sus ojos estaban mucho más abiertos y aterrados: Como si verme frente a ella, era más espeluznante y desolador que el mismo hecho que Jensen estaba tratando de asfixiarla.

Tenía que ser una maldita pesadilla.

CORAZONES ROTOS

EMERY

Gemí incontrolablemente mientras la realidad se filtró más a mi cerebro: Esta no era ninguna pesadilla; era la jodida realidad.

Una realidad donde dolía respirar.

Dolía pensar.

Dolía sentir.

La falta de lucha por parte de Julia hizo que Jensen mire sobre su hombro a la dirección donde ella tenía la mirada clavada.

Sus ojos rojos y llenos de furia se encontraron con mi mirada; inmediatamente la soltó como si lo hubiera quemado.

Julia cayó a sus pies de manera descuidada y llevó sus manos a su cuello mientras tosía violentamente; mi mirada se quedó en Julia.

Su rostro recuperando de a poco su color natural.

—Emery...

Ni siquiera podía mirarlo: en este momento sentía mucho odio.

Odio contra mi madre.

Odio contra las personas que algunas juzgaron a Lucas solo por tener Síndrome de Down y dijeron tantas cosas; cosas injustas y que lo menospreciaban.

¿Esto era lo que me decían que tenía que elegir? ¿Lo que era mil veces mejor para mí?

¿Lo que realmente *merecía*?

Un hombre normal, decían abiertamente muchas personas.

¿Para qué? Pregunto yo ¿para que pudiera romperme el corazón traicionándome con una de mis mejores amigas?

¿*Esto era mejor que Lucas*?

¿Este hombre frente a mí?

¿Esto era lo que mi madre quería para mí, que por eso despreciaba a

Lucas?

Sentí un incontrolable deseo de llamarla por primera vez en muchos años, y hacer una video llamada y mostrarle lo que ella siempre me había dicho hasta el último día que viví en la granja: «Tienes que casarte con un hombre normal. *No con un discapacitado*».

Pues bueno, estoy muy segura de que Lucas jamás me hubiera traicionado de esta manera.

—Emery, ¿nena?... esto no es lo que piensas —Jensen empezó a caminar hacia mí.

Su voz temblaba un poco: No sabía si de ira o de culpa; en este punto no importaba.

Ya nada importaba.

Julia se apoyó contra la pared, su mano acariciando suavemente su cuello: sus ojos inundados de lágrimas.

Mi mirada quedó trabada con la de ella: la culpabilidad y vergüenza era un pesado sentimiento que le tomaría mucho tiempo quitar de sus hermosos ojos verdes.

Moduló un triste: «*Lo siento*»; enormes lagrimas hicieron su camino hasta su barbilla.

Aunque no se lo merecía, la verdad era... que me dolía el corazón por ella.

Porque sabía que en el fondo no era mala persona: Solo se había enamorado del hombre equivocado que jugó con ella, como lo había hecho conmigo.

Solo que yo había sido la idiota que se quedó embarazada.

—No des un paso más —sentencié sin emoción, cuando Jensen empezó a caminar hacia mí.

Quería consolarme cuando estas lagrimas ni siquiera eran por él.

¿Qué tan jodida me hacía eso?

¿Qué tan desalmada me volvía?

Porque el motivo real de mi llanto no era por su traición; era de enojo.

Enojo contra un hombre que había muerto.

Mi corazón empezó a doler como nunca mientras pensaba: Que distinto serían las cosas.

Que diferente sería si Lucas... jamás hubiera muerto.

Lloraba por todas las cosas horribles que habían dicho sobre mi relación con él; como lo habían juzgado sin piedad solo por tener Síndrome de Down.

Solo por ser diferente.

Me encantaría tanto sentir el mismo amor por Jensen para que así se pudiera llevar este dolor que siento al pensar en un hombre diferente.

Que mi agonía se terminara con él desapareciendo de mi vida: Quizá, sí merecía su traición después de todo.

Ajeno a mis pensamientos empezó a decir:

—Sé que la situación se ve horrible —Sus ojos azules brillaron con arrepentimiento—, pero, sí solo nos sentamos por unos minutos —Su mirada cayó a mi enorme barriga y tragó duro—, y hablamos de esto, estoy seguro de que puedo explicarte las cosas que has escuchado y visto. Todo es gran un malentendido.

No contesté.

Sabes cuál era el problema más grande en toda esta situación, que aquel hombre frente a mí y que empezaba a llorar... no era un mal papá.

Su emoción por nuestra hija casi rivalizaba con la mía.

Había compartido con verdadero amor y devoción cada cosa y aunque me rehusé a vivir con él después de enterarnos sobre Lucy; cosa que me alegro mucho no haberlo hecho, porque eso solo añadiría más drama a la actual situación.

Sucede que él realmente estaba enamorado de nuestra hija. Jamás he dudado de aquel amor que le profesa a la pequeña bebé que crecía cada día más y más.

Le gustaba hablarle y conversar con ella, y eso era las cosas que me gustaba de él: Su emoción por la vida que habíamos creado, casi mitigaba el dolor de no poder a amarlo como se merecía.

Ahora, podía ver porque me miraba tan aterrado; la posibilidad de que le prohiba algún contacto con su hija, le preocupaba en sobremanera.

Él era un reconocido médico cirujano de New York; su familia son los reconocidos Vaughan quienes tenían más dinero del que podrían gastar en siete vidas, por lo que, aun ignorando eso, jamás lo llevaría a los tribunales para quitarle sus derechos sobre su hija.

—Di algo Emery...*por favor*. Lo que sea —rogó, su rostro húmedo por las lágrimas.

Me encontré con su mirada y algo se revolvió dentro de mi corazón; esto estaba perdido y rotos de tantas formas, que no veía como poder solucionarlo.

Y sinceramente, no me interesaba su remordimiento; como tampoco jamás me interesó su amor, pero otra cosa distinta era que, lastimara a una de

mis amigas.

Él era el hombre que la maltrataba, al que ella justificaba y defendida; mi maldito novio; el padre de mi hija.

Sabía que debería estar enojada con Julia; después de todo, ella era mi única mejor amiga fuera de la casa.

—¿Quieres que llame a la policía? —pregunté calibrando su reacción.

Ella negó enérgicamente con la cabeza, una lágrima rodó por su mejilla; eso era todo lo que necesitaba saber.

Asentí mientras giraba sobre mis pies y me dirigía a la habitación a buscar mis zapatos; en cuestión de segundo Jensen estaba a mi lado, suplicando:

—No te puedes ir. Tenemos que conversar sobre esto, Emery. *Por favor*; concédeme la oportunidad de explicarte de tratar de arreglar esto.

Lo ignoré; sinceramente, no estaba segura de que era lo que estaba esperando escuchar de mi parte: *¿Que le creía?*

¿Que no importaba que se había estado acostando con una de mis mejores amigas a mis espaldas—solo el cielo sabe desde cuándo— y que todo volvería a hacer como antes?

Sinceramente, este hombre me confundía.

Entré a la habitación y rápidamente me coloqué mis zapatillas bajas hecho eso me dispuse a salir de la habitación, pero él me obstaculizó el paso, parándose en toda su enorme estatura en umbral de la puerta.

—Por favor...

Silencio.

Yo no tenía nada que decirle.

Mi mirada estaba puesta en la puerta: Quería alejarme de este lugar y todo el drama que había presenciado.

Nada.

—¿No vas a decir nada? —preguntó ofendido—. Entonces, ¿tan poco te interesa todo esto? ¿Tan poco te importa mi amor? ¿Qué yo te ame no significa nada para ti? —Tuvo el descaro de recriminarme en la cara.

Eso fue suficiente para lograr que mi dolor tomara el control.

—Estas confundido, Jensen —sentencié.

Mis ojos se encontraron con aquellos hermosos ojos azules que estaba segura de que Lucy heredaría; él inmediatamente retrocedió un paso.

—*Quien ama*, no hace esto, y eso es lo que precisamente te diferencia de Lucas. No tengo idea de cómo descubriste sobre él. Pero quiero que sepas

que es por ese motivo por el cual aún sigo enamorada de un hombre muerto.

Podía ver el dolor en sus ojos que le provocaba mi confesión; pero no me importaba; ya que las máscaras habían caído, concediéndome una oportunidad para sacarlo todo de mi pecho.

—Él jamás me hubiera engañado de esta manera, y no porque tuviera una discapacidad, —negué mientras se me escapaba una risa mordaz—, si no, por el simple detalle, de que, él comprendía y entendía al amor de una manera más profunda y especial, por lo que déjame decirte, que tú aun estas a años luz de saber lo que es amar de verdad.

Caminé hacia la puerta y esta vez aquel hombre con quien me había resignado formar una familia, permaneció en el mismo lugar; estoico, mientras desaparecía en el estrecho pasillo.

Ya no había nada que decir; esto se había terminado... para siempre.

Pero jamás imaginé que aquel día en que abandoné aquel ático. Ese fuera el inicio del peor error que había cometido en toda mi vida.

A veces, sencillamente no merecíamos amor en nuestras vidas.

Porque de una u otra manera, terminaba matándolo.

VIEJAS EXCUSAS

LUCAS

Un golpe en mi espalda me sacó de golpe de la pesada neblina de ira que sentía; este deseo de hacer daño al hombre que estaba afuera del departamento me tenía abrumado.

Mire hacia mi costado, mi mirada bajando hasta encontrarse con unos cálidos y preocupados ojos azules.

Blair.

Sus manos empezaron a moverse, pero inmediatamente negué con la cabeza.

Ella se detuvo inmediatamente; no sabía la lengua de signos con los que se comunicaban las personas con esa discapacidad.

—¿Eres Blair?

Ella asintió tímidamente; su largo cabello negro, enmarcaba su delicado rostro.

Debía medir su metro cincuenta y algo porque era mucho más bajita que Emery.

—Lo lamento, no sé comunicarme por señas. —Me disculpé pasando una mano por mi cabello.

Ella sonrió de manera compresiva; me alegraba mucho que pudiera oír perfectamente.

Sus preocupados ojos se desviaron a hacia la puerta frente a mí y sus pequeños hombros temblaron.

Ella quería que me marchara. Podía sentirlo. Era obvio que ella también tenía conocimiento sobre mis antecedentes penales.

—¿Puedo pedirte un favor? —Sus ojos regresaron de golpe hacia mí, tuve la breve impresión de que se iba a negar, pero suspiré de alivio cuando asintió demasiado rápido.

Era lógico que estaba ansiosa porque me marchara; ella era la que más se preocupaba por la mujer que amaba.

Me miró expectante.

—Podrías cuidarla por mí. —ella asintió relajándose visiblemente—. He estado mucho tiempo lejos de ella.

Una mirada confundida gobernó su rostro por mi declaración, su postura tensándose; no se me ocurría que más decir para que vea que era inofensivo, por lo que, solo me limité a sonreír de manera sincera, ella relajó sus hombros, comprendiendo que no era una amenaza.

—Ella es la mujer más increíble y maravillosa que he conocido en mi vida. Y esta noche, no quiero que esté sola.

Llevó su mano derecha hacia su corazón y luego la extendió hacia mí; esperaba que eso significara que lo haría. O que por lo menos lo intentaría.

A continuación, llevo su mano a su barbilla y luego la extendió colocándola sobre su mano izquierda hacia mí.

Volví a suspirar, tenía que empezar a recibir clases de lengua de signos, porque no tenía la menor idea de lo que ella me estaba diciendo.

Le sonreí y asentí.

Ella giró sobre sus pequeños pies y lideró el camino hasta la salida; caminé despacio detrás de ella.

Si perder tiempo la abrió, pero me detuvo colocando su mano suavemente en mi hombro.

La miré.

Con una tímida sonrisa llevo su mano derecha a su corazón e hizo una seña de círculo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

No tenía la menor idea de que quería decir, pero por lo poco que me había conversado Emery, podía estar seguro de que se estaba disculpando por echarme de la manera en que lo estaba haciendo.

—Cuida de ella, Blair. —Asintió—. No dejes que los demonios la encuentren.

Una lagrima rodó por su mejilla; ella sabía a qué o a quién me refería.

Esta noche sabía que no iba a dormir nada; Emery estaba encerrada en esa habitación donde la acechaban los demonios de sus remordimientos.

Remordimientos que no tenía por qué sentir.

Atravesé el pasillo hasta el ascensor, y cuando este se abrió me encontré cara a cara con el principal demonio de Emery.

CARIDAD

LUCAS

—Creí que había indicado en la recepción que tenías prohibida la entrada, delincuente —siseo con desprecio Caroline mientras daba un paso hacia mí.

Me encogí de hombros; sus ojos se estrecharon cuando se toparon con los míos.

No tenía por qué darle alguna explicación y pronto se iba a dar cuenta que nada me detendría para estar con la mujer que amaba; ni siquiera ella.

Las puertas del elevador se cerraron tras de ella.

Esta mujer me odiaba con todo su ser y realmente no podía precisar si solo era por mi turbio pasado o había otra cosa más en aquel odio.

—Buenas Noches, Caroline. —Sonreí solo porque sabía que eso la irritaría mucho—. Ya me iba. Puedes estar tranquila. —Frunció el ceño en señal de desconfianza.

Rodeé su cuerpo evitando tocarla y presioné el botón otra vez.

—La próxima vez, voy a llamar a la policía —amenazó girando su rostro hacia mí—. ¿Crees que no sé lo que pretendes? —Negó incrédulamente—. Pero sé perfectamente que solo estas tratando de obtener dinero.

Empecé a ponerme nervioso; el elevador estaba demorando mucho en a hacer su llegada.

—Dime cuanto quieres y cortemos con la basura que les has estado metiendo en la cabeza a Emery. —Abrió su bolso que lucía extremadamente costoso y de su interior sacó una chequera negra.

Quise reírme en su cara: Esta mujer realmente era de tener cuidado.

—Sabemos perfectamente del hueco de dónde vienes. —Empezó a llenar lo que solo podía imaginar era un cheque.

—Puedes ahorrártelo. —Su mirada se levantó bruscamente hacia mí—.

En su lugar, porque mejor no lo inviertes en tu hermano y mándalo a rehabilitación. —La miré fijamente a sus fríos ojos azules—. Quizá, tenga suerte y pueda lograr estar sobrio por cinco años. Como yo lo he conseguido.

Hizo una mueca.

—Ella está enferma —advirtió

—¿Y crees que no lo sé? —Le di una dura mirada—. Crees que yo soy él que puede causarle un gran daño a tu amiga, cuando tú eres la que más daño le ha hecho.

Abrió su boca, quizá para refutar mi acusación; pero ya estaba cansado de su teatro.

—Me pregunto, ¿dónde estabas tú, cuando el idiota de tu hermano se estaba acostando con la mejor amiga de Emery?

Su hermoso rostro pierde todo el color; lo que solo confirma las sospechas de Alex: Ella siempre estuvo al tanto del engaño del imbécil de su hermano.

Podía sentir la ira hirviendo a fuego lento dentro de ella; no le gustaba que le dijera las verdades, pero ya estaba cansado de que esta mujer sintiera que tenía algún poder sobre la mujer que amaba.

—Alguna vez has pensado, que quizá, si hubieras tenido el valor de enfrentar a tu hermano y decirle a Emery lo que sabías...quizá, y solo quizá ¿hoy estuviera viva tu pequeña sobrina? —bajé la voz—A veces, creemos que estamos haciendo lo correcto guardando silencio, cuando sencillamente, solo estamos siendo unos cobardes.

Las puertas del elevador se abren y doy un paso en su interior.

Cuando me giro hacia ella, su rostro está bañado en lágrimas, sus hombros caídos; presiono el botón de planta baja.

La miro fijamente; sus ojos están ahogados de ira y remordimiento.

Llenos de dolor.

Pero sus lágrimas no van a retroceder el tiempo; no van a devolverle la hija que perdió la mujer que amo.

—Y en esta vida, no hay nada más peligroso, que una mala persona... creyendo ser *buen*a.

No pestañea mientras más lagrimas hacen su camino por sus pálidas mejillas. Las puertas se cierran despacio y espero sentirme culpable por decirles todas aquellas palabras, pero soy incapaz de sentir algo.

Solo puedo pensar en Emery sola en aquella habitación, llorando la muerte de su pequeña bebé.

Llorando la perdida de otra persona que amaba con su alma.

VIEJOS REMORDIMIENTOS

EMERY

Después de ingerir las tres pastillas para dormir, cuando el profundo sueño vino a buscarme recordé «por qué» no me gustaba dormir por mucho tiempo.

Cuando algunos soñaban con días buenos y felices, a mí me sucedía todo lo contrario.

Y es que ese era el problema con los sueños: No puedes ordenarte con que soñar, y muy tarde esa noche me di cuenta de mi error.

Porque las pesadillas vinieron en su lugar; pesadillas que me perseguirían por siempre.

Después de descubrir de la peor manera la traición, llegué a mi apartamento sintiendo deseos solo de dormir y olvidarme un poco de todo el infierno que se desataría cuando se enterara Caroline.

Era su hermano después de todo y estaba segura de que ella iba a querer destruir a Julia, por a haber hecho esto.

Lo último que recordaba de este día era haber buscado mis pastillas para dormir y tomar una; pensé que una no haría daño, aunque el doctor me advirtió que estos medicamentos estaban prohibidos en el embarazo, pero es que sencillamente sentía que me iba a volver loca si no dormía pronto y olvidaba.

Solo quería soñar con Lucas; quería estar entre sus brazos y decirle cuanto lo amaba.

El pánico se apoderó de mi cuando abrí los ojos y vi que estaba en otro lugar que no era mi habitación; el olor estéril y color blanco que me rodeaba me dio la pista que necesitaba: Estaba en la habitación de un hospital.

Me sentía desorientada pero intuitivamente llevé mi mano a mi vientre, pero estas temblaron violentamente cuando el familiar bulto tenso y duro ahora era blando y hueco.

Empecé a llorar.

Oh no... por favor... ¿Qué había hecho?

El lugar antes ocupado por mi hija era cosa del recuerdo.

¿Dónde estaba mi dulce niña?

Mi corazón empezó a llenarse de dolor y angustia: ¿Qué había ocurrido?

Quería ver a mi bebé; solo me importaba eso, nada más.

Necesitaba tenerla entre mis brazos y sentir su cálido peso. Deseaba besar su tierno rostro mientras aprendía todo sobre ella; ver de qué color eran sus ojitos y si se parecía a Jensen o a mí.

Descubrir que cosas nos volvía iguales.

Quería memorizar a detalle nuestro primer día juntas; ver con asombro cuan hermoso era dar vida; cuan maravilloso era ser madre.

Tomar sus delicados pies; los mismos que me mantuvieron despierta por muchas horas en las noches de estos interminables meses, y comérmelos a besos.

Había esperado mucho tiempo para conocerla.

La necesitaba para ser feliz.

Necesita que ella llenara mi vida de luz y me permitiera amarla y cuidarla.

Traté sentarme para poder ponerme de pie e ir a buscar a mi hija, pero sentí un agudo dolor en la zona baja de mi vientre que me detuvo en seco y un fuerte jadeo se escapó de mis labios; era como si me hubieran partido en dos.

¡Rayos!

La habitación estaba en silencio, una vía conectada a mi mano; me imaginaba, suministrando algún fármaco para el dolor.

Poco me había informado sobre la recuperación después del parto: pasé la mayor parte de mi gestación ilusionada con la primera vez que escucharía su llanto, que el resto poco me importaba si sentía dolor.

Ella lo valía totalmente.

—No deberías moverte demasiado, los puntos podrían abrirse y créeme... nadie quiere eso —Me advirtió suavemente una débil voz a mi derecha.

Mis ojos se dirigieron inmediatamente hacia donde provenía la voz y me sobresalté visiblemente al notar a Caroline sentada en el pequeño sofá ubicado cerca a la pared; seguido de una puerta negra que solo podía

imaginar era el baño.

Su rostro era un fría máscara de llanto; ojos rojos, he hinchados con el maquillaje corrido y labios firmemente apretados.

Su mirada me decía mucho más de lo que sus labios jamás lo harían, y solo así lo supe.

Era algo como un sexto sentido; como si la maternidad activara algo dentro de ti y como un velo que se descorre antes tus ojos, puedes ver con una claridad terrorífica el momento en el que te van a dar una horrible noticia.

Una noticia que va a desgarrar tu alma.

Algo que va a llevarse lo último que me quedaba de esperanza.

—¡No me importa! —declaré firmemente sin mirarla.

Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas mientras trataba en vano de levantarme de la cama; la herida dolía muchísimo, pero más fuerte era mi deseo de estar junto a mi hija.

Ella tenía que estar bien.

Quizá, solo estaba imaginando cosas que no eran.

Mi cuerpo se sentía débil, y pesado era una verdadera lucha tratar de levantarme, pero luego de varios intentos, lo logré.

Mis piernas se sentían a punto de colapsar, pero sabía que era más por el miedo que por otra cosa.

Respirar se hacía más difícil con el pasar de los segundos: No tenía a quien rezar. Hace tiempo que había perdido la fe. Por lo que mi hija solo me tenía a mí, para ayudarla a enfrentar lo que fuera que andaba mal.

—¡Quiero a mi bebé! —exigí enojada y lágrimas en los ojos—. Llama a la enfermera y dile que ya desperté y que estoy lista para conocerla y tratar de amamantarla.

Mis ojos encontrándose con su desolada mirada; casi podía sentir su miedo acompañando el mío.

Me entró la desesperación cuando Caroline no se movió.

Desde esta distancia se la veía muy pequeña sentada en el sofá negro; sus ojos empezaron a llenarse de angustia, dolor y lágrimas; su cabeza empezó a negar cuando la primera lagrima hizo su aparición y rodó silenciosamente por su pálida mejilla.

No...

El aire se hizo pesado y húmedo mientras que mis ojos empezaron a derramar sus propias lágrimas.

El presuroso latido de mi corazón empezó a resonar en mis oídos.

—Ella... —vacilé un poco cuando mi voz se quebró—, necesita de mi calor... lo entiendes, ¿verdad?

Golpeé mi pecho en señal de impotencia y profundo dolor; el rostro demacrado de Caroline empezó a desdibujarse ante mis ojos, pesadas lágrimas salían sin permiso de mis ojos.

Podía sentir mi cuerpo a punto de fallarme.

No respondió; mi pecho se hinchó mientras esperaba que dijera algo.

Lo que sea.

El silencio fue su respuesta mientras su rostro se convertía en un mar lleno de dolor y desolación; abrió su boca mientras daba un paso hacia mí.

—Por favor... no lo digas...—le supliqué llorando.

Un nudo difícil de tragar se formó en mi garganta.

—En su lugar, dime que ella está bien. ¡Miénteme, por favor! —supliqué desesperada sintiendo mi corazón romperse en dos.

—Dime lo hermosa que se la ve con la ropita que le compraste; dime lo que sea, que signifique que ella está bien, que está viva —Respiré profundamente—. Incluso, puedo soportar saber que está en una incubadora o en cuidado intensivos. —Arrastré las palabras—. Pero no me digas lo que creo que me vas a decir... porque no puedo...no quiero...yo...

Sus hombros se cuadraron y respiró profundamente; la Caroline que había conocido hace mucho tiempo, apareció frente a mí.

La esperanza revoloteo dentro de mi pecho: Mi pequeña hija estaba bien.

Quizá, con alguna complicación, pero estaba bien. Tenía que ser fuerte, estaba segura de que mi hij...

—Lo siento mucho, Emery, pero ella murió, mucho antes de que pudiéramos llegar al hospital y te pudieran practicar la cesárea.

Un agudo silencio se instaló en mis oídos; me sentía a punto de ahogarme mientras veía a la fuerte y temible Caroline desaparecer frente a mis ojos y revelarme una mujer débil que se cubría el rostro y empezaba a llorar a todo pulmón; el dolor desgarrador de una tía, por perder a su primera sobrina.

Todo su cuerpo se convirtió en una masa de lamentos y llantos.

Llevé mis manos a mi vientre apenas hinchado y pensé ¿Así era cómo se sentía morir en vida?

¿Qué te arranquen de golpe dos veces la felicidad de tus manos?

¿No ser capaz de disfrutar de un poco de amor en tu vida?

El momento en que la realidad de que jamás sería capaz de sostenerla; que jamás la escucharía llamarme mamá o decirme cuanto me amaba, había desaparecido junto a su último latido, un feo y agudo llanto salió de algún lado de mi garganta.

Mis piernas fallaron y me dejé caer al piso cuando comprendí que mi hija realmente había muerto.

Mi pequeño milagro...ella solo...se fue.

Me había dejado con el corazón hecho pedazos y una habitación llena de ropa y juguetes que ya nadie usaría.

Nunca tendría amor real y verdadero.

El dolor se disparó por mi cintura cuando el frío piso amortiguó mi peso: gemí mientras llevaba mi mano a mi vientre y cerraba los ojos.

El dolor era bienvenido.

Ese me distraía un poco del verdadero infierno que se desataba dentro de mí.

Ella se había ido para siempre; me había robado el corazón y la alegría.

Al igual que Lucas...ellos solo...

Pronto Caroline estaba a mi lado tratando de levantarme, pero era inútil; mi cuerpo se sentía muy débil.

Me sentía sobrepasada por la situación.

Mi bebé.

Mi niña bonita.

Ya jamás existiría una Lucy en este mundo que sea capaz de iluminarlo con su amor y risas.

Ya no existía esperanza para mí.

La poca esperanza que aun brillaba dentro de mi corazón murió junto a mi hija.

Caroline se volvió loca gritando mientras pedía ayuda.

¿Ayuda para qué? Si yo, ya me sentía muerta.

Enfermeras y Doctores vinieron a verme.

Me colocaron otra vez sobre la cama, y pronto conectaron una nueva intravenosa a mi brazo.

Podía sentir como trabajan en mi cuerpo, balbuceando desesperado que desean evitar un posible colapso.

Perdí la conciencia y me dejé llevar al único lugar donde no había dolor: Donde Emery no había perdido a otra persona que amaba.

Donde su pequeña hija la abrazaba fuertemente mientras le susurraba a su oído cuanto la amaba: Donde solo eran las dos contra el mundo.

Donde ella estaba junto al único hombre capaz de levantarla de algo así. Capaz de devolverme el amor y la felicidad.

Cerré los ojos y sonreí cuando el aroma que tanto adora me rodeo e inmediatamente pude sentir su brazo rodeando mi cintura firmemente, y empezar a tararear suavemente a mi oído la canción de Ed Sheeran «Perfect»: «Cariño, estoy bailando en la oscuridad, contigo entre mis brazos, descalzos en la hierba, escuchando nuestra canción favorita...

Me aferré a su cuello: Pronto haríamos eso.

Muy pronto.

FALSOS AMORES

LUCAS

Las puertas se abrieron y di un paso atrás dudando sí salir o no, y precisamente no porque tuviera miedo de la persona que se encontraba esperándome en la recepción.

Si no, porque no deseaba acabar en la estación de policía; la patética excusa de hombre que estaba frente a mí merecía que estrellara mi puño contra su rostro.

Muchas veces.

El infeliz, en lugar de retroceder y concederme el paso, colocó sus anchos brazos entre la abertura de las puertas del elevador, evitando así que esta se cierre; le sacó la envoltura a un chicle y se lo metió en su apestosa boca.

Clavé mi mirada en sus fríos ojos grises.

—Si no te molesta, tengo cosas que hacer.

Eso provocó que se riera de manera sónica.

—¿Cómo ir a cancelar la reservación en el hotel donde pensabas llevarla?

Apreté mi mandíbula.

Tener las facultades que tenía ahora, me hacía una persona volátil en cuanto a temperamento se refería.

Tuve que asistir por dos años a terapias psicológicas sobre el control de la ira, para poder así aprender a lidiar con la adrenalina y mantenerme a calma.

Quizá, si ese comentario lo hubiera hecho cuando yo era discapacitado, era posible que me hubiera hecho incluso llorar por escucharlo hablar así; pero en estas circunstancias mi instinto dictaba que le rompiera los dientes.

Y estaba más que feliz de complacer a mis instintos, pero hice una

mueca; no creía que Alex se sentiría muy feliz si lo llaman desde la estación de policía, considerando mi historial.

Libertad condicional, tenía que recordar.

Además, Melisa me reprendería por no haberla llamado para que ella fuera quien le dé su merecido.

—¿Nada que decir, niño bonito? En ese caso...—retiró su peso de las rejillas y retrocedió unos cuantos pasos.

Una sonrisa irónica me incitaba a no solo tirarle los dientes, si no, enviarlo a hospitalizar una semana.

No es que me creyera *Superman*, porque apuesto que yo no iba a salir ileso de la pelea, pero bien valía la pena unos días en cuidado intensivos.

—Te voy a dar un consejo...—empezó a decir de manera condescendiente mientras se arreglaba los puños de su camisa blanca.

—No necesito tus consejos —afirmé rotundamente, mientras salía del elevador.

Negó con la cabeza, soltando una pequeña risa desdeñosa mientras su hombro chocaba con el mío; trabamos miradas cuando me detuve frente a él.

A esta distancia comprendía porque Emery le había dado una oportunidad; tenía un atractivo elegante, vestía ropa sofisticada y su postura indicaba que tenía dinero.

Mucho dinero.

Estaba seguro de que su caro reloj, que brillaba con la luz de artificial de la lámpara sobre nosotros, costaba más que mi tienda de tatuajes.

Sus dientes eran rectos y blancos; su cabello rubio con reflejos—que sospechosamente se parecía un poco a mi antiguo cabello— se encontraba estratégicamente desordenado y su altura rozaba con la mía.

En definitiva, era muy atractivo; mucho más de lo que yo jamás hubiera podido ser cuando era Lucas Blakely.

Tenía todo lo que cualquier mujer podría desear en un hombre.

—De igual te lo voy a dar. —Tenía tantos deseos de golpearlo—. Emery es una chica sencilla, hermosa pero sencilla. Por lo que puedes estar tranquilo ella te dejará *tenerla*.

En este punto ya veía todo rojo y poco me interesaba parar en la cárcel.

Me preparé para atacarlo.

—Pero... no te confundas. —murmuró, arrastrando una mano por su rostro.

Algo en su voz hizo que la neblina se disipara un poco; su mirada perdió

el brillo de triunfo que antes tenía y una amargura se instaló en su lugar.

—Ella podrá darte su cuerpo las veces que tú quieras. —Estrechó sus ojos haciendo una mueca de asco—. Podrás besarla a tu antojo, creer que eres el dueño de su mundo y presumirla con tus miserables amigos drogadictos.

Hizo una mueca mientras enderezaba su corbata, quedando casi presentable.

—Pero jamás te dará corazón —sentenció.

Miró hacia el frente, a las puertas de cristal de la salida.

—Ni siquiera estarás cerca de *el*. —Su mirada regresó a la mía. Una sonrisa dientes completos adornando su rostro—. Porque ella ya se lo entrego a otro hombre.

—Espera, no me digas. —Me burlé descaradamente—Déjame adivinar, ¿ese hombre eres tú?

Soltó una agria carcajada.

Sonaba hueca y vacía; me sorprendí ver que lágrimas empezaban a caer por sus mejillas.

Él estaba llorando; los hombres actuaban de manera rara cuando están drogados o alcoholizados.

Negó mientras metía las manos dentro de su caro pantalón, sin molestarse en limpiar su rostro.

Creo que deseaba que viera su dolor; el dolor de haber perdido a su hija y a la mujer que supuestamente amaba.

—No —admitió apesadumbrado—Por un tiempo creí que la tenía en la palma de mi mano, pero jamás fue así. —Resopla mirando sus caros zapatos negros—Si me lo preguntas, ella es una excelente actriz. —Se encoje de hombros—. Puede a hacerte creer muchas cosas; desde que te ama, hasta que no puede vivir sin ti, aunque por dentro desea arrancarte los ojos.

—Entonces, ¿dónde puedo ir y conocer el afortunado? Ya sabes, para darle su debida felicitación.

—Ni te molestes. —Cortó de golpe mi burla. —Lucas Blakely está muerto, al igual que el corazón de ella.

Hice una mueca por su referencia; Emery no tenía el corazón muerto, solo había sido decepcionada por las personas que creía la querían.

—Nunca podrás ser *Lucas Blakely* —declaró Jensen, sonriendo— y esa, siempre será la desventaja de cualquier hombre normal que se fije en ella. Y por primera vez, me alegro de ello, porque si yo no la puedo tener, en ese caso, tampoco deseo que la tenga nadie. *Incluyéndote*. Prefiero que siga

enamorada de ese condenado muchacho.

Lo miré fijamente sintiendo enormes deseos de cumplir con mi instinto.

—Por muy buena que esta la charla, y las pocas ganas que tengo de irme —dije con sarcasmo. —Puedes dejar de perder el tiempo y decirme a que te refieres.

—Me refiero a que la hermosa mujer que acabas de ver correr hacia la oscuridad de su habitación se enamoró de un maldito discapacitado.

Apreté los dientes; no me molestaba su prejuicio hacia mí, lo que me irritaba en sobremanera era que creyera que Emery era débil por haberse enamorado de alguien como yo.

—Tranquilo, que como te dije, el afortunado está muerto. —Hizo una mueca, malinterpretando mi reacción—Si te soy sincero, jamás voy a entender como una mujer como *ella* pudo enamorarse de un chico que no podría vivir una vida por él solo. —Bufó—. Por todos los cielos, tenía Síndrome de Down, ¿puedes creerlo? Ni siquiera puedo empezar a imaginarla con alguien así de retardado.

Ignoré su insulto.

—¿Ella te lo contó? —pregunté curioso.

Dudaba que Emery le hubiera contado algo sobre nosotros.

Su sonrisa desapareció; como lo sospeché.

—No. El infierno sabe que jamás podrás sacarle ninguna información sobre su novio discapacitado.

Me obligué a no reaccionar violentamente; Estaba seguro, de que con mi historial no me podía ir bien ante un juez.

Libertad condicional, recordé.

No podía regresar a la cárcel.

—Mi hermana me lo dijo. Pensando que, al decírmelo, yo desista en tratar de arreglar las cosas con ella, pero Coroline no entiende que la amo, yo por ella...

—Te agradezco por la información no solicitada. —Corté a raya su penoso discurso.

Si la hubiera amado como asegura, no la hubiera engañado.

En el amor no había un área gris; eres blanco o negro fin de la discusión.

En pocas palabras: Amabas de verdad o sencillamente no.

—Te recomiendo que juntes tu desastre y trates de seguir adelante. —Di un paso hacia él—. Está claro que ella no te quiere y jamás lo hará. No después de lo que le dijiste esta noche. —Cuadró sus hombros— No sé tú,

pero de donde yo vengo, a las mujeres jamás se les falta el respeto de la forma en la que tú lo has hecho esta noche.

Presiono mi pecho contra el suyo.

—Un verdadero caballero demuestra lo que vale, cuando a pesar del rechazo que sufre por la mujer que ama, sigue tratándola con respeto y admiración; aunque, quizá, en el fondo ella no se lo merezca.

—Tranquilo. —Retrocedió dos pasos con sus manos en el aire—. Solo quería evitar que otro infeliz «*Muerda el polvo*» —dijo con sorna mientras me daba la espalda y se alejaba.

Como si recordara algo, se detuvo con la puerta abierta.

—No olvides lo que te he dicho esta noche: Podrás esforzarte todo lo que quieras y tratar de impresionarla... —Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro —Pero jamás serás *Lucas Blakely*.

Le regresé la sonrisa mientras le decía:

—Y, sí me permites, yo también te voy a dar un consejo —Sus ojos se volvieron desconfiados—. Si deseas que algún día, alguien te ame de la misma manera en que Emery hace con su novio discapacitado, deberías mejorar tu trato hacia ellas.

» Solo así, tal vez, en algún momento en tu vida, una mujer te entregara su corazón de tal manera que cuando la vida te arranque de su lado, ella se sentirá *así* de triste y perdida como se siente Emery. Ese día, vas a saber lo que se siente ser amado de verdad. Y solo entonces, podrás sentir que ha valido la pena el tiempo que compartieron juntos mientras estuviste con vida.

UNA TIERNA Y DULCE SOLEDAD

EMERY

Me despierto agitada y sudorosa: Una sombra a mi derecha me hace dar un respingo; al principio creo que es Lucas, pero cuando mi visión se aclara, veo que es Blair.

Ella me sonrío mientras se acerca hacia mí, y extiende su mano hacia la mía; para sorpresa de ella, la acepto.

Con la calidez de su mano sobre la mía, permito que mi respiración salga a trompicones de mi pecho.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero la luz que se filtra por la ventana me indicaba que era de día.

Sonreí cuando ella se sentó frente a mí, sus manos me soltaron y empezaron a moverse despacio:

—*¿Cómo te sientes?*

Las pesadillas eran las peores: suspiré mientras meditaba sí decirle la verdad o no.

Jamás me había sentado frente a nadie a hablar abiertamente sobre mis sentimientos al perder a mi pequeña hija; se me daba bien evitar cualquier tipo de intervención.

Pero por una vez, decidí decirle la verdad: después de todo, era Blair quien estaba segura había estado cuidando de mí, todo el tiempo que permanecí dormida.

Tenía la sospecha de que habían sido más de un día.

—Como se sentiría cualquier mujer después de revivir la muerte de su bebé.

Asiente, y me ofrece una tímida sonrisa.

—*Fue muy doloroso que la pequeña Lucy partiera de este mundo de la forma en que lo hizo, y está bien pensar en ella, recordarla mientras estuvo junto a nosotros. Eso hace que aun esté viva en nuestros corazones.*

Mis ojos se llenan de lágrimas, por el peso de su comprensión.

Si era sincera, estaba esperando que empezara a censurarme por tomar pastillas para dormir.

Me aclaré la garganta.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Miré hacía la ventana de mi habitación.

Un precioso sol se alzaba sobre toda la ciudad de New York; al menos hoy no ha llovido.

Regresé mi mirada hacía mi mejor amiga.

—*No te preocupes.* —Se encogió de hombros mientras su sonrisa se hace más grande—. *Solo has estado fuera un día. Y no ha pasado nada que merezca la pena ser mencionado.*

Asentí entendiendo su indirecta; Jensen, quizá, había venido y habría hecho su regular drama de querer a hablar conmigo.

Pero eso jamás pasaría, mientras esté de guardia Blair; él sentía cierto respeto hacia ella; cosa que era muy extraño, considerando el gran cretino que era con otras personas que tenían discapacidades.

Tenía que recordar que ellos se conocían desde hace mucho tiempo, por lo que, quizá, solo era eso.

Una pequeña voz me susurró que había algo más ocurriendo ahí, pero estaba muy cansada como para empezar a cuestionar la amistad de estos dos.

Me apoyé contra la cabecera de mi cama y cerré los ojos; la mano de Blair se apretó sobre la mía, y suspiré.

Sentía una vergüenza enorme de ver a Ian; no quería ni imaginar lo que él estaría pensando sobre mí.

A estas alturas no lo culparía por creer que era una total hipócrita por haberme enojado con él, por no haber compartido conmigo su historia sobre sus antecedentes, cuando claramente, mi pasado no era un jardín de rosas.

Podía recordar su expresión furiosa, cuando mi exnovio empezó a acusarme.

El problema era que, Jensen tenía toda la razón al sentirse enojado conmigo.

Yo había sido quien decidió tomar las pastillas aquel día, sin darme cuenta, que, en su lugar, había ingerido las equivocadas.

Había confundido mis pastillas para dormir con un fuerte antidepresivo, que había provocado un parto prematuro y que mi pequeña hija sufriera un paro cardiorrespiratorio.

Yo era la única responsable de que nuestra pequeña hija había muerto ese día.

Mi negligencia le costó su oportunidad de ser padre; de sostener a su pequeña bebé y escucharla llamarlo un día...*papá*.

«Un hermoso ángel que nació dormido; ahora tienes un ser precioso que cuidará de ti, eternamente desde el cielo» dijo una enfermera tratando de consolarme, durante la semana que permanecí hospitalizada.

Pero no importaba lo que dijera aquella amable mujer, sin lugar a duda, yo siempre sería la culpable de extinguir la bella luz de nuestra inocente hija.

Nadie más tenía la responsabilidad de haberla cuidado toda la vida, pero... le fallé.

Y eso jamás cambiaría.

UN TORRENTE DE AMOR

EMERY

Me detuve en la puerta del edificio donde recibía mis clases y miré hacia la salida; era lunes y aun la lluvia no se detenía.

—Parece que hoy, tú sexy galán no va a parecer —gimoteó enojada Stacy a mi lado—Con lo que disfruto de ver su cara y cuerpo, antes de llegar a casa y ver la panza de cervecero de mi esposo.

Empecé a reír por su disparate.

—Ya te dije, solo somos amigos.

Ella me miró de reojo: No me creía.

—Por supuesto, lo que tú digas. —Una sonrisa astuta adornó su rostro mientras miraba tras de mí—. Pero bueno, al parecer hoy se ha superado el mismo.

Miré hacia donde ella tenía la mirada puesta y casi caigo sobre mi trasero.

Era Ian, caminando bajo la lluvia, sosteniendo un enorme paraguas rojo; luciendo mucho más hermoso de lo que recordaba.

Su rostro tenía una sexy barba, que lo hacía lucir tan sensual y peligroso.

Sentí mis labios resecos.

Vestía su tradicional chaqueta y camisa negra, que se aferraba a sus hombros anchos; un pantalón gris oscuro hacía contraste con sus pesadas botas negra: sus hermosos ojos negros se iluminaron y brillaron de felicidad cuando me divisó refugiada en la puerta de la facultad.

Caminó aún más decidido hacia nosotras.

Sentí las comisuras de mi boca elevarse y regresarle la sonrisa.

—Si, claro, solo amigos. —Bufo incrédulamente Stacy mientras suspiraba apoyándose a mi costado—Juro que si no le hechas el guate pronto, voy a pedir el divorcio y yo misma me comprometo a robártelo. Ese hombre

ni siquiera recordará tu nombre después de que lo someta a mi intenso y loco amor.

Una carcajada abandonó mi garganta con la declaración de mi loca amiga; la sonrisa de Ian se hizo más grande y preciosa.

Sí, definitivamente hoy se lo veía especialmente hermoso.

—Dime por favor que has pensado en seguir mi consejo y aprovecharte de él en cualquier callejón oscuro y solitario que tengas en frente.

Negué con la cabeza, le di un codazo disimulado cuando la enorme figura de Ian se cernió sobre nosotras.

Rogué al cielo, que mi guapo amigo no haya escuchado la última parte; si era así, bien podría morir de la vergüenza.

—Bueno, yo ya me iba —dijo aceleradamente Stacy mientras daba varios pasos atrás.

—Gusto en verte, Stacy. —Saludó educadamente Ian; su voz era aún más profunda: mi piel se erizó—. Una pena que ya tengas que irte.

—Sí, una total pena —murmuró débilmente, mientras que con su mirada recorría su rostro.

Mis mejillas se ruborizan cuando los ojos de mi indiscreta amiga caen al pecho de Ian; la escucho aspirar aire entre diente cuando sus ojos se percatan del indicio de tatuaje que tiene cerca de la clavícula.

—Bueno, Stacy, cuídate y mañana nos vemos. Saluda a tu esposo de mi parte —Agarró la mano de Ian y nos giramos para enfrentar la lluvia.

Ian enseguida abre el paraguas y nos cubre con él; su risa me hace mirarlo mientras empezamos nuestra caminata.

—Ha sido interesante. —Miro a sus hermosos ojos verdes—. Ella realmente me ha hecho sentir incómodo, si te soy sincero.

Asiento comprendiendo perfectamente a que se refiere.

—No te preocupes por Stacy, ella es inofensiva —miento descaradamente.

El enarca una tupida ceja en mi dirección: No está de acuerdo.

—Hoy no traje mi auto —informo mientras pasamos el amplio estacionamiento—. No ha querido encender desde hace varios días, he decidido que pronto lo voy a llevar al taller.

—Mi mejor amigo Draco, es mecánico, si quieres, puedo pedirle que le eche un ojo y vea que le sucede. —Su sincera sonrisa calienta mi estomago—. Es muy bueno en su trabajo. No te preocupes.

—Por supuesto, te lo agradezco.

Su mano se aprieta en la mía, y eso me hace recordar que vamos tomados de la mano.

Mis mejillas se sienten calientes mientras trato de soltar su mano, pero el afianza el agarre en su lugar.

Correcto.

Entonces, tomados de la mano será.

El resto del camino hasta el metro, conversamos de muchas cosas, y me siento aliviada cuando él no saca el tema sobre el pequeño incidente del viernes con Jensen.

Acordamos ir a comer burritos a nuestro local favorito; sí, lo sé, loco que tengamos ya un puesto favorito, pero con Ian todo se siente normal, como si lo estuviera a haciendo con un viejo amigo.

Casi como si lo estuviera a haciendo con Lucas.

BESOS QUE ROBAN EL ALMA

LUCAS

Esta noche había decidido que sería la indicada para confesarle a Emery sobre mi verdadera identidad; pero esos planes fueron rápidamente olvidados cuando al salir del elevador, ella me arrimó contra la pared posterior del pasillo.

Su cálido cuerpo se moldeó al mío y sentí su corazón latir aceleradamente.

Esto realmente estaba pasando.

—¿Dime que piensas cuando me ves, Ian?

Mi respiración quedó trabada en mi garganta cuando su cálido aliento cayó sobre mis labios entreabiertos.

—Quiero saber, quiero entender como alguien como tú, tan...tan — suspiró mientras cerraba los ojos—, ya sabes a que me refiero.

Negué confundido; entre su cuerpo amoldado firmemente al mío, poco dejaba que mi cabeza pudiera pensar correctamente.

Soltó una risa.

—¿Cuántas novias has tenido, Ian? Y por favor no me mientas...

La interrumpí inmediatamente, pidiéndole algo que jamás había sido capaz de experimentar; además, no sabía cómo contestar esa pregunta sin soltarle toda la verdad.

—Quiero que tú seas mi primer beso —le confieso, poseído por el calor que siento en mi pecho.

Tenerla entre mis brazos, era mucho mejor de lo que alguna vez imaginé. Se sentía poderoso; se sentía correcto.

Sus ojos se encontraron con los míos, y parpadeo varias veces como tratando de darle sentido a mi declaración: Sus cálidas manos acunaron mi rostro.

—Estas diciendo... ¿Qué nunca has tenido una novia? ¿Qué jamás has

besado a una chica? —Asiento incapaz de controlar el sonrojo de mis mejillas.

Una tierna sonrisa tira de las comisuras de sus delicados labios.

—Voy a seguirte la corriente, pero y la chica de la que me hablaste. Aquella que tenía tu corazón... ¿Qué hay con ella?

Me encogí de hombros.

—En ese momento el tiempo no estaba de nuestro lado.

Suspiró cerrando sus ojos cuando mis manos se apretaron en su cintura; Su cálido aliento mentolado revoloteaba sobre mi rostro.

Tomé su gesto como una invitación a cumplir con uno de mis mayores deseos y antes de que ella por alguna extraña razón decidiera que no quería concederme ese deseo, cerní mis labios temblorosos sobre los de ella.

Mi corazón empezó una maratón cuando ella se alejó; me sentí avergonzado por mi arrebató, abrí la boca para disculparme, pero Emery me sorprendió cuando acortó la distancia y sus labios tomaron posesión de los míos.

Fue la mejor cosa que alguna vez haya sentido; era como si la fricción de nuestros labios creara una corriente que tenía mi piel erizada, anhelando más.

Mi mano derecha viajó inmediatamente al rostro de ella y lo sostuve ahí; deseaba que este beso durara para siempre.

Mi mano izquierda rozó la pequeña parte descubierta de su vientre y un largo gemido brotó su garganta.

gimió en mi boca otra vez y sentí la calidez de su aliento cuando este abandono su boca; creí que se alejaría, pero en su lugar, sus manos se afianzaron en mis mejillas; sus manos buscaban desesperadas ser capaces de acercar mi rostro más al de ella.

Podía sentir su corazón latir como loco; sabía que ella estaba sintiendo las mismas cosas que yo y eso envió un frenesí por todo mi cuerpo.

Relajé mis hombros y le permití tomar todo lo que deseara. Le debía tantos besos, que estaba seguro de que el tiempo jamás sería el suficiente para compensar la cada uno de ellos.

Le debía horas de risas y momentos felices; recuerdos nuevos que opaquen los tristes momentos que la acosaban todos los días.

Amé cada segundo mientras que duró nuestro primer beso; fue mucho más perfecto de lo que alguna vez hubiera sido capaz imaginar.

Y este beso solo había corroborado lo que siempre supe: «Ella era mía y yo era suyo para toda la eternidad».

Sentí una profunda pérdida cuando sus labios abandonaron los míos, sus ojos revolotearon abiertos y se relamió los labios; lucían rojos e hinchados.

Ella se veía *perfecta*.

Disfruté de la vista, porque era como ver a un hermoso ángel emerger de las profundidades.

Sus mejillas estaban sonrojadas y su pecho subía y bajaba, abrió sus ojos lentamente; la mirada de felicidad que me dedicó casi me puso de rodillas.

Fue como un bálsamo para mi alma; dejó descansar su frente con la mía mientras que dejaba escapar un largo suspiro feliz.

Mi respiración se hizo dificultosa; el momento había llegado.

—Te amo Emery Green —susurré mientras rozaba mis labios suavemente sobre los de ella—. Y hay algo que debo decirte... algo que he deseado a hacerlo desde hace mucho tiempo.

Su mirada titubeo, pero asintió mientras permitía que mis labios hicieran su lento camino.

—Pero prométeme, que vas a darme la oportunidad para explicarlo; que tendrás la mente abierta.

Ella asintió sonriendo mientras buscaba en mis ojos alguna pista; mi voz tembló un poco.

—Quizá te suene loco, pero yo soy Lucas...

Su cuerpo se tensó con mis palabras y sus ojos empezaron a llenarse con lágrimas no derramadas; negó con la cabeza mientras empezaba alejarse.

Mi corazón cayó.

—¿Qué...? —Su garganta hizo un extraño ruido como de asfixia—. ¿Qué...qué dices?

Su cuerpo empezó a temblar violentamente; extendí mis brazos para atraerla hacia mí, pero ella se resistió envolviendo sus brazos de manera protectora alrededor de su cintura.

—¿Por qué haces esto? —Negó con la cabeza —¿Por qué dices eso? — Su mirada se tornó turbia y llena de ira—. ¿Sabes lo que estás diciendo? — gritó furiosa alejándose considerablemente de mí.

Miré hacia la puerta de su departamento; esto no iba según mis expectativas.

—Tienes que tranquilizarte, Emery —pedí nerviosamente—. Tienes que confiar en mi...solo deja que te explique...

—¿Es acaso esta una broma? —preguntó enojada cruzándose de brazo—. Creíste que, diciéndome semejante tontería, ¿yo te iba a corresponder? ¿Yo

iba a caer rendida a tus pies?

Fruncí el ceño al comprender que había hecho mal esperar tanto tiempo; mis detalles no habían hecho más que confundirla y darle la impresión equivocada.

—Emery, por favor...

Una risa amarga abandono sus labios; Vi con impotencia como rápidamente se convirtió en la mujer que había perdido al amor de su vida: Que había tenido que lidiar con mi prematura muerte.

—Eso es lo más enfermo que diría una persona. —Se burló—. ¿Tienes idea de lo que eso me hace? —Ahogó un gemido mientras golpeaba con fuerza su pecho.

—Tenía que haber escuchado a Caroline, cuando me contó acerca de tu pasado. —Soltó una risa amarga, mientras se limpiaba con furia las lágrimas de sus ojos—. Solo eres un adicto enfermo buscando estafar a costa del dolor de otros. Y eres mucho peor de lo que alguna vez podría haber imaginado.

Se giró y empezó a alejarse rápidamente de mí; el pánico me hizo su presa.

—Si tuvieras un deseo, que sabes que hará realidad...Dime, Emery... mírame a los ojos y contéstame...

Eso detuvo su retirada; su cuerpo paralizado completamente.

—¿Qué pedirías?

Podía ver sus hombros sacudirse por su llanto; todo esto estaba mal.

—Mírame, Emery. *¡Estoy aquí!* —golpeé mi pecho como ella la había hecho hace solo poco segundo.

Me sentía desesperado; podía sentir la oportunidad escurriéndose de mis manos.

—Soy yo...—en lugar de voltearse a contestarme empezó a correr hacia el departamento.

Me apresuré a seguirla, ella metió sus llaves en el cerrojo y para mi mala suerte esta se abrió rápidamente; llegué justo a tiempo cuando estaba a punto de cerrar la puerta; detuve la puerta con mi peso.

Apenas una pequeña hendija pequeña donde podía ver su rostro bañado en lágrimas.

—Tienes que creerme... —supliqué.

Tomé una profunda respiración tratando de recuperar el aliento.

—Soy Lucas...tú *Lucas* —susurré, deseando que me creyera. Que me diera una oportunidad.

Noté una palidez en su semblante que antes no estaba; lo había echado a perder; su palidez era aún más visible.

Apoyó su frente contra el marco de la puerta, sus hombros temblaban por el llanto; me rompió el corazón.

Lucia tan rota; tan destruida.

Me daba pavor perderla, quería que me diera la oportunidad de sentarme frente a ella y demostrarle que no mentía.

—Me encantaría tanto creerte... —retrocedí un poco cuando su adolorida mirada se encontró con la mía; lágrimas llenaron sus ojos. —Pero la vida jamás le haría semejante regalo... *a una persona como yo.*

Una lágrima se desprendió de mi ojo la puerta se cerró silenciosamente frente a mí.

El significado de sus palabras hizo su profundo recorrido en todo mi ser; cerré los ojos y caminé hacia la puerta y dije en voz alta. Porque estaba seguro de que estaba apoyada a ella mientras que lloraba.

—No me interesa si estas rotas —confesé—. No he venido a *repararte*, porque sencillamente no hay nada que arreglar. —Suspiré pesadamente mientras abría los ojos y miraba fijamente a la madera—. Para mí, tú estás perfecta... tal como eres.

Y era verdad: Jamás quise cambiarla, aun cuando sabía sobre sus errores; el amor que sentía por ella solo ha ido crecido con el pasar del tiempo.

Y estaba seguro de que nunca dejaría de amarla.

DESTINO

LUCAS

Melisa había tenido mucha razón; no se había equivocado.

En mi desesperado intento de recuperar a Emery, solo había terminado confundiéndola.

Ahora ella creía que yo solo había estado interpretando un papel, con el fin de estafarla.

Para lastimarla.

Golpeo mi cabeza contra la pared: estoy sentado frente a la puerta del apartamento de Emery.

He venido a dejarle varias notas al día durante estas dos últimas semanas; No sé si las habrá recibido o lo más importante leído; esperaba que al menos lo hubiera hecho para que sepa que en realidad era yo.

La he estado esperando fuera de su clase; cada día sin suerte.

Al principio, pensé que ella estaba evadiéndome, pero hoy Stacy se me acercó y notificó que realmente Emery tenía casi dos semanas sin asistir.

Y, que, si no asistía pronto, iba a reprobar también esa materia: *Y todo por mi culpa.*

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —pregunta molesta Melisa mientras se paseaba por el pasillo frente a mí.

Llegó hace dos horas; ella realmente se ve enojada.

—Puedes irte si quieres. —ofrezco gentilmente.

Niega con la cabeza, viéndose ofuscada por mi sugerencia.

—No confié en ti vagando solo por esta ciudad. —Niega con la cabeza—. Aun eres demasiado ingenuo. Cualquier cosa podría sucederte. —Sonríe tristemente—. La ciudad de New York no es para personas como tú, ya te lo dije.

No contesté, porque tenía razón.

Estaba agradecido, porque sin ella, estos últimos años hubieran sido un

infierno; amaba con todo mi corazón a esta hermana que la vida me había regalado.

—Recuerdas que tienes una tienda de tatuaje que dirigir, ¿verdad?

—Por eso te tengo a ti. —Sonreí cuando puso los ojos en blanco—. Está a tu nombre después de todo. —Ella hizo un ademán con la mano, restándole importancia—. No me necesitas ahí para eso, cuando ni siquiera puedo dibujar una casita, aunque mi vida dependiera de ello.

Bufa enojada.

—¿Has considerado que tal vez ella nunca te crea? —Se detiene frente a mí; sus ojos lucen tristes y decepcionados—. ¿Qué harás si eso sucede? Solo digo: ¡No puedes paralizar tu vida, por una mujer! ¡Eso sería ridículo!

Niego con la cabeza.

—El fracaso jamás ha sido una opción. No voy a abandonarla —enfático—. Aunque me tome años demostrarle que soy quien digo ser, es solo cuestión de perseverancia: Ella es Emery Green; Mi perfecta Emery Green, ¿lo entiendes? No hay otra mujer para mi allá afuera.

Un denso silencio cae a nuestro alrededor; sin decir una palabra se deja caer a mi lado: sus piernas estiradas frente a ella; sonrío cuando mis ojos se detienen en sus zapatillas de deporte color rojo.

Su silencio me preocupa, así que la miro a la cara: Tiene la cabeza gacha y jugueteaba con el cierre de su chompa.

Sus manos tiemblan.

—Que ocurre? —le pregunto colocando mi mano sobre la de ella.

Inmediatamente su jugueteo se detiene, pero no levanta la mirada.

Luego de unos segundos deja escapar un fuerte suspiro de sus labios.

—Estoy pensando, en que debe de ser lo más bonito que te puede pasar —Hace una pausa considerando sus siguientes palabras—, que una persona te ame así. *De esa manera.*

Una sonrisa triste aparece en su delicado rostro; mi estomago hace un pequeño salto.

—Que esa persona regrese de la muerte y te vuelva a elegir. Cuando puede elegir vivir una vida diferente; con la posibilidad de amar a otra persona que no tenga tus defectos. —Su sonrisa desaparece mientras sus manos se envuelven en el pequeño pasador y lo estira hacia adelante—. Que sea mejor de lo que fuiste y que quizá, un día serás.

No digo nada, mientras proceso el verdadero significado de sus palabras; suelta una pequeña risa cansada.

—Aun cuando estas a tiempo de seguir con tu vida. Tú harás todo lo posible por recuperarla. Y mientras estoy sentada aquí junto a ti, solo puedo pensar una y otra vez: Que ha de ser la cosa más bonita y perfecta que pudiera sucederte.

Toma mi mano y la aprieta fuerte; estoy seguro de que ahora ella está pensando en Draco.

—Emery Green, es la chica más afortunada sobre la tierra —susurra, apretando fuertemente mi mano— Y lo más triste...es que aún no se ha dado cuenta.

Sus palabras traen una sonrisa a mi cara.

—El que yo regresará de la muerte y la buscare, no es la cosa más increíble que nos ha sucedido.

Mi declaración la confunde, porque su ceño se frunce; en lugar de mirar a mi hermana, miró fijamente hacia la puerta que me separa de la mujer que amo.

—Que ella, se hubiera enamorado del chico raro del pueblo; eso definitivamente fue lo más espectacular y maravilloso que pudo habernos pasado. —La mano de Melisa se aprieta sobre la mía—. Me amó cuando yo no era nadie. Cuando muchos solo se referían a mi como el fenómeno del pueblo y deseaban permanecer lo más lejos por miedo a que les contagiara mi discapacidad...

—Lucas...—empieza a decir, pero yo continuo; la mujer junto a mí necesita entender cuan profundos son los sentimientos de Emery hacia mí.

—Me amó cuando ni siquiera yo creía que eso sería posible; lo hizo sin dudar a pesar de que yo pensaba que iba a morir sin conocer lo que era ser amado con esa intensidad.

Luego de unos segundos mi hermana se aclara la garganta.

—No la vas a abandonar, ¿verdad?

Niego con la cabeza, sonriendo dulcemente.

—La amo lo suficiente, como para luchar contra ella si ese es el caso. Pero de que va a terminar conmigo, viviendo «*nuestro felices*» para siempre... —Mi mirada se encuentra con la de mi hermana—, es una promesa. Y sabes muy bien que yo jamás rompo mis promesas.

Su cabeza cae sobre mi hombro mientras susurra:

—Algún día me gustaría que alguien me amara con esa intensidad — confesó; siento sus lágrimas caer sobre mi camisa.

Asiento mientras acerco su mano a mi pecho.

—Estoy seguro de que ya existe alguien que lo está haciendo; es solo que, a él, le está costando un poco encontrar su camino hacia ti.

Su cabeza se movió lo suficiente y me miró.

—Pero tienes que estar segura de que eso es lo que realmente quieres, porque a veces el amor, viene lleno de cicatrices y arrastrando un gran dolor. Pero va a llegar, pero cuando eso suceda, tienes que estar preparada, porque quizá, sin pensarlo, te toque pelear ferozmente por *él*.

Estaba seguro de que aquel día, ella iba a demostrar cuan preparada estaba para amar y ser amada por el hombre a quien le pertenecía su corazón.

Solo rezaba para que Draco permitiera que la dulce mujer que lloraba sobre mi hombro llenara su oscuro y solitario mundo de luz.

Una luz que él desesperadamente necesitaba y aun no se daba cuenta lo mucho que lo hacía.

UNA TRISTE POESÍA

EMERY

Tres semanas habían transcurrido sin realmente percatarme de la gravedad de la situación: Jamás había consumido tantas dosis como la había hecho en estos últimos días.

Dormir había quedado en el olvido; al parecer, mi cuerpo había desarrollado cierta resistencia a los fármacos; dos horas eran todo lo que conseguía olvidar.

No quería sentir nada: El dolor era demasiado como para lidiar con él sin estar sedada.

—*Yo soy Lucas...*

Llevé mis manos a mis oídos, tratando de ahogar la voz de Ian.

Nada funcionaba; él no podía ser quien decir ser... ¿verdad?

Aun recordaba perfectamente el día en que murió Lucas; deseaba ferozmente que las pastillas me ayudaran a olvidar todo lo relacionado con Ian y que ayudaran a calmar está angustia, pero, sus palabras solo habían abierto la caja de pandora.

Me hice un ovilló sobre la cama, mientras recordaba todo sobre aquel día en que me di cuenta, de que no importaba a cuantos *santos* rezara, nadie iba a cumplir mi deseo.

Nadie iba a salvar al hombre que amaba.

Llegué al hospital sintiéndome entumecida después de escuchar el mensaje de voz de Isabella donde me actualizaba sobre el estado de Lucas y me decía entre sollozos que su pulmón izquierdo había colapsado y que él estaba en coma.

No lo podía creer.

Ahogo un gemido cuando mi pecho se oprime por el dolor aún vivo por mi perdida.

El sentimiento de impotencia que aun soy capaz de sentir acompañada a

la esperanza muriendo con el paso de cada segundo.

De aquí había solo un camino; uno que no involucraba a Lucas.

Las puertas del elevador se abrieron y trastabillé sobre mis pies, cuando vi a Isabella en medio del pasillo sentada... llorando a todo pulmón, y solo lo supe.

Esta sería la última vez que vería al hombre que amaba.

Que estaría en su presencia y que podría disfrutar de su especial compañía.

Dudé en si era correcto acercarme o no, pero pronto mis pies tomaron la decisión por mí y me vi abandonado el hospital en total silencio.

Caminé por varios minutos hasta llegar al hotel; sentía una urgencia por acostarme en la cama y soñar con los días cuando era pequeña y Lucas era aquel dulce niño que me sonreía dulcemente en la iglesia.

En completo silencio llegué hasta la puerta de nuestra suite, pero mis manos no se movieron para abrir la puerta.

No sé cuánto tiempo pasó cuando por fin mis manos obedecieron e hicieron el trabajo; deslicé suavemente la llave electrónica y la puerta se abrió frente a mí.

Despacio entre en la habitación, me senté en mi cama y sencillamente me quedé pensando en lo hermoso que era Lucas.

En lo injusta que era la vida.

Cerré los ojos y me dejé caer hacia atrás sobre el mullido colchón mientras las primeras lágrimas se rebelaban y empezaban su caída sin fin por mis mejillas.

—Te amo tanto Lucas Blakely, que no tienes ni idea de cuánto daño me hace este adiós —susurre a la habitación vacía.

Respirar se me hizo tarea difícil.

—No quiero estar enojada contigo, lo juro. Pero dime cómo sentirme bien, porque yo sinceramente no sé cómo.

Abrí mis húmedos ojos y me quedé observando la fina decoración del tumbado de la habitación.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero el zumbido constante de mi celular me despertó.

La habitación estaba sumergida en la oscuridad total y apenas la luz de mi celular brindada el brillo suficiente para divisarlo donde lo había dejado; la mesita de noche parecía un lugar muy lejano.

Cerré los ojos mientras llevaba mis rodillas hacia mi pecho y las

apretaba fuerte; un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras empezaba a llorar otra vez.

Él había continuado su camino sin mí.

—Prometiste... —mi celular volvió a vibrar y a emitir el característico sonido de un mensaje de voz y lo supe; el momento había llegado—, que serías lo primero y lo último que vería por el resto de mi vida.

Con tristeza acepté que nadie había escuchado mis oraciones y que Lucas sin proponérselo había roto mi corazón.

Una voz en mis oídos susurró, que todas aquellas promesas las había hecho yo...no Lucas.

UNA TAZA DE CHOCOLATE BIEN CALIENTE
EMERY

Salir de mi habitación había sido difícil.

Fuera de su oscura seguridad me esperaba mis cuatro mejores amigas ansiosas por escuchar una explicación.

Me había lavado el rostro y puesto mi pijama; esperaba verme presentable.

Abrí mi boca para decirles la verdad, pero Kristin amenazó:

—Sin mentiras, Emery. —Sus ojos brillaron enojados—. Queremos la jodida verdad. —Asentí mientras pasaba varias veces mi mano derecha sobre mi muslo cubierto; estaba tan nerviosa—. Ya estamos cansadas de tus tontas mentiras, y de que creas que vamos a dejarte seguir torturando por más tiempo.

Blair se sentó a mi derecha y tomó mis manos; me sentía fría y distinta, pero ya no les iba a mentir.

Blair empezó a mover sus manos; una lagrima rodó por mi mejilla

—*Te amamos.*

Ella acercó sus cálidas y pequeñas manos a mi rostro y secó mis lágrimas; sonrió mientras señaló a todas las chicas y hacía varias señas diferente.

—*Y estamos muy preocupadas por ti.*

Asentí comprendiendo la magnitud de la situación; mi corazón empezó a tartamudear en mi pecho.

Caroline se sentó frente a mí y me dio un pequeño apretón en mi pierna

Mi garganta se sentía llena de púas, mientras empujaba las palabras a salir de ella; pronto me vi rodeada de todas mis mejores amigas, todas tocaban una parte de mi cuerpo y jamás me había sentido tan reconfortada.

Respiré profundamente y exhalé despacio.

—En mi pueblo —tragué saliva mirando mis pies —vivía un chico. —

Sonreí tristemente recordando el rostro risueño de Lucas—. Era el chico más extraño que había visto en toda mi vida...—Mi voz se rompió. —Y me enamoré perdidamente de él.

UN PEQUEÑO RESPIRO

EMERY

Hablar de Lucas había sido liberador; aun me temblaban las manos.

—Entonces este chico Ian, dice que es Lucas, tu novio muerto

Inquirió pensativamente Jane, sentándose en la barra del desayunador.

—Sí —murmuré distraídamente.

—¿Y tú le crees? —preguntó con cautela.

Negué lentamente mientras sorbía mi te de menta; consejo de Kristin que había descubierto en su último viaje al extranjero, que beberlo, te hacía sentir relajada.

Con esta, ya llevaba cerca de treinta tazas bebiendo y aun no sentía la magia.

—Interesante —Suspiró entrelazando sus manos frente a ella—. No estoy diciendo que sea mentira, pero ¿cuántas probabilidades existen realmente de que algo así suceda?

Me encogí de hombros.

—Solo...no quiero pensar en eso o... en él.

Sus mejillas enrojecieron.

—Discúlpame, yo no quería...—Coloqué mi mano sobre la de ella y le sonreí.

—No te preocupes. Voy a ir a recostar, —Bostecé—. Siento que al fin esta bebida está haciendo efecto.

Ella asintió y le dio un apretón a mi mano.

Caminé despacio hasta mi habitación, abrí mi puerta justo cuando la puerta del cuarto de Blair se abría.

Su largo cabello oscuro estaba recogido en una sencilla cola y su rostro libre de maquillaje; jamás la había visto tan hermosa.

Ella poseía esa belleza sutil y sublime que parecía sacada de un cuento de hadas.

Pero lo que más deslumbraba, era su belleza interior; ella era sencillamente preciosa.

Sonreí cuando se acercó.

—Voy a dormir, al parecer, al fin el consejo de Kristin está dando resultado.

Asintió y extendió unos papelitos de varios colores hacia mí; los tomé imaginado que sería cualquier cosa, pero mi corazón cayó a mis pies cuando divisé la singular caligrafía.

No podía ser posible...

Mis manos empezaron a temblar, mis ojos llenándose de lágrimas y sintiendo débil las rodillas.

Ella tocó suavemente mi antebrazo; levanté mi mirada.

¿Qué significaba esto?

Sus manos empezaron a moverse suavemente.

—Estos papelitos han estado llegando desde hace tres semanas, a la misma hora. —Se encogió de hombros—. Al principio, no sabía para quien iban dirigidas, hasta ayer, cuando decidiste abrir tu corazón y contarnos sobre este adorable niño y sus peculiares y preciosas notitas que dejaba en tu casillero hasta que se graduaron.

Sonrió tiernamente mientras acariciaba mi rostro.

Sus manos volvieron a moverse, mientras que una solitaria lagrima rodó por su mejilla.

—Ahora sé que son para ti. —Sus ojos brillaron de felicidad—. Tú eres la afortunada.

IMPOSIBLES

EMERY

Coloqué suavemente las pequeñas notas sobre mi cama y las miré fijamente esperando que desaparecieran por arte de magia, pero al cabo de varios segundos... seguían *ahí*.

Suspiré mientras me levantaba de la cama y caminaba hacia mi closet y abría la puerta; en la repisa superior se encontraba una caja de cartón grande.

Me puse de puntillas como tantas veces había hecho en estos últimos años y suavemente la jalé hacia mí.

Cuando la apoyé en mi pecho y sostuve entre mis brazos, sentí que su peso había duplicado; sabía que solo era mi nerviosismo.

Caminé de regreso y me senté en la cama muy lejos de las notas que me había entregado Blair, y coloqué la enorme caja frente a mí.

La miré por varios segundos.

Mi corazón se agitó con la infinidad de suposiciones; respiré profundamente mientras retiraba lentamente la tapa de cartón y en seguida una mujer diferente me devolvió la mirada.

Ella lucía feliz y enamorada con la cabeza sobre el hombre que amaba; cuando aún no se imaginaba que el amor dolía demasiado.

La vieja foto estaba algo desgastada, pero la esencia se sentía tan viva.

Sonreí mientras la tomaba entre mis manos: Él aún reflejaba aquella paz que he deseado ser capaz de volver a sentir en estos últimos años.

Coloqué nuestra fotografía a mi costado y un pesado suspiro abandonó mi garganta cuando mis ojos volvieron a su interior: toda la caja estaba llena de papelitos de colores.

Lagrimas empezaron a caer: Estas eran todas las pequeñas notas que pertenecían a un hombre que había sido mi todo por un largo tiempo.

Estaban intactas, algunas estaban algo arrugadas, pero eran porque a veces las sacaba para sentarme y leer; tenía varias que eran mis favoritas,

aunque todas eran especiales.

Para lo que tenía planeado a hacer solo necesitaba una; tomé la primera que sintieron mis dedos.

A este punto estaba segura de que en cualquier momento iba a sufrir un paro cardíaco.

Mi mente estaba dividida: Una gran parte deseaba que fuera toda una mentira, que aquellas notas que me entregó mi mejor amiga solo fueran una vil imitación por parte de un hombre sin escrúpulos que quería aprovecharse de mí; pero, otra parte muy pequeña que se volvía loca con la posibilidad de verlo otra vez ansiaba que fuera verdad.

De tener la oportunidad de sentir todo lo que una vez fui capaz de vivir; y solo... recuperar al hombre que amaba.

Distraídamente tomé a su vez una de las notas recién entregadas y las dos las puse frente a mis ojos y se necesitó solo dos segundos para que mi mente aceptara lo que era la *verdad* y mis pies se pusieran en marcha.

Lo imposible se había vuelto realidad frente a mis ojos.

Mi corazón a punto de sufrir un ataque: *Él realmente estaba aquí.*

Lucas...

LA FIRME CONVICCIÓN DE NO DECIR ADIÓS

LUCAS

Alex llegó una hora después, cuando ya estaba listo para empezar a trepar las paredes si no recibía pronto noticias sobre el estado de Emery.

¿Cómo es que las cosas habían terminado de esta manera?

—Vine lo más pronto que pude —dijo calmadamente mientras nos encontrábamos en la sala de espera y nos abrazábamos.

Me miró a los ojos y vio mi miedo.

—Tienes que estar tranquilo. —Colocó su mano sobre mi hombro y le dio un apretón—. Ella va a estar bien. No sé bien que sucedió, pero ya bien en camino Blair, quien fue la última persona con las que *habló* antes del... *accidente*.

Fruncí el ceño por su vacilación; ignoró mi obvio malestar por su incredulidad y continuo con las actualizaciones:

—Hablé por teléfono con el director de la clínica y ha sido trasladada a la Unidad de cuidados intensivos. —Sus rasgos se llenaron de tristeza y suspiró pesadamente—. Sus quemaduras son de primer y segundo grado; gran parte del lado izquierdo de su rostro fue el que sufrió mayor daño.

Asentí conteniendo las ganas de correr y entrar a la fuerza para estar a su lado.

Me imaginaba lo asustada que debió sentirse cuando el auto empezó a incendiarse con ella dentro; yo creía firmemente que fue un accidente, pero podía ver la duda reflejada en los ojos de mi mejor amigo.

Creían que ella había intentado a hacer pasar su intento de suicidio como un desafortunado accidente.

Pero yo sabía la verdad: Ese auto necesitaba serías reparaciones y no dudaba ni por un minuto que ella quedó atrapada dentro de el, cuando la puerta no había deseado abrir, como aseguraron algunos testigos que

presenciaron el accidente.

Perdí la cuenta de cuantas veces tuve que ayudarla abrir aquella puerta para que pudiera entrar e ir a su apartamento; cuantas veces hablamos sobre enviarlo a revisar.

Cuantas oportunidades tuve de poder evitar esta situación.

Eran las diez de la noche cuando recibí la llamada de Alex para contarme sobre el «accidente»; eran las tres de la madrugada y aun no salía nadie con noticias sobre su estado.

Me sentía culpable de que ella hoy estuviera herida.

Alex se acercó a la recepción y habló unos segundos con la enfermera de turno.

Ella le señaló una dirección y él le agradeció.

—Ella está fuera de peligro por lo que ha sido trasladada al área de quemados que está en el quinto piso—explicó deteniéndose frente a mí—. Va a llamar a la doctora de turno para que nos espere en la recepción y nos dé un detalle del estado actual.

No contesté mientras lo seguía hacia los elevadores.

Quería verla inmediatamente, aunque ella estuviera dormida; solo necesitaba ver su pecho subir y bajar para poder tranquilizarme.

Ahora entendía perfectamente lo que ella sintió cuando yo vine a parar a este mismo lugar; irónicamente a este piso en específico.

Presionó el botón plateado en silencio comprendiendo que estaba al borde de perder la razón si no la veía pronto.

Las puertas se abrieron y entré tras de él; presionó rápidamente el pequeño botón con el número cinco y las puertas se cerraron.

El descenso se me hizo eterno; las puertas se abrieron y nos dio la bienvenida una sala de espera en completo silencio.

Aunque había algunas personas sentadas en las sillas negras, el ambiente aquí era sombrío y triste.

Mi piel se erizo: no me gustaba este ambiente de tragedia.

No estaba preparado para enfrentar la muerte de la mujer que amaba; me estremecí cuando recordé que era egoísta por pensar eso ya que la mujer que amaba tuvo que afrontar todo esto sola; al igual que mi madre.

Nos acercamos a la recepción donde la doctora de turno nos esperaba pacientemente.

—Soy Alex Stone y la señorita Emery Green ha sido trasladada a esta área a consecuencia de un desafortunado accidente.

La doctora asintió mientras rodeaba el pequeño escritorio y quedaba frente a nosotros.

Era una doctora de mediana edad: cabello rubio y penetrantes ojos azules.

—Soy la doctora Garret —se presentó formalmente; su voz cálida y tranquila—. La paciente...—revisó su tablero y sonrió. Yo no veía nada por lo cual sonreír—, está sedada en estos momentos. —Miró a mi mejor amigo—. Quisiera saber si tiene unos minutos para poder conversar en privado y así comentarle sobre algunos detalles sobre el bienestar de la señorita Green.

Ofreció una sonrisa de disculpa en mi dirección; mi estomago se agitó, abrí la boca lista para refutar su ridícula petición, pero Alex se adelantó.

—Doctora Garret, le presento a Ian Callaghan el prometido de la señorita Emery Green, por lo que siéntase en la libertad de decir todo cuanto desea. La escuchamos atentamente.

Ella asintió.

—Quiero ser absolutamente sincera con ustedes —dijo seriamente—. Encontramos grandes cantidades de *clorbutilcetoanfetamina* y de *trimipramina* en los análisis de sangre que se le realizaron a la señorita Green. Y eso no es todo, los resultados también arrojaron positivo para el uso de fármacos para dormir que hace mucho tiempo salieron de circulación del mercado por sus nocivos efectos sobre la salud.

No tenía ni la menor idea de lo que hablaba; miré a Alex y su visible palidez hizo que mi corazón latiera como loco.

Jamás hubiera imaginado que la situación fuera así de complicada.

—Por lo que me gustaría saber con sinceridad... —sus ojos pierden un poco brillo mientras suelta su pregunta—, ¿estaban al tanto de la severa depresión que sufre la señorita Green y de su uso indiscriminado de estos medicamentos? —interrogó.

Ninguno de los dos hizo ademán de contestar; yo me sentía impactado

—Quiero que recuerden que es la salud de la señorita Green de la que estamos hablando, por lo que, cualquier información que nos puedan proporcionar será para total beneficio de ella... y *solo de ella*.

No sabía que contestar.

Sí, estábamos al tanto de la depresión, pero jamás imaginamos que fuera así de severa: Así de peligrosa.

Alex se aclaró la garganta.

—Estábamos al tanto de su depresión, pero ignorábamos completamente

que consumía toda esa cantidad de antidepresivos y sedantes. —Suspiró—. Hasta donde estaba informado, ella asistía regularmente a sus terapias con un psiquiatra después de la universidad.

Negué con la cabeza y me aclaré la garganta; Alex y la doctora me miran.

—He pasado con ella estas últimas seis semanas y jamás ha mencionado nada sobre ir a alguna reunión. —Arrastro la mano por la cara—. Estoy casi seguro de que ya tiene tiempo que no asiste a dichas reuniones.

Un pesado silencio cae sobre nosotros; no podía creer lo ocupado que había estado tratando en recuperarla que me había olvidado completamente todas las cosas que me había dicho mi mejor amigo.

—Comprendo perfectamente por lo que están pasando —dijo la doctora colocando —Yo misma lo viví con mi madre.

Ella suspiró mientras miraba hacia los otros ocupantes de la habitación; quienes estaban ajenos al infierno que se había desatado dentro de mi mente.

—A veces, no podemos hacer nada para ayudarlos, ellos de alguna u otra forma encontrarán la forma de hacerse daño. De conseguir su cometido —Sus ojos brillaron con simpatía—Eso lo entendí luego del tercer intento de suicidio de mi madre.

—Siento escuchar eso —dijo Alex ofreciendo una pequeña inclinación. —Espero que su madre, ahora ya este mejor.

Ella sonrió tristemente mientras sonreía

—Ahora lo está.

La esperanza revoloteó en mi corazón: si la madre de esta gentil doctora había superado su depresión, la mujer que yo amaba también lo lograría; solo era cuestión de esfuerzo y amor.

—Logró su cometido el 12 de mayo del 2004.

Todo el aire abandonó mis pulmones; Alex se paralizó a mi lado.

—Creo que es justo decir, que no importa cuanta ayuda ustedes le ofrezcan; cuantas veces ella asista a las terapias con un psiquiatra, cuantas veces le sonría y les diga que ya está bien y les prometa que ya no van a intentar quitarse la vida...—Negó distraídamente mientras sus ojos vagaban otra vez por la habitación—, si el deseo no proviene dentro de su mente, todo lo demás solo será una enorme pérdida de tiempo.

—Ellos son los únicos que se pueden salvar. Nadie más...solo ellos.

Sus palabras dejaron un mal sabor de boca; pero ella se equivocaba en algo.

No todas las personas eran iguales; no dudaba que ella había ofrecido todo su amor y apoyo a su madre, pero tristemente se olvidado de lo más importante y es que... ellos no necesitan que les digas lo que tienen que hacer.

Ellos solo necesitan que quien dice que los ama, vaya y se siente a su lado, mientras le toma su mano y acompaña durante el largo camino.

Y Emery me tenía a mí, y yo no estaba preparado aun para renunciar a ella.

Y estaba seguro de que jamás lo estaría.

DIFERENCIAS

LUCAS

Los días siguientes se me hicieron eternos en la sala de espera de la clínica. Ella no aceptó ninguna visita, y mucho menos permitió que yo entrara a verla.

Me sentía angustiado mientras esperaba que en algún momento ella pidiera verme; pero con el pasar de las horas veía muy lejos esa oportunidad.

Alex tuvo que regresar a *North Fruit* para evitar así, que mi madre empezara a sospechar, que malinterpretara toda la situación y que creyera que él tenía una amante.

El rostro de cansancio de Alex mientras se despedía hizo que la culpa cavara un pozo profundo en mi pecho; yo era el causante de que en estos últimos cinco años Alex dejara solo por muchos días a mi madre y hermanos.

—Tenía la esperanza de encontrarte aquí.

Levanté la mirada; Caroline se erguía imponente y segura vestida con un caro traje gris, bolso costoso y tacones de quince centímetros: Era la personalización del éxito y a mí no me podría importar menos.

No contesté.

—Merezco tu frialdad. —Sonrió, inafectada por mi silencio—. Sé que tienes un mal concepto sobre mí. —Bufé por sus palabras; puso los ojos en blanco—. Como sea, solo he venido a decirte que no me disculpo por a haberte enviado a investigar; en ese momento solo pensé que eras un hombre dispuesto a lastimar a la mujer más bella y gentil que he conocido.

Asentí.

He descubierto que que Caroline, pocas veces le interesa saber tu opinión. Ella hace lo que cree que tiene que hacer por cuidar de sus amigas.

—Pero me equivoqué contigo —titubeo—. No eres quien pensé que eras. Su declaración tenía otro significado; la miré confundido.

—Todo cobró sentido cuando sin desearlo escuché la conversación que mantenías con tu hermana en el pasillo.

Me puse pálido; recordaba perfectamente todas las cosas que habíamos hablado ese día.

—Y aunque no creo en cosas místicas o sobrenaturales... —Sonrió de manera sónica mientras se encogía de hombros—, por alguna extraña razón, creo que realmente eres Lucas Blakely.

Sentí que mi pecho iba a explotar.

—Quiero que sepas que hice cuanto pude por cuidarla. Pero, es difícil hacerlo cuando ya se tiene el alma rota.

Mi garganta se siente seca; porque en este punto, no sé, sí se refiere a Emery o a ella misma.

Abra su caro bolso y de su interior extrae un pequeño fajo de sobres blancos que lucen viejos y amarillentos.

—Toma esto. —Se aclara la garganta mientras extiende hacia mi aquellos sobres viejos. Yo solo me limito a mirarlos—. Quizá, dentro de estos sobres, encuentres la solución a esta situación. —Su mano empieza a temblar—. Ella te ama, pero en alguna parte del camino, empezó a odiarte.

Miro a sus ojos; una piedra atravesada en mi garganta, mientras aceptó los sobres.

Me sorprende cuando su mano libre cubre la mía y la aprieta.

—Por tu bien, espero, que no le rompas otra vez el corazón. —Su mirada luce decidida y su voz ha adquirido una fortaleza que antes no tenía—. Porque si lo haces, ninguna fuerza de otro mundo, o lo que sea que te dio otra oportunidad, será capaz de traer otra vez a la vida del lugar donde te voy a enviar —amenaza.

Parpadeo varias veces, pensando que quizá he imaginado la última parte, pero la sonrisa en su rostro me dice que no es así.

Me da un pequeño asentimiento, yo no me muevo mientras la veo darme la espalda, sus tacones repiqueteando en la baldosa brillante del hospital mientras empieza a alejarse de mí.

Miro los sobres, los mismos que se sienten pesados en mis manos.

—¿Alguna vez has pensado que quizá, tardaste mucho tiempo en venir por ella?

Levanto mi mirada, y la descubro de pie esperando el elevador.

Pocas personas esperan aquí en la sala, nadie nos presta atención.

—Tenía asuntos que resolver —contestó sin entrar en detalle.

Da un corto asentimiento, aceptando mi respuesta.

—No te estoy juzgando, pero, no puedo evitar pensar en todas las cosas que hubieran sido diferentes, si hubieras llegado hace unos años atrás. —Niega lentamente—. Es necesario que sepas que tuve mis motivos por los cuales no interferí en su relación con el idiota de mi hermano y decidí guardar silencio cuando descubrí que la engañaba.

Su mirada luce distante mientras ajusta la correa del bolso sobre su hombro.

—Ella era otra cuando supo que estaba embarazada. El amor que sintió en esos meses por su pequeña hija no se puede comparar a nada a lo he visto, por lo que perderla estoy segura de que fue para ella como volver a experimentar tu muerte. —Esta vez, son mis ojos los que se empañan, siento un agudo dolor en el centro de mi pecho. —Eso debilita hasta el espíritu más fuerte.

El elevador se abre silenciosamente y ella entra, cuando se gira para encararme, nuestras miradas buscan un punto intermedio: No lo hay.

Ella baja la mirada mientras las puertas se cierran en silencio.

Me quedo entumecido, por un largo minuto, con la mirada clavada en el elevador.

La diferencia radica, en que morir no fue me decisión, pero, ella siempre tuvo elección, pero no hizo lo correcto.

Por lo que sencillamente no puedo compartir ni aliviar su gran culpa.

Ese día Emery decidió tomar aquellas pastillas, lo que provocó aquel fatal desenlace, pero detrás de todo siempre existirá la responsabilidad de una supuesta mejor amiga que al guardar silencio solo permitió que un hermoso ángel cerrara sus pequeños ojos para siempre.

Luego de un momento, bajo mi mirada a los andrajosos sobres que alguna vez fueron de un perfecto blanco, y las cuento rápidamente: dieciocho cartas.

Distingo la letra delicada de Emery en el reverso de todas ellas.

Me dejó caer en mi silla, y desató el pequeño listón amarillo que las mantiene juntas.

Están ordenadas por fecha, y lucen algo maltratadas y antiguas. Me sorprende cuando leo la dirección a la que han sido enviadas: *Cementerio general de North Fruit*.

Esta vez las lágrimas se desbordan de mis ojos.

Mi corazón empieza a latir de manera atronadora, porque estoy a punto

de enamorarme por tercera vez de la misma mujer.

SOLO TU Y YO

LUCAS

Jamás me había sentido tan perdido como lo estaba en estos momentos.

Es aterrador como me tiemblan las manos mientras retiro la carta del interior del primer sobre que ya estaba abierto y acomodo la pequeña pila de sobres en el asiento vacío a mi derecha.

Abro la carta y su fecha en la parte superior me hace cerrar los ojos: *20 de diciembre, 2019.*

Respirar se me hace complicado.

Querido Lucas,

¡Estoy en New York! ¡¿Puedes creerlo?! Lo sé, es algo loco, pero te juro que es la única solución que encontré para alejarme en estos momentos de mi familia. Puedo ser completamente sincera contigo, y decirte que, ya no siento que pertenezca junto a ellos.

Mejor dicho, no siento que pertenezca a ningún lado.

Este año ha sido el más largo de mi vida. Y quiero que sepas, que no tenerte, me hace sentir de una manera tan...horrible.

Olvida eso último que escribí.

Se supone que esta carta es parte de una terapia, que vi en un programa por YouTube, donde nos daban tips, para poder superar la muerte de un ser querido.

Según explica el psicólogo que sube esos videos, que era bueno escribirles cartas a las personas que amas y que ya no están entre nosotros, como si aun estuvieran vivos. Narrádoles nuestro diario vivir.

Supuestamente que eso te hace sentir más cerca a esa persona y puedo decirte con seguridad, que en algo si ha tenido razón, el corazón me duele menos imaginando que vas a leer esta carta.

Total, esta carta no es para hablar de las cosas negativas, si no, que esta marca el inicio de una interminable fila de cartas que te voy a escribir hasta

vernos otra vez. O, hasta que tu partida ya no duela mucho.

Te amo, y jamás me voy a cansar de decírtelo.

Amo cuando te sonrojabas cuando te lo decía: Amo sencillamente todo de ti.

Feliz Navidad, aunque de feliz no tenga nada.

Espero que todo esté muy bien allá. Pronto empiezo la universidad, y estoy ansiosa de describirte cada mes, como van las cosas. Estoy segura de que estas cartas me van a ayudar a afrontar cualquier problema que tenga, aunque, jamás vaya a recibir una respuesta tuya.

Con amor,

Emery G. Blakely

(Si, lo sé, estoy firmando como si fuera tu esposa, pero no digas nada, déjame imaginarme que así es.)

Posdata: Hoy se cumplen dos años desde tu partida y duele mucho, y no sabes cuánto te echo de menos.

La carta se arruga en mi mano: Respirar se me hace cada vez más complicado, mientras lloro en silencio.

El siguiente sobre, si está sellado. Busco mi navaja en mi bolsillo delantero izquierdo y de un certero y cuidadoso movimiento la abro desde un costado rasgando suavemente el filo superior.

Mis manos se sienten pesadas.

Esta tiene fecha de un mes después.

20 de enero, 2020

Querido Lucas,

Me encantaría que estuvieras aquí en New York, porque la ciudad que hace suspirar a alguno no es tan hermosa como imaginé. En la primera carta olvidé mencionarte sobre mis nuevas amigas. Bueno, creo que no. Por lo que, he decidido que en esta te voy a hablar un poco de ellas.

Empiezo: Vivo con cuatro asombrosas mujeres. Cada una tiene algo que las hace espectacular, por lo que me disculpas si...

Leí sin parar carta tras carta, a excepción del primer sobre todas las demás estaban selladas.

Cuando llegué a la última, eran casi las seis de la mañana; mi cuerpo se sentía rígido y mis ojos estaban hinchados por el llanto y la falta de descanso.

Mi corazón se sentía mallugado y tristemente desolado.

Desdoblé el papel y cerré los ojos cuando leí las escasas letras.

Lo siento Lucas, pero ya no puedo a hacer esto.

Hace meses que conocí a alguien y creo que es hora de continuar.

Posdata: Estoy embarazada.

Tenía fecha: *20 de agosto del 2020.*

SENSACIÓN DE PÉRDIDA

LUCAS

Dos semanas había pasado desde el accidente y mientras que permaneció en el hospital jamás pude a hablar con ella.

Para distraerme un poco, releí varias veces cada una de las cartas tratando de ser capaz de memorizarlas, pero tristemente, mi nuevo cuerpo no venía con mi antigua capacidad de buena retentiva.

Descubría con fascinación pequeños detalles que al principio pasaron desapercibido.

Cuando estaba listo para entrar a la fuerza a su apartamento y exigir conversar con ella, mi teléfono sonó con un mensaje... era ella.

Emery_14:33pm

Si deseas, ahora puedes venir.

No contesté, en su lugar me levanté del pasillo y toqué varias la puerta. Esta se abrió inmediatamente.

—Eso sí que fue rápido —ironizó una bella pelirroja que vestía ropa deportiva.

—Soy Ian y Emery acaba de enviarme un...

Hizo un ademán con la mano, restándole importancia a mi explicación.

—Tranquilo, campeón. Aquí todos sabes que a haces de pie en la puerta.

Asentí, ella me permitió la entrada.

El apartamento lucía igual, nada había sido cambiado, pero yo me sentía fuera de lugar.

—Has acampado ya antes ahí por lo que fue fácil reconocerte.

Hice una mueca recordando las tres semanas que pasé acechando a Emery en el pasillo.

—Siento todo eso.

Asintió mientras me señalaba el pasillo que dividía las habitaciones.

—Soy Jane, por cierto. Y la bella dama espera por ti.

Sonreí por su amabilidad.

—Fue un placer Jane. Y muchas gracias.

Le ofrecí un pequeño asentimiento de cabeza mientras empezaba mi camino hacia la habitación que escondía a la mujer que amaba.

—¡Suerte, vaquero! —gritó tras de mí.

Iba a necesitar mucha de esa suerte.

UNA LÁGRIMA SOLITARIA

LUCAS

Nervioso y sin saber que decir entro a su habitación; el silencio y la penumbra me reciben.

La pequeña lámpara sobre su oscuro velador ubicado en el lado derecho ilumina de manera carente la habitación: Libros y ropas desperdigados por todo el piso son mi bienvenida por primera vez a la habitación de la mujer que amo.

Es como si un tornado hubiera arrasado con la habitación entera y su única sobreviviente me observaba impasible desde la cama desecha.

El fino vendaje blanco cubre gran parte del lado izquierdo de su rostro; mi corazón se salta varios latidos: *Para mí, siempre sería la mujer más hermosa que hubiera visto.*

—Siento mucho que hayas tenido que esperar mucho tiempo para verme —dice impasible—. Juro que no es ningún tipo de venganza por lo que pasó hace cinco años.

Su voz es casi robótica, mientras me da lo que creo yo, es un mensaje que ha practicado miles de veces en su cabeza.

Detecto pesar y dolor en su tono, eso quiere decir que ella está consciente.

No pasa desapercibido el hecho de que su afligida mirada evita mis ojos.

—Te conozco, por lo que jamás pensaría algo así de ti. —Me sacudo la incomodidad y sonrío—. Y, quizá, lo hayas olvidado después de tanto tiempo, pero yo te esperaría por siempre. —Obligo a que mi garganta se trague la bola de nervios que siento—. Te lo prometí, ¿recuerdas?

Una sonrisa triste es la contestación a mi declaración y me obligo a no sentirme desesperado; al menos está sonriendo, me digo ilusionado, tratando de recuperar el ánimo.

Luego de unos segundos de silencio, declara:

—Ya no soy esa chica que conociste hace mucho tiempo. —La respiración se atasca en mis pulmones—. Si tan solo supieras las cosas malas que he hecho, o las decisiones estúpidas que he tomado. —Una sonrisa sínica aparece en su rostro, mientras niega con la cabeza avergonzada—. No me estarías mirando con tanto amor, como lo haces en estos momentos.

Exhala un gran suspiro y mira hacia mí.

—Y si te soy sincera, no soporto que lo hagas.

Su mirada desbastada hace doler mi corazón.

—Se todo lo que hay que saber, y, aun así, amo a la mujer que tengo frente a mí.

Lo que ella ignora es que no trabajé mi camino de vuelta a su vida, solo para rendirme.

—Jamás volveré a ser la chica dulce que una vez fui, *Lucas*. —

Es la primera vez que me llama por mi nombre, pero en lugar de experimentar placer, todo esto se siente mal; de una manera que no puedo ni empezar a explicarlo.

—Pues, entonces, déjame conocer a la mujer que eres ahora. —Le suplico con la mirada mientras doy un paso hacia ella—. Estoy seguro de que, sí lo permites, descubrirás que...

—¿Qué es lo que voy a descubrir? —Me detiene en seco su fría mirada—. ¿Dime, Lucas? —Suelta una amarga risa—. Ni siquiera soporto mirarme al espejo porque no reconozco la mujer que me devuelve la mirada. Por lo que sería bueno que empieces a aceptar la verdad: *Jamás podré ser buena para ti*.

Suspira mientras recoge sus delgadas piernas y las rodea sus con sus brazos.

—Además...—Su voz se rompe astillando mi corazón—, ya le entregué mis «*primera veces*» a otra persona. —Una lagrima hace su lento descenso por su mejilla derecha—. Lo que ves ante ti, son solo las sobras que nadie quiere.

Me quedo sin palabras por su admisión; lagrimas caen por sus mejillas.

El vendaje de su mejilla izquierda luce húmedo.

Me tomo un momento para respirar y tranquilizarme: La confrontación no ayudaría en estos momentos.

No cuando ella aún no había reconocido abiertamente que está enferma y necesita terapia.

Yo estaba dispuesto a ir paso a paso con ella, porque sabía perfectamente que era la enfermedad hablando: La abstinencia era dura de lidiar.

—Te amo, Emery. Y eso es un hecho. —Me da una mirada herida—. Y lamento no haber estado aquí, para cuidarte. Pero no fue mi culpa el morir, como tampoco es justo que te martirices por aquello...

—Había días en que siento que te odio.

Duele escucharla decir eso, pero tengo que mantenerme firme.

—Porque te habías ido, y yo me había quedado rodeada por personas idiotas que no reconocerían el amor verdadero, aunque este los golpeará con un mazo. —Sonríe amargamente.

Metó las manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón solo para tener algo que hacer.

—Perderte la primera vez fue... —Suelta un ronco gemido mientras niega enfáticamente con su cabeza—, si te llega a pasar algo, yo... simplemente no lo soportaría. —Se limpia las lágrimas derramas—. Perderte por segunda vez simplemente me mataría. Por lo que no pidas que pase por algo similar.

—La vida es un riesgo. —La miro a los ojos—. Eso es lo que la hace hermosa. Porque sin esos detalles a los que les tienes tanto miedo, no podríamos apreciar los pequeños momentos de felicidad que tenemos. —Suspiro—. ¿Acaso crees que no tengo miedos? ¿Que no le temo a lo mismo que tú le temes? Te equivocas Emery.

—No puedo vivir sabiendo que te puede pasar algo. Esta ciudad es demasiado peligrosa...

—Entonces nos cambiamos de ciudad —replico.

—Ahora tienes una hermana...—empieza a decir.

—Ella ya es una adulta y puede decidir dónde vivir —Me acerco tanto que mis piernas rozan su colchón.

Odio lo pequeña que se la ve.

—Tengo miedo —susurra cerrando los ojos—. Tengo miedo de abrir los ojos y ver que solo he imaginado que has regresado. Que estas de pie frente a mí. —Ahoga un gemido—Estoy tan jodida que no sé diferenciar lo que es real y no.

—Pues entonces te va a tocar confiar en mí. —Abre sus ojos—Tienes que permitir que esta vez, sea yo, quien te enseñe algunas cosas sobre el amor.

Empieza a negar con la cabeza; suspiro mientras me acerco hacia donde

está ella; su cuerpo empieza a temblar.

Me siento a su lado y tomo su delicado rostro entre mis manos y acaricio donde está el vendaje.

—Como te dije el día en que te confesé sobre mi verdadera identidad, esta vez te lo digo mirándote a los ojos, para que veas cuan serio soy son eso: Porque no me interesa si estas rota. —Deja escapar un tembloroso suspiro mientras cierra sus ojos—. Yo no he venido a repararte, porque sencillamente no hay nada que reparar. —Sus hermosos ojos lucen rojos e hinchados; tan perfecta—. Te he amado de muchas maneras, y siento que aún me falta por descubrir una cuantas más.

Sonrió amorosamente hacia ella.

—Si no puedes encontrar tu camino hacia mí, tranquila, que yo iré hasta tu oscuridad y me sentaré a tu lado, hasta que estés lista para empezar a vivir; a vivir una vida conmigo.

Ahoga un sollozo y por algunos minutos no decimos nada.

Disfruto de este pequeño momento para memorizar su belleza; para memorizar cada detalle de su ahora maduro rostro.

Jamás lució tan hermosa como la hacía en estos momentos.

—Lo siento, Lucas...—mi corazón empieza su dura caída— pero debes conocer a otra persona que sea igual de pura que tú, la cual merezca que le entregues todas tus «primeras veces» ... porque yo no las quiero: *No quiero nada de ti.*

Suavemente retira mis manos de su rostro y se aleja de mí.

Sin mirarme, se levanta de la cama y camina hacia la puerta y la abre.

—Ahora si me disculpas...

No me muevo porque pienso que es una pesadilla; no puedo obligarla, me recuerdo.

Me levanto de la cama, planeando ya mi próximo «ataque».

Jamás esperé que fuera fácil, pero no voy a mentir a decir que no me duelen sus frías palabras mientras si decirle otra palabra abandono su habitación.

Esto apenas está empezando y más vale que ella se prepare, porque no me pienso rendir.

LA PESADILLA VESTIDA DE CUERO

EMERY

Él llegó para quedarse.

Al día siguiente, me levanta de un pesado sueño, el ruido de un gran alboroto proveniente de la sala: risas y platos sonaban.

Me levanté sintiéndome confundida de mi cama y salí de mi habitación solo para detenerme en seco frente a la imagen de un recién duchado y afeitado Lucas, frente a la cocina revolviendo algo en un sartén que olía sospechosamente a *bacon*.

Todos se quedaron en completo silencio cuando notaron mi presencia.

Y cuando me refiero a todos, estaba refiriendo a Jane, Blair y Kristin, quienes tenían frente a ellas platos llenos de tostadas, frutas y a su lado vaso con zumo de naranja.

Me aclaré la garganta, esperando que alguien me explicara que significaba esto.

Lucas siguió con su tarea sin dedicarme una mirada.

¿Qué rayos significaba esto?

—¡Oh, Emery! —saludó Jane mientras colocaba la mitad de su tostada sobre su plato. —No sé si conoces a mi amigo Ian, él se ofreció tan amablemente....

No dejé que continuara y giré sobre mis pies y desaparecí por el pasillo.

Cuando llegué a mi habitación azoté la puerta.

—¡Como se atreve! —siseé llevándome una mano a la cabeza—¿Acaso quiere volverme loca?

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—¡No sé qué rayos pretendes, pero solo estas perdiendo tu tiempo! —grité, enojada.

No recibí respuesta; caminé hacia la puerta y la abrí violentamente.

Para mi sorpresa no había nadie; bajé la mirada y una bandeja plástica con un plato con *bacon* fresco, tostadas, frutas y un vaso con zumo de naranja estaba esperando por mí.

Vacilé cuando mi mirada se encontró con una flor y debajo de esta había una pequeña nota de un profundo color rojo.

Bufé y cerré la puerta.

Aunque me muriera de hambre no iba a abandonar esta habitación.

En algún momento se iba a cansar, estaba segura de eso.

Solo que, no contaba con que mi predicción fuera incorrecta y dos meses después él seguía viniendo a dejar cocinando.

Seguía dejando sus pequeñas notas—que secretamente robaba y guardaba en mi caja gigante—y aquellas flores que le daban un toque tierno.

Pensé que jamás desaparecía, me sentía a punto de explotar de la ira hasta que un día simplemente... no vino.

Esperé y esperé, pero jamás apareció y mi alma empezó a sufrir imaginando cosas horribles.

¿Dónde estabas Lucas?

Una semana pasó y mi depresión regresó con fuerza: Él había continuado con su vida, como lo había pedido.

Y el dolor que sentía esta vez fue peor que el que experimenté cuando murió.

Y todo era mi culpa.

SORPRESA

EMERY

Una semana había pasado sin ver o escuchar algo de Lucas.

Ya no estaba enojada, solo me sentía...diferente.

Todo era mi culpa; yo lo había ahuyentado con mi terquedad. Muchas veces cogía el celular y abría la aplicación para enviarle un mensaje, pero mi cobardía ganaba y tiraba el aparato sobre la cama.

Hace dos días me quitaron el vendaje, y ahora solo una pequeña cicatriz había quedado de la quemadura.

Me paré frente al espejo y vi con agrado como había aumentado de peso: Esos desayunos de Lucas eran muy nutritivos después de todo.

Mi estomago se agitó cuando pensé en si a estas alturas él también le estaba a haciendo el desayuno a su novia.

No quería que él estuviera cocinando para nadie más; solo para mí.

Un golpe en la puerta hizo que mis piernas se sintieran débiles: *Él había regresado.*

Corrí esperando verlo de pie, luciendo tan hermoso como siempre lo hacía, pero mi emoción murió en seco cuando en lugar de Lucas, estaba una muy enojada Melisa.

Una Melisa que me miraba con el ceño fruncido.

Me dio un pequeño empujón, entró a la habitación y cerró la puerta tras de ella.

—Escucha...—Empezó a pasearse por toda la habitación—, no sé qué rollo te pasa en la cabeza. Fui pésima en psicología mientras estaba en la universidad, pero estar loca no es justificación para que dejes escapar a un hombre maravilloso como lo es mi hermano.

Abrí la boca para defenderme, pero ella levantó su mano.

—Como dije: «Escucha» —Hizo las comillas en el aire—, eso quiere decir que tú guardas silencio mientras que yo hablo, *¿capisce?*

No me moví: esto debía ser una loca pesadilla vestida de cuero.

Melisa lucía hermosa con una chaqueta de cuero recortada; blusa semitransparente color negro y su pequeño *short* de cuero.

Realmente lucía intimidante en sus pequeños zapatos deportivos.

—No sé cuál es tu problema, pero estoy cansada de esto. —Bufó—. Cansada de ver cómo le sigues destrozando el corazón a un hombre que lo único que ha hecho desde que despertó asustado en el hospital ha sido añorar verte de nuevo.

Mi garganta se secó.

—Yo... yo no...

—*Shhh...*—sentenció de manera brusca—, que aún no he terminado. — Colocó sus manos en jarra—lo único que siempre he escuchado decir es: Es que Emery necesita esto; o, «Emery necesita esto otro». Pero sabes que, quien se preocupa por lo que realmente necesita y merece Lucas.

Mis ojos se empañan mientras comprendo a donde va con su discurso.

—No tienes idea de lo que fue verlo sufrir cada vez que recibía una mala noticia sobre ti. Lo destruido que quedó cuando murió tu hija.

Siento mi corazón tropezar en mi pecho, imaginando a Lucas sufrir al igual que yo.

—Por si no lo sabes, él nunca lo tuvo fácil.

Hice una mueca; recordaba perfectamente su expediente: Le había tocado reencarnar en el cuerpo de una mala personas.

—No quiero a hablar mal de los muertos, pero, mi verdadero hermano cometió muchos errores; errores que tuvo que enmendar Lucas cuando tomó su vida.

» Primero: Tuvo que ir a rehabilitación porque mi hermano era un drogadicto que consumía varias sustancias ilegales. Y créeme, la abstinencia es algo muy duro de afrontar. Segundo: Fue a prisión por los cargos que pesaban sobre él; es decir fue a la cárcel por delitos que él realmente no cometió, por lo que solo te voy a decir, que fueron los tres años más angustiosos que padecí, imaginando en el sin fin de cosas que podían sucederle tras esas paredes.

Mi cabeza empezó a dolor.

—Si no hubiera sido por Alex, estoy segura de que Lucas no hubiera salido vivo de ese lugar...

—¿Alex Stone?

Asiente.

Niego incrédulamente; me siento herida.

—¡Alto ahí, señorita! —gruñe—. Antes de que pienses enojarte con aquel guapo y sexy hombre tienes que recordar que es por él que Lucas hoy es un hombre capaz de caminar sin tener miedo a su sombra.

Me desinflo: Tiene toda la razón.

Si no hubiera sido por Alex, quizá hubiera vuelto a perder a Lucas, aun sin a haber tenido la oportunidad de verlo otra vez.

—Solo quiero que sea feliz —susurro, pero sé que me ha escuchado.

—Lo sé. —Asiente mientras mira sobre su hombro hacia la gran caja de cartón sobre mi escritorio—. Pero tienes que saber que tú eres su felicidad. — Sus ojos vuelven a mi luciendo más decididos—. Nada en esta tierra tiene el poder de a hacerlo inmensamente feliz, como solo lo puedes lograr tú con el siempre hecho de permitirle compartir su vida contigo. Eres tan afortunada que ni siquiera te has dado cuenta.

Siento las lágrimas empezar a caer por mi rostro.

—No vine aquí a obligarte a que le des una oportunidad, pero creo que debes saber que jamás estuviste sola.

Mi ceño se frunce mientras la veo acercarse a mí.

—¿Lo amas?

Asiento sin titubear.

—Entonces, no sé qué demonios estas esperando para estar con el hombre que amas.

No contesto mientras la veo pasar a mi lado; el pánico se alza dentro de mí.

—Melisa...

Me giro y la enfrento; ella aguarda pacientemente en el umbral de la puerta de mi habitación.

—Esto te sonara loco...

—No más loco que la reencarnación —ironiza soltando una risa.

—Correcto. A parte de eso...—dudo en a hacer la pregunta—. ¿Crees que el vínculo entre tu hermano y Lucas son sus ojos? Es decir, me refiero al porqué reencarnó en su cuerpo y no en otro... ¿Crees que tiene algo que ver con que sus ojos luzcan exactamente igual?

Ella negó lentamente.

—No tengo idea a que te refieres. —Frunció su ceño—. Hasta donde tengo entendido los ojos de Lucas eran verdes, en cambio, los de mi hermano siempre han sido de un marrón oscuro. Parecidos a los tuyos.

Negué mientras me acercaba a ella.

—No, tú hermano tiene los ojos verdes —énfatiso—. Desde que lo conocí lo primero que me llamó la atención fueron sus ojos idénticos a los de Lucas.

Su silencio en mi respuesta.

Ella me estaba tomando el pelo; estaba segura de que Ian tenía los ojos verdes.

Mi hombro chocó con el de ella en mi desesperado intento por salir de la habitación.

Encontré a Jane en la cocina, cantando a todo pulmón «*Rolling in the deep*» de Adele con Kristin haciéndole el coro mientras que Blair las animaba aplaudiendo.

—Chicas...

Nadie me prestó atención

—¡Chicas! —grité lo más alto que pude.

Mi grito las detuvo en seco y se giraron a mirarme.

—¿Qué sucede, mujer? ¿Dónde es el incendio? —Bromeó Kristin caminando hacia mí.

La miré y sentí mis ojos llenarse de lágrimas.

Tenía que saber...yo no podía estar volviéndome loca.

—Quiero hacerles una pregunta...—todas asintieron—, pero quiero que sean muy sinceras conmigo. —Sentí la presencia de Melisa tras de mí.

Mis mejores amigas brevemente la miraron, pero regresaron su atención a mí.

—¿De qué color son los ojos de Ian?

Nadie contestó y eso me puso más nerviosa; rogué con mis ojos mientras miraba fijamente a cada una.

—Por favor...yo necesito...

—Marrones oscuros —respondió Jane mientras se acercaba.

Empecé a respirar irregularmente: No...esto tenía que ser una broma.

—¿Segura? —imploré.

Las tres mujeres que sabía que jamás jugarían con mi cordura asintieron.

Mi mirada quedó trabada en Blair; ella frunció el ceño, preocupada.

—*Son de un bonito marrón, para serte sincera.* —Sus pequeñas manos se movieron.

No necesité más para impulsarme abandonar la cocina y correr hacia mi habitación: Tenía que verlo y estar segura de que no era mi imaginación. O

que estaba loca.

Regresé a mi habitación para colocarme mis zapatillas deportivas, en mi camino ignoré la sonrisa socarrona que tenía Melisa en el rostro.

Sabía cómo borrar esa sonrisa de golpe.

—¿Y Draco? —indagué.

La sonrisa desapareció y se encogió de hombros casualmente mientras ajustaba su chaqueta.

—Esa es una historia para otro día.

Asentí mientras salía de la habitación y me dirigía hacia la salida.

Luego podía seguir mortificándola.

Por ahora tenía una misión: Encontrar a Ian y ver si sus ojos eran negros y todo este tiempo había estado imaginando que eran de otro color.

Abrí la puerta, pero no llegué muy lejos, ya que frente a mi estaba el hombre que era capaz de desarmarme con una sonrisa.

Lucas.

NADA

LUCAS

Luego de mirarnos a los ojos por lo que pareció horas en un abrir y cerrar de ojos su cuerpo se estrelló contra el mío.

Sus manos rodearon mi cuello y clavó su rostro en el hueco de este; podía sentir su agitada y nerviosa respiración.

Su cuerpo temblaba mientras sus piernas se apretaban en mi cintura.

Vine inmediatamente cuando Draco me comunicó del loco plan de mi hermana.

Había decidido por consejo de Alex, darle el espacio a Emery para que me extrañara: y al parecer no se había equivocado.

Sus brazos se apretaron; sus cálidas lágrimas empezaron a mojar mi camisa gris.

—Realmente eres tú —susurró contra mi cuello.

—Realmente soy yo —aseguré, mientras afianzaba mi agarre en su cuerpo.

Un gemido escapo de garganta cuando besé su hombro.

—Ahora ya no tengo ninguna duda. Realmente estás aquí. *Conmigo* — enfatizó con su voz temblando.

—Y no planeo ir a ningún lado —aseguré mientras mis brazos estrechaban su cintura.

Alejó su rostro y me miró fijamente.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —juré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras sonreía.

—En ese caso yo también prometo nunca alejarme de ti.

Asentí mientras acercaba mis labios a los de ella y me sentí completo cuando su calidez invadió mi boca; estaba seguro de que nuestros besos siempre serían así: tan diferentes y perfectos.

Nos separamos a tomar aire y ella acaricio mi rostro con sus manos mientras sus ojos bailaban por todo mi rostro.

—¿Por qué regresaste por mí? —susurró con los ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Porque sencillamente eres mi Emery Green, la hermosa niña que se enamoró del niño más extraño de todo el pueblo.

Sus ojos se abrieron y negó.

—Pero eso fue antes. Cuando tenías Síndrome de Down. —Suspiró—. Ahora es diferente. —Me ofrece una sonrisa triste—. Hubieras podido tener a cualquier mujer a tu lado, ahora que ya no tienes Síndrome de Down...

—Creías que, ¿Como ya no tengo aquella discapacidad, mi amor por ti iba a cambiar?

Ella asintió mientras alejaba su rostro avergonzado; atraje suavemente su rostro otra vez al mío.

—El amor que siento por ti, jamás estuvo condicionado por mi enfermedad. —Acaricio suavemente su rostro, perdiéndome en sus ojos—. Me enamoré de ti, mucho antes de saber que el cielo era azul y que la tierra no se come.

La sonrisa que me da, casi me tiene de rodillas.

—Te veía cada día en la escuela tan hermosa y perfecta y solo en ese momento deseaba con todas mis fuerzas ser «normal», porque las personas del pueblo, jamás me dejaron olvidar que yo era «diferente»; y quería que tú lo tuvieras todo. —Suspiro—. Pero estaba consciente, de que jamás podría darte eso: *normalidad*. Yo no quería que nadie te lastimara solo por andar conmigo, o que escucharas los insultos que me propinaban durante todo el día. Por eso jamás me acerqué a ti y te confesé como me sentía. Me conformaba con verte sonreír cada vez que leías una de mis notas y eso era suficiente para llevarse todo lo malo que me sucedía cada día.

Ella contiene la respiración.

—Dicen que amar a veces duele y yo te digo: Amarte ha sido la cosa más espectacular que me pudo pasar. —Su delicada garganta se mueve ruidosamente—. Y si tuviera mil vidas... en cada una te buscaría incansablemente hasta encontrarte, y así ser capaz de disfrutar cada segundo de ellas solo contigo.

Su rostro está bañado en lágrimas y se aclara la garganta.

—Tengo algo que decirte...

Trato de mantenerme relajado porque sé que el momento ha llegado.

—Estoy enferma —susurra mientras nuevas lágrimas caen por sus mejillas—. Hace tres años fui diagnosticada con *depresión melancólica severa* por lo que necesito buscar ayuda para continuar con el tratamiento. —Suspira—. Deseo estar bien, para poder ser capaz de vivir esta y muchas vidas contigo.

Mis ojos se llenan de lágrimas; respiro profundamente y me acerco hasta su oído y le susurro lo mismo que le dije ya hace mucho tiempo atrás, cuando me atacaron con tomates los hijos de los amigos de su madre y ella armó un escándalo cuando Emery desapareció.

—Emery y Lucas por siempre y para siempre. —Suspiré sintiéndome feliz— *Nuestro «felices para siempre» apenas está empezando.*

Enterró su rostro en mi cuello mientras empezaba a llorar otra vez.

La vida nos había dado la oportunidad de estar juntos otra vez y yo no iba a desperdiciarla.

Había un largo camino que recorrer, pero no tenía miedo.

Al fin había regresado a casa; a los brazos de la mujer que amaba y poseía mi alma entera.

Mi perfecta Emery Green.

UN SILENCIO LLENO DE RISAS

EMERY

Tres meses después.

La grave depresión que sufría, no se iba a curar milagrosamente solo con la aparición de Lucas; era un proceso que llevaría quizás años vencer.

Pero sabía que iba a lograrlo, porque tenía sosteniendo mi mano a una persona que no me dejaría caer sin pelear.

Él era quien me daba fuerza antes y después de cada terapia para ser capaz de abrirme con mi psiquiatra y dejarlo poder a hacer su trabajo.

Un trabajo que requería mi sinceridad y colaboración.

Y es que su presencia, amor, apoyo y ánimo constante, hizo todo más fácil.

Menos tedioso.

Y ya no tan solitario.

Y es que sabía que él me amaba y que era mi mejor amigo. Que no me juzgaba, pero sobre todo...que jamás me iba a abandonar, por muy difícil que se volviera la vida.

Estos últimos dos meses habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Y hoy me tocaba a mí, ser su fuerza y su aliento: Por primera vez, desde que despertó en un cuerpo que no era el suyo, él vería a la mujer que siempre significará el mundo entero para su vida.

Íbamos a encontrarnos con Isabella Blakely; y yo no podía sentirme más nerviosa.

Hace poco menos de un mes, él había obtenido su licencia para conducir y había comprado un auto de segunda: un *Ford Explorer* del año 2008.

Debo reconocer que se lo veía tan hermoso y sexy conduciendo.

Miré el hermoso y sencillo anillo de compromiso que adornaba mi dedo anular y sonreí cuando Melisa, quien venía dormida en el asiento trasero

murmuró el nombre: *Draco*.

—¿Acabas de escuchar lo mismo que yo? —inquirió mi hermoso novio mirando brevemente por el retrovisor.

Solté una pequeña risa.

—Lo siento, pero ella me hizo jurar que en caso de sufrir algún tipo de «quiebre» yo tengo que ser su testigo y negar absolutamente todo. «Código de chicas» y todo eso, cosas que sinceramente ni yo a veces entiendo.

Eso lo hace reír y me pierdo en la belleza de ese sonido.

No podía creer que pronto sería su esposa: Mi estomago saltó de la emoción recordando como me había propuesto matrimonio al puro estilo de *Lucas Blakely*.

Él aún seguía viniendo al apartamento a preparar el desayuno. Era como su ritual.

Pero ayer había sido distinto: cuando la puerta sonó con su distintivo golpe, me levanté como siempre hacía y abrí la puerta esperando ver la solitaria bandeja plástica con mi desayuno, pero casi me desmayo cuando en lugar del habitual desayuno, esta vez lo encontré inclinado sobre una rodilla y sosteniendo en su temblorosa mano un hermoso anillo de matrimonio.

—Nos hemos conocido toda la vida... —Su garganta se movió nerviosamente—. Espera un minuto, estoy tan nervioso que se me ha olvidado lo que ensayé...

Se me escapo una risa acompañada de lágrimas.

—...y no quiero estar sin ti...—susurro una voz a la izquierda que sospechosamente sonaba igual a la de mi mejor amiga Kristin.

Asomé mi cabeza y en la esquina del pasillo estaban Blair, Jane y Kristin con lágrimas en los ojos y sonriendo ampliamente.

—¡Échale ganas, Vaquero! Que la dama ya está llorando y aun ni siquiera has llegado a la mejor parte —acusó Jane soltando un bufido.

Lucas se aclaró la garganta; regresé mi mirada a la de él.

—Este soy yo, pidiéndote que me hagas el honor de ser tu compañero; de ser la primera y última persona que veas al abrir y cerrar tus hermosos ojos... por lo que te pregunto, ¿Quieres casarte conmigo, Emery Green?

Asentí inmediatamente mientras me acercaba y extendía mi mano izquierda: Se sentía irreal mientras veía como este asombroso hombre deslizaba suavemente el precioso anillo en mi dedo.

—Te amo Lucas Blakely... —susurré en su oído cuando me estreché entre sus brazos— y contigo lo quiero todo.

Eso pasó ayer en la mañana.

En la noche, Alex nos llamó y luego de darle la buena noticia confesó que deseaba casarse rápidamente con Isabella por lo que le pedía a Lucas venir al pueblo para que al fin pudieran reencontrarse.

Él quería que Lucas fuera su padrino de boda y mi prometido no dudó en aceptar.

Y aquí estábamos, a solo una de hora para llegar a *North Fruit*; y ya estaba sintiendo la presión de ver a la que pronto se convertiría en mi suegra.

Y si era sincera, me preocupaba que no fuera ser capaz de reconocer a Lucas en un cuerpo diferente.

Eso destrozaría el corazón del hombre que amaba. Pero no me preocupaba, porque, así como él, yo estaría ahí para ayudarle a sanar.

PROMESAS

LUCAS

Sabía sin duda, que este día, sería uno de los más difíciles que tendría que afrontar con mi regreso.

Cinco años no me habían hecho más valiente en cuanto a ver a la mujer que más amaba sobre la tierra: Mi Madre.

—Tranquilo. —Emery sujetó mi rostro y lo guio hacia el de ella.

La antes palidez que ensombrecía sus hermosos rasgos, ahora de a poco estaba quedando atrás.

Me encantaba verla sonriendo de verdad y no esa sonrisa plástica y ensayada con la que me recibió hace algunos meses en su fiesta de cumpleaños.

Le sonreí mientras me permitía saborear tenerla otro día junto a mí.

La vida era tan frágil, que muchos la daban por sentado; cuando sinceramente, era una suerte de otro mundo acabar y empezar cada día acompañado de los tuyos.

—Te amo —dije mirándola a los ojos.

Quería que ella sintiera cada palabra dentro de su ser.

—Y yo a ti —Sonrió.

Su agarre en mi rostro se hizo más fuerte; atrajo mi rostro hacía el suyo y a centímetros de mis labios susurro.

—Y no sabes cuánto tiempo imaginé poder amarte otra vez. —Sus labios cubrieron los míos y era algo de otro mundo besar a Emery.

No sabía a ciencia cierta si esto les ocurría a todas las parejas cuando se besaban, pero con Emery, cada beso era distinto.

Único.

Cada roce con sus labios se sentía como si me estuviera entregando un pedacito de su alma rota, esperando que yo lo reparara.

Profundicé el beso, mientras rodeaba con mis brazos su cintura. Un

fuerte carraspeo a nuestra derecha hizo que nos alejemos rápidamente.

—No sé tú, hermanito —dijo mi hermana con voz burlona desde el auto. Me volteé a mirarla —No creo que hayas esperado cinco años para ver otra vez a tu mamá, y que esta te reciba mientras le comes la cara a tu novia.

Emery empezó a reír, mientras se cubría el rostro avergonzada; me detuve a admirarla.

Aunque ella insistiera en que jamás volvería a ser la chica dulce y tranquila que una vez fue, yo estaba completamente seguro de que se equivocaba.

Ella jamás dejó de ser la pequeña y dulce niña que, sin proponérselo, me entregó la fuerza necesaria para luchar en esta vida y poder volver a recuperar mi familia.

—Mejor desaparecemos, Emery. Los invitados acaban de llegar. — Melisa subió el vidrio del auto, y abrió la puerta del copiloto para Emery.

—Vas a hacerlo genial —aseguró.

—¿Y sí ella no me cree? ¿Qué sucede si antes de que le explique todo, decide que no vale la pena escucharme?

—*Shhh...*—dijo cubriendo mis labios con su dedo índice—. ¿Viniste preparado verdad? —Asentí preocupado.

El rechazo de mi madre era una enorme posibilidad. Me lo había explicado Alex: Mi madre no creía en la reencarnación.

Y era muy seguro que se iría antes sin tan siquiera me permitiera explicarle una cuarta parte.

—Eres su hijo —afirmó mi hermosa prometida.

Aun ni siquiera podía creer que ella haya aceptado casarse conmigo.

—Estoy segura de que a pesar de que luzcas diferente y tu voz suene distinta, ella verá en tus ojos a la persona que más ha amado en este mundo.

Con eso dicho, me dio un suave apretón en la mano y se alejó caminando hacia el auto.

—Voy a poner música retro para aliviar el estrés —bromeo Melisa, guiñándome un ojo.

Le sonreí mientras asentía.

Hoy no tan solo era un día importante para mí, sino también, para la hermana que la vida me dio.

No pensaba a abandonar a Melisa, pero ella me había asegurado de que estaba bien con la idea de que mi madre no la aceptara, siempre y cuando a mi sí me quisiera, ella estaría excelente.

No le creí ni por un minuto.

Draco me había contado todo sobre Ian y Melisa; estaba consciente que después de mí, ella no tenía a nadie en esta vida.

Su hermano era el único pariente que tenía, por lo que al morir aquella noche por la sobredosis que se provocó, él la había dejado sola.

Fue un acto egoísta lo que él cometió; a pesar de todo, ella lo amaba y aceptar que había muerto solo podía imaginarme lo difícil que debió ser aceptar la realidad.

Pero la vida me trajo a su vida, por lo que yo no iba a renunciar a tenerla cerca de mí.

No pensaba fallarle como lo había hecho su propia sangre; ella podía estar tranquila.

Mi madre iba a tener que aceptarnos juntos, y estaba completamente seguro de que eso sería el menor de mis problemas. Convencerla sería lo más difícil de hacer.

—Veo que viniste custodiado —bromeó Alex apareciendo a tras de mí.

Me volteé a mirarlo sobresaltado: Vestía una gabardina larga color negro. El frío viento levantaba su cabello.

Me acerqué para darle un fuerte abrazo; me sentía muy feliz de verlo.

—Gracias por traerla —agradecí mientras me alejaba para mirarlo a la cara.

Aún era alucinante como el tiempo había trabajado a favor de nosotros y a este hombro que pronto había dejado de ser mi mejor amigo para convertir en mi padre.

Tenía que sentirme agradecido por su apoyo desde el preciso momento en que nos conocimos.

Sonrió como si adivinara mis pensamientos.

Definitivamente la vida me premió con este hombre.

MARIPOSAS

LUCAS

—Ya verás que lo difícil no era eso. Si no, el que se quede. —Sonríe mientras pasa una mano por su cabello—. Esta nerviosa. Creé, que esto se trata de una estafa y se siente molesta por eso —confesó.

Miré hacia el auto de él, por los vidrios oscuros no podía ver a mi madre, pero sabía que ella tenía que estar observando atenta cada uno de mis movimientos.

Miré a mi mejor amigo y le sonreí.

—Eso déjame a mí. —Él asistió—. Si la vida nos quiere juntos. Entonces, definitivamente ella sabrá que estoy diciendo la verdad. —Suspiré—. Este día solo puede ir en una dirección y me rehúso a perderla a ella.

Sonríe al escuchar mis palabras mientras pone su mano derecha sobre mi hombro y me un apretón.

—Una parte de ella, quiere creer que eres tú, pero el dolor que sintió al perderte es la que la obliga a mantenerse cerrada a esa posibilidad. —Miró hacia el auto—Ya es hora.

Se aleja justo cuando escucho la puerta del copiloto abrirse.

Las piernas me tiemblan mientras contengo la respiración. Restriego la palma de mis manos en la parte delantera de mis pantalones, y me obligo a tranquilizarme.

Observo en cámara lenta como mi madre desciende del SUV color negro y mi corazón no podría latir más acelerado.

Esto es como un sueño; su corto cabello baila con el aire. Y para mí siempre será la mamá más hermosa del mundo.

Alex empieza a caminar hacia ella, para ayudarla a ponerse de pie.

Cuando se detiene frente a ella, se inclina y le susurra algo, pero ella niega con la cabeza sin quitarme la mirada de encima.

Deseo tanto correr para abrazarla y decirle cuanta falta me hizo en todo este tiempo; lo mucho que la extrañé y la veces que estuve a punto de mandar todo por la borda y venirla a ver.

Que solo necesitaba un abrazo de ella para sentir que todo iba a estar bien.

Había días donde había necesitado mucho de sus consejos, en aquellos días, me hubiera conformado con solo escuchar su voz decirme: Te amo, hijo.

Alex intenta otra vez hablar con ella, pero esta vez lo fulmina con su mirada.

Sin poderlo evitar, una risa se me escapa, lo que hace que tanto ella como Alex me miren con el ceño fruncido.

No tenía idea de cómo mi mejor amigo se las había ingeniado para conquistarla.

Contengo la respiración cuando ella empieza a caminar hacia mí y mis ojos caen en su pronunciada barriga.

Era increíble saber que tenía tres hermanos y que venía otro en camino.

Pasamos de solo ser dos, a ser parte de una gran familia.

Tenía tanto de que estar agradecido con el hombro que me sonreía a la distancia: Él había cumplido su promesa y la había cuidado y no tan solo eso, si no, que le dio muchas razones por las cuales sonreír.

Siempre supe que ser madre, lo significó todo para ella. Y que le hubiera encantado tener muchos hijos, pero las decisiones egoístas de mi padre no tan solo la lastimaron en ese entonces, si no, que derrumbaron todas sus ilusiones de tener una enorme familia.

Por lo que observarla ahora, embarazada de su cuarto hijo, me hacía sentir que todo había valido la pena.

Ella merecía ser feliz.

Ahora tocaba esperar y ver, si me permitía compartir esa felicidad con ellos.

TIEMPO

LUCAS

Caminó lentamente el pequeño tramo desde el vehículo hasta donde me encontraba de pie bajo el árbol.

El mismo árbol que me vio crecer mientras hacíamos *picnic* y yo disfrutaba persiguiendo mariposas.

Aun puedo escuchar su delicada voz animándome a que lo consiguiera. Como festejaba conmigo cuando conseguía que una se posara en mi dedo.

Esa mujer que venía caminando lentamente, significaba todo para mi mundo.

Se detuvo a una distancia de como dos metros; su rostro reflejando una desconfianza que comprendía totalmente.

Pero, sin embargo, dolía tenerla tan cerca y no poder abrazarla.

—Así que, ¿usted es el hombre que ha engañado a mi marido diciéndole que es mi hijo muerto? —Río sin humor, cruzándose de brazos.

Su mirada era dura y su actitud claramente gritaba que no creía ninguna de las cosas que le contó Alex.

Esto iba a hacer mucho más difícil.

—Si tan solo me permitirás explicarte, estoy seguro de que entenderías. —No contestó—. Sabes muy bien, que Alex es un hombre muy inteligente, y él no creería semejante cosa si no fuera verdad.

Negó con la cabeza mientras se acercó un poco más en mi dirección.

—Todo el mundo sabe, que Alex amaba a mi hijo como si hubiera sido suyo —confiesa—. Y así como yo sufrí con su muerte, él también lo hizo. — Su mirada se vuelve fría—. Y me parece una de las cosas más crueles por hacer, que el fingir que eres nuestro hijo muerto. Ya dile cuánto dinero quieres, para acabar con esta farsa.

—Pero es que yo soy Lucas, tienes que creerme—supliqué, consciente que el tiempo de convencerla se me escabullía de entre las manos.

—Para que sepas, no creo en cosas como la magia o la reencarnación. Por lo que, ¿cómo puedo estar segura, que no eres una mala persona solo queriendo estafar a una familia que ya ha sufrido mucho? —arremetió enojada— ¿Cómo puedo saber que es verdad? ¿Cómo puedo...? —su voz se rompió, mostrándome por primera vez que esta situación la sobrepasaba.

Pero sus ojos no derramaban ninguna lágrima, demostrando que no creía nada de lo que le había dicho hasta el momento.

Suspiré cavilando mis opciones; estaba claro que no tenía oportunidad con las palabras así que, se lo iba a tener que demostrar.

Metí la mano dentro de mi bolsillo trasero y mis dedos rozaron la suave tela, y sin perder tiempo a meditar si esta era la manera correcta de hacer esto; la saqué e inmediatamente la desdoblé y empecé a colocarme ante su aturdida mirada.

Un suspiro lloroso salió de su boca, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras empezaba a dar unos pasos hacia mí, mi cuerpo temblaba mientras me apresuraba a hacerme el nudo.

—Te prometí que te iba a esperar. Que tú serías mi mamá donde sea que vaya y que yo... seguiría siendo tu hijo sin importar donde esté.

Apresuró el paso; su rostro bañado en lágrimas.

—Y también te dije el día en que rompí tu corazón... que iba a ser el guapo con corbata amarilla, tu color favorito.

El tiempo pareció detenerse mientras doblaba un poco mis rodillas y permitía que sus brazos se envolvieran fuertemente en mi cuello.

—Eres tú...—susurro contra mi pecho—, mi pequeñito. Mi amado Lucas. —Su voz se rompió—. *Mi comegalletas*. —Alcancé a escuchar antes de que su rostro se enterrara profundamente en mi camisa y empezara a hiperventilar.

—Te he extrañado por siempre —Su abrazo se volvió más intenso.

Empecé a llorar mientras lentamente nos colocábamos sobre el césped.

—Soy yo, mamá. Tranquila, todo va a estar bien. —Traté de tranquilizarla; estaba seguro de que esta agitación no podía ser buena para el bebé.

Miré a Alex cuando su cuerpo empezó a temblar de manera alarmante.

Ella comenzó a balbucear muchas cosas que difícilmente comprendía.

No sé cuantos minutos pasaron mientras solo nos abrazamos, y saboreábamos este momento donde solo existíamos los dos.

Ahora me sentía completo.

Más fuerte y capaz de hacer todo.

—Por favor dime que no estoy soñando —suplicó alejando su rostro de mi pecho y mirándome a los ojos—. Dime que eres real y que estas *aquí*, y que no me voy a levantar llorando solo porque te imaginé.

—Estoy aquí mamá, luciendo diferente, pero aquí y no pienso ir a ningún lado.

Ella suspira mientras llevaba su mano a mi mejilla.

—He soñado muchas veces con el día en el que te volvería a ver. He añorado cada día ser capaz de poder abrazarte y he muerto mil veces recordando el día en que tuve que dejarte ir...

Sus ojos se inundan de lágrimas y cierra los ojos.

—Está bien, mamá. Ya no pienses en eso. Ahora estoy aquí, sano y he regresado a tu lado.

—¿Pero...? ¿Pero cómo fue esto posible? ¿Cómo es que regresaste? —pregunta mirándome desesperadamente, tratando de convencerse de que no era un sueño.

—No lo sé, mamá. Hace mucho tiempo dejé de hacerme esa pregunta, y ahora solo disfruto de la segunda oportunidad que me dieron. No interesa nada más. Solo el estar aquí contigo y poder abrazarte otra vez, decirte cuanto te amo y que quiero conocer a mis nuevos hermanos.

Ella asiente mientras me abraza.

—Vamos a casa, mamá. Es hora de que conozca a mis hermanos y que tú conozca a una jovencita que cuidó de mi todo este tiempo.

Ella asiente mientras susurra.

—Tú familia es mi familia. Y sé que la voy a amar, sencillamente porque cuidó de lo más preciado para mí: Tú.

EL DULCE LATIDO DEL AMOR

LUCAS

La depresión que sufrió Emery por mucho tiempo había enfermado no tan solo su mente sino también su cuerpo.

Los resultados arrojaron que su severa anemia ya estaba controlada; la caída de su hermoso cabello se detuvo considerablemente y ahora, su piel brillaba libre de acné y ojeras. Amaba ver que ya no lucía extremadamente delgada.

Dormía sus ocho horas y había retomado sus clases en la facultad de derecho: aun le esperaban dos largos años, para poder compensar sus créditos perdidos y así poder graduarse de abogada.

Había regresado su ánimo e ilusión por su carrera.

Aún conservo las cartas que me entregó Caroline, las guardo como un recordatorio de que la mujer frente a mí me amaba aún le había roto en pedazos su corazón.

Pensar que estuve a punto de perderla para siempre, me da un sentimiento de impotencia.

¿Qué hubiera pasado si me hubiera demorado un poco más en llegar en ella?

Estoy seguro de que la historia fuera otra.

Hace dos semanas que la vida había tomado un giro diferente con el matrimonio de mi madre y Alex.

Y hace una semana cuando fuimos al ayuntamiento y nos casamos.

Ella me confesó aquella noche, mientras nos íbamos de luna de miel a Rio de Janeiro—por cortesía de mi nuevo padre—que no quería desperdiciar tiempo planeando una boda grande donde asistirían personas que me despreciaron tanto en el pasado. Ella solo deseaba tener a las personas más importante a su lado.

—No quiero perder ni un segundo más—dijo acercando sus labios a los

míos—, no cuando puedo vivir cada uno de ellos sabiendo que soy toda tuya y tú eres todo mío.

Faltaban solo dos semanas para celebrar la navidad, por lo que, deseamos llegar a tiempo a nuestra nueva casa, para decorarla con luces y el árbol.

Había tanto porque agradecer.

MANZANAS

ALEX

Observarla dormir siempre será una de mis cosas favoritas; era como si al mirarla tan pacífica mi alma se llenaba de amor imaginando sus sueños.

Donde claro, esperaba estuviera soñando conmigo y no con Bruce Willis.

—Señor Stone, cinco años después y usted ¿aún sigue acosándome en mis sueños?

Sonrío cuando sus hermosos ojos marrones se abren adormilados.

—Siempre será un placer acosarla, señora Stone.

—Amo cuando me llamas así —confiesa sonriendo mientras acerca su rostro lo suficiente al mío.

—Y yo amo poder llamarte mía.

Sus labios se encuentran con los míos y me da un beso capaz de quitarme el aliento.

—Siempre tan galante, usted distinguido señor —bromea alejándose de mí.

No tiene ni idea del poder que tiene sobre mi corazón.

—Ya sabes —me encojo de hombros de manera casual—, solo con las mujeres que me interesan.

Sus ojos se estrechan.

—Espero ser la única mujer que ahora te interesa —declara riendo mientras me hace cosquillas.

—Por supuesto que sí —aseguró—, ninguna otra mujer ha sido capaz de rociarse ambientador por todo su cuerpo solo para impresionarme.

Empiezo a reír y ella se queja cubriéndose el rostro con su antebrazo.

—Jamás vas a olvidarlo, ¿verdad?

Río más fuerte.

—Me temo señora Stone, que jamás voy a ser capaz de olvidar algo sobre nosotros —confieso.

Me apoyo sobre mi codo y la observo como lentamente retira su antebrazo de su cara.

—¿Qué estas tramando? —Estrecha sus adormilados ojos mientras se acomoda para enfrentarme.

—Yo no voy a aburrir a mis nietos contándole absurdas historias sobre la economía o política de mis tiempos.

La desconfianza hace presencia mientras estrecha aún más sus ojos: luce completamente despierta.

—Entonces ¿Qué planeas contarle a la futura generación Stone? —indaga llevándose la colcha al pecho.

—Pues sencillo, planeo sentarme por horas a contarles como su abuela me sedujo.

Gime mientras entierra su rostro en la almohada y comienza a murmurar algunas cosas.

—Pienso describirles a detalle cómo deben reconocer al amor de sus vidas. Empezando, con que si él o ella se rocía ambientador por todo su cuerpo y huele sus axilas definitivamente es la persona ideal...

—¡Tienes que estar bromeando! —Se lamenta mientras se cubre totalmente con las sábanas—. Me he casado con un loco.

—Señora Stone, piense en sus futuros nietos —declaro—. Y lo agradecidos que van a estar por librarlos de acabar con las personas equivocadas. —Empiezo a reír.

Disfrutaba muchísimo mortificarla.

Verla toda roja y abochornada me hacía sentir aún más afortunado por tener en mi vida a esta maravillosa mujer.

Que llegó cuando creía que jamás podría volver a enamorarme.

Y siempre estaría agradecido con la vida, por a haberme dado la oportunidad de conocer a ese chico tan peculiar en el cementerio.

Por la oportunidad de experimentar el amor de una manera diferente pero especial.

Esperaba con ilusión la llegada de mi nuevo hijo, solo porque deseaba embarazarla otra vez.

Siempre era hermoso ver su rostro iluminarse cuando el palito blanco mostraba sus dos rayitas azules.

Era como ver un hermoso bosque florecer antes tus ojos y aun no ser capaz de creer que toda esa belleza era tuya.

Isabella Blakely era de otro mundo y yo había tenido tanta suerte de atropellarla con mi carrito en el supermercado.

Sí, aún seguía siendo un idiota.

Pero era su idiota.

EPÍLOGO

MELISA

Vispera de año nuevo, 2022

Residencia de los Stone – Blakely

Tener una familia era extraño. No me malinterpreten, «*extraño*» en el buen sentido. Una sonrisa aparece en mi rostro mientras atravieso la gran sala y abro las puertas que me conducen al hermoso balcón de hierro forjado que está en la parte frontal de la bellísima casa de los padres de Lucas.

Llego hasta la elegante baranda, el aire frío de invierno y los pequeños copos de nieve que caen del oscuro y tranquilo cielo se sienten bien contra mi rostro.

Dicen que la vida, tiene maneras muy insólitas de actuar y de poner las cosas en el lugar y camino que deberían estar. Como una especie de corrección que se efectúa.

No sabía con certeza cuantos casos existían realmente parecidos como lo que ocurrió con Lucas y mi hermano. Pero estaba segura de que existían muchos, más de lo que quizá, algún día entenderíamos.

Amaba a Lucas y jamás lo sometería a pruebas científicas para determinar que ocurrió esa madrugada del 20 de diciembre del 2017.

Pero me sentía feliz de que ese tipo de *milagros* nos pasara a todos nosotros y hoy pudiéramos festejar la vida y la familia.

Estoy segura de que mi hermano Ian, ahora estaba en lugar mejor. Un lugar donde ya no tenía que seguir luchando con sus demonios internos que lo persiguieron hasta el último de sus días.

Siempre lo recordaré como ese dulce niño que con solo doce años tuvo que hacerse cargo de una niña de siete años, y como pudo la sacó adelante; la protegió.

Lo amaba con mi alma, aunque al final, eso no fue suficiente para él.

No fue importante para que en el momento en el que todo se volvió negro en su vida, recordara que aún me tenía, que yo lo amaba a pesar de todo, que él era *todo* lo que yo tenía; que era mi única familia.

Mis ojos se llenan de lágrimas, cuando recuerdo como me protegía del frío con su delgado cuerpo mientras dormíamos en los sucios y peligrosos callejones de la inmensa ciudad de New York. Como me cuidaba cuando me encontraba enferma y como me traía libros para que aprendiera a leer y a escribir.

—Tú eres la inteligente.

Decía sonriendo cariñosamente hacia mí, cuando le rogaba vendiera ese libro para poder comprar comida. Pero él negaba con la cabeza.

—Deja que yo me preocupe por eso, chiquita. Tú solo tienes que disfrutar de una buena lectura y olvidarte por unos momentos que vivimos en este feo y desagradable lugar. —Sus ojos brillaban de felicidad mientras tomaba mi pequeña mano y la besaba—. Un día, prometo que tendrás una bonita casa donde vivir. Una habitación para ti sola con muchos libros, y juguetes; e iras a la escuela y tendrás muchas amigas que vendrán a la casa y podrás presumirles de tus hermosas muñecas. —Tomó un pequeño mechón de mi rubio cabello—. Y serán tan hermosas como mi pequeña. Todas van a querer ser tus amigas. Te lo prometo.

Asentí temblorosa, mis ojos llenándose de lágrimas como en este momento, mientras lo veía recoger su navaja y guardársela en la cintura de su andrajoso pantalón.

Sus costillas sobresalían de su delgado cuerpo por el poco alimento que a veces teníamos a nuestro alcance. Pero me sonrió cuando notó que lo observaba.

—Promete que no saldrás de este lugar. Vuelvo tarde. Ocúltate bien, y, si alguien viene, tú escóndete donde te dije. Nadie podrá encontrarte ahí.

Vivíamos en un pequeño hueco que se había hecho en una de las paredes de un viejo edificio que estaban a punto de demoler. Siempre estábamos cambiando de lugar, por lo que no me permitía encariñarme mucho con nada de lo que me rodeaba.

Arrastró la pequeña manta que usábamos para poder soportar el intenso frío por las noches y me cubrió con ella.

Él había cambiado mucho físicamente en este último año desde que nuestros padres fallecieron y escapamos de la casa de mi tío Oliver.

Era demasiado alto para su edad, por lo que su obvia palidez y

desnutrición lo hacía ver como una especie de maniquí mal hecho, aunque su rostro seguía siendo hermoso.

Para mí siempre sería el hermano más guapo del mundo.

Se deslizó por la grieta, evitando herirse con los picos y astillas; se detuvo en la entrada y me observó.

—Te amo —susurró, su mirada tornándose brillante.

Yo asentí tímidamente, mientras le lanzaba un beso y me forzaba a tragar el bulto de angustia en mi garganta.

Él fingió que el beso se le escapaba lo que me hizo reír, lo atrapó y lo guardó en su bolsillo delantero.

—Para más tarde, cuando te extrañe. —Asentí y le sonreí. —Eres mi hermana pequeña y siempre voy a cuidar de ti. Confía en mí. Es una promesa.

Volví a asentir. Cubrió la grieta con algunos escombros y me acerqué hacia la pequeña abertura que quedaba entre una piedra y otra y lo vi alejarse con mi corazón en la mano.

Rápidamente me arrodillé y empecé a rezar; siempre pedía lo mismo. No me importaba si él regresaba con las manos vacías, mientras que regresara a mi lado, para mí era suficiente. Y cada noche cuando su rostro aparecía por la grieta mi corazón se llenaba de alegría.

Él había cumplido su promesa. Él había vuelto por mí. No me había abandonado como siempre tenía miedo de que haría. Nada lo detenía de hacerlo. Él podía sencillamente un día desaparecer y jamás regresar.

Era imposible olvidarse de esas cosas, aun cuando empezó a cambiar a medida que ganaba más dinero. Pronto ya no vivimos más en las calles y ahí fue cuando todo cambió.

Pero siempre recordaré a mi hermano por lo que fue antes de que las drogas lo cambiaran. Antes de que tuviera demasiados demonios que lo perseguían. Mi tranquilidad era que esperaba que ahora pudiera dejar de luchar.

Que pudiera estar en paz.

Por otro lado, me sentía feliz por Lucas y su familia. Solo podía sentarme e imaginar el gran dolor que sintieron al perderlo; porque Lucas era un ser humano maravilloso.

En estos últimos cinco años él también se había ganado mi corazón, al grado que, si algo malo le ocurriera, me desbastaría completamente. No podía imaginar un mundo sin él ahí, recordándome los porqués de no darse

por vencido.

De luchar por el amor de tu vida, me alegro de que jamás me escuchara y se rindiera. Que no se rindiera cuando las cosas se pusieron peor. Me sentía orgullosa por él.

Volteó un poco mi cuerpo, y miro hacia el interior cálido y acogedor.

Lucas está de pie conversando con Alex, mientras Isabella está sentada en amplio sofá amamantando a su pequeño hijo: Matt.

Emery aparece en la sala y camina hacia Lucas. Mi corazón se llena de felicidad por mi hermano cuando veo que la sonrisa que ahora adorna el rostro de ella no es típica sonrisa plástica y carente de sinceridad, con la que enmascaraba su depresión.

Ahora brilla con una paz que solo se puede conseguir cuando has encontrado tu lugar correcto en la vida.

Mi hermano se ilumina cuando la ve; es una especie de felicidad apenas contenida dentro de él.

Él pobre lo tiene mal por esa mujer.

Alex sonríe con amor viendo a estos dos interactuar, se disculpa cuando ve que la cosa se torna romántica y huye a buscar a su esposa.

Cuando llega donde Isabella, se acerca y le susurra algo a su oído lo que hace que se ponga de todos los colores. Ella solo sonríe y asiente; solo el cielo sabe que le habrá susurrado ese bombón de hombre.

No podía culpar a Isabella, ese hombre era muy atractivo.

Las risas de Lucas y Emery atrajeron nuestra atención, la canción de *Ed Sheeran «Photograph»* comenzó a reproducirse por los altavoces, Lucas rodeo su cintura y empezaron a balancearse suavemente.

Mi corazón empezó a latir violentamente. Podías sentir el amor emanando de ellos a grandes oleadas, mientras los dos se miraban a los ojos, perdidos en su mundo.

Donde estaba segura, ellos estaban recordando todas las veces que habían bailado

En una ocasión, él me había comentado que su cosa favorita que hacía con Emery era bailar en la cocina mientras lavaban los platos.

Juro que en ese momento me pareció la cosa más extraña de hacer con tu novio, y muchas veces traté de imaginarme como lucirían. Sabía que esa era su canción favorita, pero no le veía el atractivo a eso.

Hasta hoy.

Al fin, pude entender el *por qué* lo extrañaba tanto.

Porqué era tan importante para él volver a bailar con ella; sostenerla en sus brazos mientras se perdían en sus ojos.

Sonreí sin poderlo evitar, porque ahora podía ver la belleza sencilla en ello. Lo hermoso del amor de ellos dos.

Y entendí que ella tenía más que razones de sentirse como se sintió cuando perdió a Lucas.

Lucas acerca sus labios a su oído y empieza a tararear la canción, las manos de Emery se estrechan en su cintura, un segundo después veo su cabeza descansar sobre su pecho sobre su corazón, cierra sus ojos y lágrimas empiezan a rodar por sus rosadas mejillas.

Mi pecho se siente lleno de emoción al recordar como confesó que ella ve de color verde los ojos de mi hermano, aunque el resto los veamos marrones oscuros.

No sabía a qué color exacto se refería, hasta hace poco cuando vine de visita a esta casa y entendí la magnitud de su confesión.

En esta casa hay fotos de Lucas por todas partes.

Pero una en especial capturó mi atención cuando me dirigía al tocador. Era una foto grande de un Lucas de cuatro años, antes de que perdiera su ojo.

Sonreí tiernamente, era realmente un niño precioso y muy feliz, pero sin lugar a duda, el color de sus ojos era hermoso y destacaba.

Era un verde singular.

Podía casi palpar la felicidad que el irradiaba en esa foto, por lo que, solo podía imaginar que tenerlo frente a ti, vivo, debía ser todo un espectáculo por la alegría que trasmitía.

Y yo le creo totalmente.

Sé que no está loca.

Creo que ella es la única persona en el mundo que es capaz de distinguir el alma de Lucas en el cuerpo de mi hermano. Estoy segura de que, si no hubiera sido por ese detalle, ella hubiera acabado con su vida.

La admiro porque fue fiel a Lucas, aun cuando el cuerpo de mi hermano es atractivo. Ella se había enamorado de sus ojos, porque le recordaban a Lucas.

Sé que ella ama al dulce niño de su infancia; al Lucas de su adolescencia que la enamoró con sus pequeñas notas en el casillero y al que se despidió de ella cuando era joven y destrozó su corazón; y ahora, amaba con absoluta devoción al hombre que la sostiene entre sus brazos.

Ella sabe que él no la dejará caer. No cuando él puede sostenerla cuando sus piernas se sientan débiles.

No cuando sabe que este hombre, sí viviera mil vidas, en cada una ellas, él la buscaría para seguir viviendo su amor.

Mis pensamientos son interrumpidos por el estridente sonido del timbre, los niños pequeños corren emocionados hacia sus padres.

El timbre suena otra vez, y como todos están haciendo algo o en pareja y yo soy la única violinista, camino hacia la enorme puerta y la abro.

Frente a mí está la última persona que quiero ver en esta vida. Abre la boca para decir algo, pero mejor le cierro la puerta en la cara.

Camino sintiéndome ofuscada hacia la habitación que me designaron los Stone cuando a veces me quedo a pasar la noche aquí.

El sonido de la puerta chocando con el marco y mi apresurada huida atrae la mirada curiosa de todos, pero no disminuyo mi velocidad.

Tiene la osadía de presentarse aquí después de cómo se comportó en nuestro apartamento.

—No puedes evitarme para siempre. —grita tras de mí, su voz enviando escalofríos a mi cuerpo.

—Me gustaría que te sentaras y vieras como si puedo —respondo en su lugar, azotando la puerta de la habitación.

Ese hombre jamás tendrá una oportunidad conmigo.

SOBRE LA AUTORA

Sofi Bautista es una joven de veintiocho años, oriunda de Guayaquil – Ecuador. Graduada de la universidad como tecnóloga pedagógica en Diseño Computarizado y Ventas (2011), y licenciada en Mercadotecnia y Publicidad (2013). Este año, en el mes de julio, se decide auto publicar por primera vez su Novela Debut “DOWN” Porque el verdadero amor, no sabe de matemáticas, una historia profunda, que trata sobre los prejuicios disfrazados de falsa solidaridad, que ejerce esta sociedad sobre las personas que nacen con algún Síndrome o Discapacidad.

Desea que su historia, pueda llegar a muchos lectores, con la intención de provocar un cambio en su forma de ver a estas personas, y que comprendan, que el nacer “diferentes”, no les resta ningún derecho, y menos sobre el amor.

Ella disfruta escribir, porque le permite forjar un vínculo con el lector y tocar no solo su corazón, sino también, su conciencia. Adora hacerlos reír, llorar y enamorarse, mientras dan un paseo en la vida con los personajes que han sido inspirados, especialmente para ustedes.

Sus próximos libros, también abarcan temas de actualidad, siempre conservando su esencia. El toque de humor, con el que hay que ver la vida.

“La vida es demasiado maravillosa, como para desperdiciarla odiando”

Entre los géneros que disfruta leer en su tiempo libre, están los Libros de Autoayuda, Romance, Suspense y Comedia.

Su escritor favorito es el alemán Patrick Süskind.

Ella te pide lo siguiente:

No hay mejor regalo, y muestra de cariño hacia nosotros, los Escritores, que el escribir tu comentario y valoración honesta y respetuosa, sobre el libro que acabas de leer, en las diferentes páginas que están a tu disposición, como lo son, por nombrar algunas, **Amazon**, **Goodreads**, entre otras más. Te pido, que me honres, con tu comentario honesto, para así, seguir creciendo como Escritora y Ser Humano, y que este, sea un medio para que más lectores se animen a darle una oportunidad a esta hermosa historia.

¡Muchísimas Gracias, por tu cariño y tu tiempo!

Puedes encontrar más de mis libros, próximamente en Amazon. Si deseas seguirme en mis *redes sociales*, puedes encontrarme como @sofibautistaautora.

¡Te espero!